



Rem Aurismaki

El hombre sin memoria



El hombre sin memoria

Rem Turismaki & Rafael Hernández Aguilar



Rem Aurismaki

El hombre sin memoria

Traductores: Marina Riva López y Rafael Hernández Aguilar

A mi abuela, la Sevillana

Rem Aurismaki

El hombre sin memoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

Apreciaciones

Prólogo

Empiezo una nueva vuelta en los anillos del vórtice en que he caído, pronto terminaré en su centro. Y la tierra calla, sumergida en una oscuridad cargada de relámpagos de luz, ya que tinieblas así siempre se abren en atisbos que quiebran la oscuridad misma, mostrando lo que escondía. La tierra inhala sin apuros, se mira por dentro, a su manera habla; murmura sin palabras, con crujidos y roces. El viento en ella sopla, se introduce en sus entrañas y silba. La tierra va llenando sus pulmones, preñada de agua, de vida: gusanos, insectos, moho, hongos y bacterias. ¡Qué silencio! Dejádme escuchar: ¿oís cuán silenciosa se hace la vida? Nada parece moverse; sin embargo, cuánto movimiento imparabile, escondido, lleno de alientos que no son tales.

Quizá también yo respire, pero me vacío de agua y de aliento. Cada vez estoy más seco: la sangre no llena más mis venas. Siento cada vez más frío y me duelen los huesos. Estoy inmovilizado.

El tiempo me devora, siento sus mordiscos y sus remordimientos; su andar es un tormento por mis despojos cansados. Pero, sobre mi alma, es peor su retroceder. ¿Donde me encuentro? En el mismo sitio de ayer? En aquel de mañana... No sé. Quisiera moverme. Soy el único que no puede hacerlo: gusanos, insectos y bacterias son todo un contorsionarse, arrastrar y brincar.

¿Desde cuando no como, no bebo, no recibo amor? Siento que me he perdido, que he perdido la vida; ella se ha apartado de mi, y rocas y tierra me han sepultado dejándome encerrado en este antro. No puedo hablar. Sin embargo, mis pensamientos gritan. No son tan áridos, vaciados de sangre; no están tan fríos, ni les llueve por dentro: respiran y suspiran.

¿Qué es lo que me bloquea entonces? ¿y qué son estas ruinas en las que estoy sepultado? ¿toda esta tierra cuyo peso carga sobre mi mente?

¡Es mi cuerpo!

Nada más que esto. Tiene mi alma atrapada; ¿pero porqué me oprime tanto? Tengo que encontrar una manera para liberarme, una razón para aceptarlo.

Me siento culpable por esta incapacidad de liberarme y de aceptar. Quisiera poder dar gracias a la vida, susurrar en sus orejas, y sin embargo sigo cautivo en mi cuerpo, en mis límites humanos.

El miedo de ser hombre es una culpa que no siento mía; ni la siento de mi

padre, o de mi madre: entiendo bien su temblar, el más fuerte temblor se lo he provocado yo naciendo.

Todos nos estremecemos.

Se podría hacer algo por esta humanidad perdida sólo venciendo nuestro egoísmo – nuestra incapacidad de agradecer a los que nos han ayudado – sólo afanándonos cada uno sin esperanza de recibir nada a cambio.

Oh, me doy cuenta solo ahora que se va despertando, la parte más bruta de mi – empieza con un gruñido – es un demonio oscuro que me trastorna, lo siento nacer en mi “yo” más profundo y extenderse como un cáncer. Devora mis huesos, mis carnes, anda por mis pulmones privandome del aliento. Mi piel parece cuero arrugado, pegada a los huesos, demacrada, y no me han quedado que unos pocos cabellos: soy una momia de mí mismo. Ya casi no parezco un hombre y incluso quisiera devorar cuanto de humano ha quedado en mi.

Emito un jadeo y el cáncer asciende a mi garganta, se me sale de los ojos, que se abren y están blancos. Se abre también mi boca, que deja salir ese icor fétido y mis dientes están negros, negros como la tierra. Todavía más negro mi corazón. Es el miedo. No puede ser otra cosa, es siempre él que nos embrutece tanto, que nos rinde unos monstruos imposibles de mirar. ¿Y cómo echarlo? ¿Dónde encontrar la fuerza? ¿Quizá, gracias a nuestra humanidad que nos hace débiles, podemos invertir el destino que se nos presenta adverso al nacer?

1

Excavadoras cargan los escombros sobre camiones: piedras, ladrillos, tierra, enormes bloques de granito y toba. Siete días han pasado del derrumbe y de Antro quedan solo las ruinas. Viviendas destripadas por una fuerza imparable y feroz que las ha dejado volcadas hacia el cielo y después las ha invadido con el barro. Una lluvia febril e insistida por días ha hinchado la tierra hasta que la montaña, no pudiendo aguantar más, ha descendido por el poblado entrando en las casas, como para encontrar refugio, de hecho quitándolo a quién lo tenía. Un país entero destruido.

La lluvia había llegado después de una larga temporada de sequía empezada a primeros de marzo. Desde entonces el cielo había permanecido siempre sereno, o por lo menos no había concedido ni una gota.

Viento sí, había hecho, sin ahorro: tres, seis, nueve días de maestral, que tiene a las personas en las casas, las barcas en los meandros o en los puertos y los animales nerviosos en los corrales; tras días de lebeche, no demasiado fuerte, pero bastante molesto, y tramontana, violenta y caprichosa; y con el verano, el siroco bochornoso y húmedo, pero de una humedad que moja solo a las personas y no a las cosas, y finalmente gregal con sus cantos de sirenas que parecen prometer no se sabe bien que.

Después sol blanco que golpea, que tiene escondidos a mediodía, y como se pone tan tarde parece que no quiere irse nunca. Y noches calientes, llenas de mosquitos insolentes, que tienen despiertos hasta el alba, cuando un sol rojo llama enciende el horizonte apagando los espíritus. En cuanto a los cuerpos, la sangre se hace papilla, y el aire empieza a trepidar.

Sin embargo, terminado el verano, con retraso y fatiga, había empezado un extraño otoño: de día hacía el mismo calor y sólo durante la noche llegaba un poco de aire fresco.

Y nuevamente días de viento que se llevaba la tierra más ligera, mientras que aquella de abajo se compactaba hasta devenir impenetrable, desfavorable a la lluvia, que cuando llegó, al principio se empezó a deslizar creando surcos en la montaña, luego, apenas la tierra se concedió, penetró en la profundidad; mayormente donde estaban los surcos, hechos unos cortes, que marcaron el monte como largas y asquerosas serpientes oscuras, turbulentos torrentes que

siguieron escavando hasta las rocas.

Uno, dos, tres días, y después todo empezó a inflarse como un fuelle, como un suspiro durante el sueño, una duda atormentadora.

Y pensar que hubo voces, alguien había intentado avisar de lo que estaba por suceder. ¡La sólita Casandra! Habían pensado los demás. ¿Es posible que bastaran dos gotas más de lo normal para sembrar el miedo en un pueblo entero? Hombres grandes y robustos, acostumbrados al duro trabajo; mujeres pequeñas pero fuertes, que en la mañana se despertaban por instinto y se apresuraban a hacer el pan, el café a sus propios maridos, el desayuno a sus hijos, y vigilar la casa, que era extensión de ellas: de sus brazos, piernas, pechos, de sus mentes.

Y tales mujeres no podían dejar de intuir que toda esa lluvia escondía algo malo y funesto. Lo advertían justo a través de sus casas. Paredes empapadas que se lamentaban, el techo hartado de hacer de tobogán, las tejas reducidas a esponjas; con el agua que desde el solar bajaba y por el suelo subía. Los truenos hacían estremecer la tierra, parecía que toda la cima Fuscas se abriera en dos como una sandía madura, crepitando hasta la base.

Esas voces absurdas que querían los árboles exhaustos y de ramas flojas, las raíces desenterradas; las rocas escavadas entorno, los ríos desbordantes, la tierra inflada y saturada, que ya no podía más con toda esa lluvia, lista para vomitar agua. ¡Parloteos! Los pájaros de mal agüero jamás dejan de cantar, ¡y sí que producen un verso muy desagradable!

Y, en cambio, se vino rumbo abajo: una masa resbaladiza vasta como una hectárea. Puede ser que en el mundo haya habido más grandes, pero esta había sido suficiente como para dar de lleno a Antro, sepultarlo, exaltar a los pájaros de la mala suerte, promovidos a videntes, y callar a los incrédulos, siempre marcados de ignorancia; y esta vez la marca era bien visible: estratos y estratos de lodo y piedras, muros caídos como fichas de domino. Hasta los que se salvaron, aunque pudieron liberarse del cieno, de las piedras, y limpiarse el barro, no pudieron olvidar. En sus mentes, indeleble más que cualquier tinta, el recuerdo; en sus corazones, imborrable más que cualquier sello, el sentimiento de culpa.

Antro sepultado. La montaña se lo había quitado de encima, y ahora del pequeño pueblo quedaban solo barro y piedras.

Había seguido un último día de lluvia y después sol y viento, cuyo soplo había secado la carcasa del pequeño pueblo en el torpe tentativo de negar lo que acababa de pasar. Pero los escombros estaban allí, la tragedia seguía viva

en los llantos y en las mentes de los supervivientes, y por reflejo en aquella de los socorredores, cuya vista e imaginación daban sostén.

Al séptimo día ya nadie buscaba supervivientes, pero las excavadoras seguían escavando. Entre ellas se movían personas con palas y carretas, para echar una mano o recobrar objetos que a ellos pertenecían: en otra vida.

Raimondo Mulas, un empresario que desde el principio había puesto a disposición sus propias máquinas para remover los escombros, avanzó entre las ruinas seguido por su amigo Pietro Mura, periodista en un pequeño diario local encargado de escribir el enésimo artículo sobre el desastre. En esos días se había escrito mucho, incluso demasiado: a veces la escritura tiene caracteres similares a huellas dentales de chacal.

Pietro era de Antro, pero desde hacía un par de años vivía en Occiduo. No estaba presente en el momento del desprendimiento, pero esto no había impedido que algo dentro de él se rompiera. Con Antro se había ido un trozo de su vida, para ser precisos su pasado, su infancia, y cada posibilidad de recordarlos.

Esa mañana el periodista se había presentado ante su amigo diciendo que quería asistir las labores de remoción. En realidad estaba siguiendo los hilos de un sueño que lo habían llevado hasta allí. La imagen de Antro devastada se sobreponía a aquella onírica, perfecta en cada detalle, y en esta semejanza había algo perverso. Hasta la nebulosidad típica de los sueños era reproducida por el humo de las excavadoras y el polvo que levantándose en el aire creaban una nube sofocante, irritando garganta y ojos.

El ingeniero Benedetti observaba las máquinas en movimiento y se alisaba los bigotes, otrora rubios y ahora casi blancos. Luego decidió irse a comer y se fue al coche sin darse vuelta. El polvo y el barro habían cubierto el vehículo de un velo color nueces. El ingeniero enrizó la nariz – tanta suciedad se vuelca encima de las obras del hombre – y, tras encender el motor, arrancó para irse al cercano pueblo de Occiduo.

Raimondo imprecó algo contra él. No lo soportaba e imaginaba que su presencia en Antro era por lo menos interesada. Él era capaz de especular acerca de todo.

Como personajes marginales de un cuadro, algunos fantasmas aún vivos deambulaban entre las ruinas, huérfanos de toda sensibilidad. Era imposible definir si respiraban, pensaban, sufrían. Despertados por el sonido del coche del ingeniero que se alejaba se fue cada uno a su propio carro. Eran como

autómatas: comer para ellos era una “condición” mental más que una necesidad del cuerpo, un acto de cobardía y una imperdonable falta de respecto. Arrastraban consigo la vergüenza y la culpa de estar vivos.

Pietro se tapó la nariz con un pañuelo y cerró los labios. El jersey le oprimía el cuello y esta molestia, unida al sudor, agudizaba todavía más la sensación de sofocamiento causada por el polvo, que era tanto, y penetraba en la ropa haciéndolo sentir sucio. Observó asombrado una excavadora empujar, con la pala un poco levantada, una pared casi intacta de bloques de granito apoyada sobre dos traveses de enebro. Encima había estado un montículo de detritos: ahora de camino al vertedero, sobre un camión. La piedra se deslizó hacia adelante sobre la madera: justo como en el sueño. Con estridor desagradable las orugas rascaron sobre lo que quedaba de la vieja carretera empedrada.

Los ojos lagrimaban por el polvo y el humo que salía de la válvula de escape de la máquina, la nariz se torcía por el olor nauseabundo exhalado debajo de la pared apenas desplazada y en la boca aquel sabor de podredumbre aumentaba; la piel sudada y sucia picaba, el estridor de las orugas ensordecía. Ninguno de los sentidos estaba perdonado. Cada quien padecía la venganza del pueblo sepultado por el monte y repudiado por sus ciudadanos, que no pensaban en otra cosa más que en olvidarlo.

El operador de la excavadora, que rondaba los sesenta, y de cabellos grises, era Fernando Collu, tío de Raimondo. Tras haber observado con atención los movimientos del ingeniero, el hombre dio reversa y, controlando que detrás no hubiese nadie, se acercó. Con gran estrépito la máquina se paró a un metro de su sobrino y de Pietro.

Por todas partes los últimos atrasados se alejaban. Era la una.

«¿Vamos a comer?» le preguntó su tío cuando se bajó de la excavadora. Un tic nervioso le hizo temblar un ojo, pero no tuvo la fuerza de levantar la mano para presionarlo hasta que le pasase.

«Vamos» aceptó el sobrino. Luego dirigiéndose a su amigo: «¿Vienes con nosotros?»

Pietro sacudió la cabeza. «No puedo, Bernardina me espera para comer. Doy una última vuelta y luego voy» mintió. Su mujer en realidad estaba en el trabajo y regresaría solo por la tarde.

Tío y sobrino no insistieron, tenían justo una hora y media para comer y debían bajar hasta Occiduo, donde ahora vivían. Tras subir al auto desaparecieron en la bajada.

Una vez solo, Pietro empezó a vagabundear entre las ruinas intentando enfocar sus recuerdos, sin embargo para él era más fácil recordar el sueño que lo había llevado hasta allí, que su pasado.

Se trepó sobre una tapia resbaladiza, la saltó, y empezó a observar.

Hundida por la mitad en el barro seco había una bicicletita de color rosado. La alcanzó. Intentó imaginarse la niña que había sido su dueña, pero no consiguió evocar su recuerdo, aunque debiera tenerlo. Se agachó notando la campanilla en el manillar y la tocó. Salió de ella un sonido cortado, de engranajes rotos, para nada similar al timbre original.

Bajo dos piedras vio un bastón cuya manga presentaba una forma ergonómica, debida más a un largo uso que a una refinada factura.

Levantándose vio una granada partida en dos y percibió su perfume agro. Cerró los ojos y se imaginó al lado de una joven cuya piel emanaba ese preciso aroma, con una sonrisa le ofrecía ese mismo fruto y ella lo aceptaba.

Un poquito más adelante había una copa para vino tronada. La cogió y levantándola por el aire hizo un brindis con un compañero invisible. Se hirió. Con fastidio decidió no perder más tiempo, pero otro objeto robó su atención, un marco de plata, con motivos florales, vacía y sucia de barro.

Se fue en dirección de la pared de piedra desplazada por la excavadora, donde quería ir desde el principio. La lastra se había deslizado sobre los troncos de enebro, y Fernando Collu girándose para dar marcha atrás, no se había dado cuenta de lo que había por debajo: una pequeña pila de tablas, harapos, y tierra tostada. El periodista dio todavía tres pasos y se acercó. Tras un instante de turbamiento, con las manos derrumbó el montículo, escavando y volcando hasta eliminar cada escombros. El hedor advertido poco antes se hizo intenso.

Y el hombre estaba allí. Yacía rígido, la cara demacrada y sucia, los ojos bien abiertos y los largos cabellos oscuros pegados a la cabeza. ¿Es de verdad el mismo del sueño? Se preguntó Pietro. Parecía muerto, y este particular produjo muchas dudas en su mente.

Llevaba ropas deterioradas, desgarradas en varias partes y pegadas al cuerpo seco, que le conferían un aspecto aún más miserable. Estaba hundido en posición supina, entre barro y escombros, en parte absorbido por la tierra; la expresión vencida y desalentada, como si en el instante antes de perecer hubiese intentado oponerse a la montaña para detener su caída y salvar Antro y sus habitantes.

Una mosca se posó sobre su cara mugrienta...

Allí está, el relictos humano, quién lo quería ver ya puede estar satisfecho, puede derramar sobre él su curiosidad morbosa y ansiosa. Que disfrute del hombre, hundido en su miseria en tan deliciosa escena. Gracias a su sacrificio cada uno puede sorberlo como un fruto donado por la tierra.

2

De repente la boca del “muerto” se movió y se escuchó como un jadeo. Pietro rápido retrocedió, tropezando con una tabla a causa de la sorpresa. Cayó de sentón.

El hombre tenía ojos oscuros, abiertos e inmóviles, que sin embargo parecían mirarlo. Su frente era amplia y plana, la nariz aguileña, el mentón sobresaliente.

Pietro no tuvo más dudas, era el mismo del sueño. Se sacudió y con lentitud avanzó a gachas hasta él, pasando entre las vigas de enebro. Eran estas, comprendió, las que habían impedido que la lastra de piedra lo aplastara.

De los rastros de las orugas vio cuánto se había acercado la excavadora. Estiró una mano con incertidumbre hacia su cara, intentando al mismo tiempo divisar un eventual movimiento del pecho. Un mínimo levantarse le pareció entreverlo. Lo tocó, pero no pasó nada. El cuerpo estaba frío. Sacó una pequeña linterna del pantalón y encendiéndola se la apuntó al iris. Ninguna reacción. Suspiró. Pero justo entonces el hombre emitió otro ruido y movió los ojos.

Esta vez Pietro se quedó en su sitio y empezó a palparle con la intención de comprobar que no tuviera nada roto. El otro se mostraba resuelto, pero se veía que sufría al tocarle. ¿O tenía miedo?

¿Qué hacer? Si hubiese pedido ayuda lo habrían llevado al hospital y esto no podía permitirlo. Desde aquel primer sueño, amitiendo que solo de un sueño se había tratado de un sueño, había intuido que ese hombre era la llave para acceder a su pasado, a Antro y su gente, y a su desvanecimiento en el olvido.

No sabía el porqué de esta certeza, pero estaba tan arraigada en su cerebro, que no podía tener duda alguna.

Debía llevarlo a su casa, descubrir quién era. Corría el riesgo de una denuncia, pero igual también al pedir ayuda lo corría. Bernardina no lo habría aceptado de buena gana, pero lo habría entendido. Él se lo habría explicado.

Se agachó donde estaba el hombre. Con toda la delicadeza que pudo lo sacó del barro y lo cogió en sus brazos. Era mucho más ligero de lo que

hubiera imaginado. Escuchando preocupado sus lamentos y gañidos lo llevó a su coche. Lo puso en los asientos posteriores, lo cubrió con una manta, atento a que pudiera respirar.

Arrancó. Nadie había visto nada.

El coche siguió rápido el asfalto en estrechos recodos y empinadas bajadas. En menos de diez minutos llegó a una casa de un piso circundada por un jardín, justo al principio de Occiduo.

La verja se abrió automáticamente y el coche se introdujo por el corto camino hasta el edificio donde se enfiló en el garaje interno. Desde este punto una puerta introducía a un pequeño pasadizo, así Pietro no tuvo que salir al exterior con la misteriosa carga.

Pasó delante de la cocina y del salón, la primera a la izquierda y el segundo a la derecha, cruzó otro pasillo en cuyo final estaba la entrada principal de la casa y prosiguió. Pasó varias puertas cerradas. Entró en la habitación de huéspedes, justo frente a él, y se dirigió hacia la cama a la izquierda.

El hombre sufría. Debía tener algunas costillas rotas. Pietro lo colocó con cuidado entre las sábanas blancas e inmaculadas que pronto se ensuciaron de lo mugriento que estaba. En aquel ambiente cerrado se dio cuenta de cuánto apestaba y abrió rápido las ventanas. Una vez hecho esto apoyó la espalda contra el armario color nueces, como si estuviese agotado. Sintió el martilleo de su propio corazón, y le dio miedo.

La ventana abierta daba hacia el jardín trasero. Varios árboles se perfilaban entre la hierba alta y descuidada. En la habitación, la luz amarilla del sol penetraba con lentitud rebuscada y avanzaba por el suelo, sin dejarse notar.

Mientras tanto, unos jadeos alertaron a Pietro de la magnitud de su error. ¡Ese hombre necesitaba cuidados médicos en un hospital!

Pensó en darle un poquito de agua, o mejor de leche. Empapó un trapo y se dio cuenta que ni así podía hacer que bebiera. Cada vez que una gota de leche le caía en la garganta, el hombre tosía.

Pietro decidió entonces esperar que regresara su mujer. Ya pasaban de las dos y ella llegaría a las siete. No estaba seguro de su reacción, por eso tenía que pensar en qué decirle.

Pasó el resto del día cuidando al desconocido. Le atemorizaba, pero, al mismo tiempo le atraía. Algo en él le llamaba la atención, le removía neblinas en el fondo de la cabeza...

Pietro hizo todo tipo de cavilación acerca de su identidad. Pero, aunque hubiese sido capaz de recordar, y el hombre hubiese sido una persona conocida, estaba demasiado maltrecho como para poderlo reconocer. Además podía tratarse de un forastero, que se encontraba en Antro el día del derrumbe por un accidente desafortunado. Tenía más o menos su edad, unos treinta años.

Pasado de las siete, cuando llegó Bernardina, Pietro no había llegado a ninguna conclusión.

«Hola. ¡Qué cara! ¿Ha pasado algo?» Bernardina había notado inmediatamente por su expresión que algo no andaba bien, pero él negó. Ella, distraída pero aliviada por su negación, colgó su bolso en una silla y salió del cuarto. Pietro, desde el sofá, se levantó de golpe y la siguió. Mientras ella iba entrando en su habitación la alcanzó cogiéndole el hombro y provocándole una instintiva reacción de sorpresa.

«¡Espera! Tengo que mostrarte algo. Pero antes prométeme que no te asustarás ni gritarás.»

Bernardina alzó una ceja y lo miró intensamente con sus profundos ojos negros, en los que se entreveía un espíritu firme y sensible, el mismo que había conquistado a Pietro cinco años antes. Con aquella mirada inmutada intentó descubrir si él quería jugarle una broma. Viendo que iba en serio, se ensombreció. Nerviosa se apartó un mechón de la frente. Tenía veintiocho años y era una mujer guapa: alta, delgada, caderas no demasiado anchas y espalda recta.

«Veamos...»

El marido la miró como para añadir algo, luego lo ignoró y cogió coraje; con ambas manos bajó la manilla de la puerta. Entró él primero. El hombre, estaba allí inmóvil, con su aspecto miserable y maltrecho.

Bernardina era una chica impresionable y su ánimo, ya bastante agitado por lo que había pasado en Antro, recibió otro duro golpe. Echó la espalda hacia atrás y respiró hondo. Se giró mirando a su marido y apoyándole la cabeza sobre el hombro, sin querer, le clavó las uñas en el brazo derecho. Con voz nerviosa le dijo: «¡Llévatelo lejos de aquí!»

«Espera...»

«¡Aquí no puede quedarse!» casi ladró ella, «Llévalo a un hospital.»

«No puedo...»

«¿Por qué no puedes?»

«Ya había visto antes a este hombre.»

«¿Que lo has visto ya? ¿Qué tiene que ver eso con traerlo aquí?»

«¡Lo he soñado!»

¡No puede ser! Bernardina lo miró pasmada; en esos días se había dado cuenta de los extraños comportamientos de él, que despertaba en plena noche, sudado y casi delirante, pero lo había atribuido al drama que estaban pasando.

«Por esto hoy fui hasta Antro» siguió él. «El día del derrumbe tuve un sueño...»

«¿Y lo viste en ese sueño?» preguntó ella incrédula.

«Pero, ¡era tan real!»

«Que quiere decir...»

«Que podría no haber sido solo un sueño.»

Bernardina se movió, incomoda, y él siguió:

«No recuerdo nada de ese día, menos ese sueño... Me encontraba en Antro y llovía, había llegado pasando por un sendero que ahora no recuerdo ni donde está. Yo estaba en la parte baja del pueblo y me encontré con este hombre. Al verle tuve miedo. Yo lo conocía. ¡Ya lo había visto, justo en Antro! Años atrás. No se como podía recordarlo... él también me reconoció. Temblaba. Desde la carretera, sobre la nuestra, una casa en ruinas nos devolvía agua al lado. Se escuchó un choque. Los muros cedieron y una pared se cayó hacia nosotros.», se interrumpió dudoso, «Y yo lo he empujado por debajo... Quería matarle. No se porqué. Hoy sabiendo que estaban trabajando en esa zona fui a ver. Por descubrir si solo había soñado. Y, sin embargo, él estaba allí. No puede tratarse de mera coincidencia...»

Bernardina le miró como si se hubiera enloquecido.. En esos días soñar con encontrar un superviviente era normal, pero eso era una locura.

«¿Te das cuenta de lo absurdo que es esto?»

«Lo sé, pero ese día yo estaba solo y no recuerdo nada de lo que hice. Tú sabes que a veces la lluvia me pone en un estado catatónico. Ha sido así también ese día. Creo haber ido a la cama pero luego soñé que me levantaba e iba a Antro.»

«¡Esto no prueba que hayas ido de verdad!»

«Pero tampoco que no lo haya hecho.»

Bernardina se alteró.

«Admitiendo que tu fuiste allí, ¿Por qué tendrías que matarle?»

«No lo sé, y es por esto que tengo que descubrir quien es este hombre y porque me parecía conocerlo.»

Bernardina tuvo una intuición.

«¿Y la ropa mojada?»

Pietro no se dio por vencido.

«El día después encontré mi ropa en la lavadora ya limpia.»

«Tampoco esto quiere decir nada. Siempre has sido preciso. Tú no serías capaz de hacer daño a nadie. Quitátelo de la cabeza.»

Pietro siguió a su bolo. El sueño había sido demasiado real.

«Él tiene que estar aquí. Yo quiero saber...»

«¡Necesita de cuidados! ¿Y si se muere?»

«No pasará, yo lo cuidaré.»

Bernardina se enfadó: «¿Te has vuelto loco? ¿Y si de verdad fuisteis tú quién le empujó?», preguntó utilizando esta vez esa posibilidad en su contra.

«Por esto tengo que hablarle antes que lo hagan otros. Y además lo necesito. Puede que él sea la única persona que puede devolverme mi pasado...»

Bernardina se quedó boquiabierta. ¿Cómo podía un desconocido devolverle su pasado? Se estaban metiendo en un lío mucho más grande que ellos. Intentó replicar algo, pero su marido la miró con una expresión desesperada e imploradora y le cogió rápido la mano con la cual ella intentaba sacar el móvil del bolsillo. Dejó que se lo quitara, y le observó sorprendida, como si lo viera por primera vez.

Tenía los ojos ardientes y bufaba como una fiera en la jaula. No tener memoria del pasado debía de ser espantoso. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de eso, ella que era su mujer y que le amaba?

Bernardina pensó en Antro devastada, en los supervivientes y en aquella absurda esperanza a la que su marido se aferraba, y el fuerte sentimiento de culpa la dejó postrada y enmudecida. Pietro estaba enfermo, sufría quién sabe desde hace cuanto tiempo, y ella se daba cuenta sólo ahora. Él entonces la abrazó para aliviarle el peso de ese descubrimiento, le murmuró algo al oído, la estrechó contra sí y ella no pudo oponerse más.

3

La mañana siguiente después de limpiarle todo el barro, Pietro y Bernardina le intentaron desinfectar y vendar las heridas, lo mejor que podían. Él hombre soportó estos y otros sufrimientos sin gemir, solo los ojos se humedecieron un poco.

Pasados algunos días Pietro habló con su amigo Raimondo Mulas. Le explicó bien sus razones y él, después de una inicial sorpresa, seguida por un arranque, le sugirió llevarlo al hospital lo más pronto posible. No había creído en la posibilidad de que esa noche Pietro fuera en Antro y que pudiera empujar a ese hombre debajo de la pared que caía. Pero intuyó que si denunciaba su encuentro Pietro terminaría metido en apuros. De mala gana le prometió ayudarle y callar. Lo hizo convencido de que, apenas el hombre fuera capaz de hablar, habría aclarado ese punto y no los habría denunciado. Ni siquiera a Pietro.

Raimondo después de haberlo mirado bien dijo que no creía conocerle, pero por las condiciones en que se hallaba era difícil estar en lo cierto. En los días siguientes hizo preguntas por allí, con discreción, intentando averiguar si podía ser alguien del pueblo. Pero era demasiado pronto. El rescate de los cuerpos por debajo de los escombros no había terminado y todavía no se sabía bien quien faltaba.

Mientras tanto el desenterrado seguía sin pronunciar palabra, solo emitía fonemas inarticulados. Su idioglosia era enervante. De noche además era aun peor, porque si ya de día su respirar era afanoso y trabajoso, en las horas nocturnas empeoraba. Se parecía al jadeo ahogado de un animal; a veces su garganta producía unos gorgoteos alarmantes. Todo esto en la oscuridad se amplificaba, ya fuera porque el silencio enfatiza cada ruido – lo hace más audible y hasta más creíble – ya sea porque de noche la mente viaja y uno piensa mucho, más que por el día cuando uno no tiene tiempo ni para pensar. Hecho es que a veces a Bernardina y también a Pietro, que fingía no oír nada pero oía, parecía que el desenterrado estuviera en su habitación, de tan fuerte que eran los rumores que producía.

Lo oían cuando se ahorcaba e intentaba toser, y cuando se ahogaba tratando por algunos segundos recobrar la respiración; en aquellos momentos

Bernardina casi esperaba pero luego tenía miedo de que se ahogara, mientras que Pietro tenía miedo pero casi esperaba que pasara. Ambos se preguntaban a sí mismos que hacían y al mismo tiempo evitaban pensar en las consecuencias de sus acciones, sobre todo Pietro. Su mujer lo secundaba por culpa y por amor, pero este último se ponía a dura prueba: a menudo le entraban ganas de coger el teléfono y llamar al hospital.

La cosa más pesada era despertarse cada mañana y tener que cuidar del desenterrado, lavarle, darle de comer y cambiar sus vendas.

Las costillas al final estaban solo chafadas, pero el hombre presentaba contusiones en todo el cuerpo que seguramente tenían que doler y que no le habrían permitido andar por algún tiempo. Además estaba deshidratado y débil, también a causa del largo ayuno.

Poder comer para él era aún paroxístico. La pareja intentaba nutrirlo de muchas maneras y con los alimentos más variados. Hacerle ingerir fluidos les había parecido la solución más lógica, pero no era tarea simple, y entre regurgites, ahogamientos y ataques de tos, la paciencia disminuía.

La tercera noche pasó algo misterioso: de repente todos los perros del vecindario empezaron a ladrar. Un viento gélido se deslizó desde la cima Fuscas arrastrándose entre las ruinas de Antro en búsqueda del último superviviente y, al no encontrarlo, resbaló hacia afuera, ululando contra la noche y perdiéndose en el bosque. Las plantas se detuvieron a su paso y luego se encerraron, para ellas era lo más oportuno esconder cada huella de aquel pasaje. Siempre es así en estas regiones: hasta los árboles testigos de cada cosa, no satisfechos de su mudez proveen con ulteriores subterfugios. La ley del silencio en ellos roza en el complot.

Bernardina se agitó mientras dormía, en ella se accionó la capacidad innata de las mujeres de percibir todo lo mágico que ocurre en la naturaleza. Y algo estaba pasando...

Luego el viento se calmó. El ladrado de los perros cesó: aunque esos aullidos, danzando en el tejido denso de la noche, tardaron en disiparse.

El día después, la pareja le cambió las vendas y las sabanas al convaleciente.

Pietro llevaba días sin pasar por la redacción. Bernardina no podía pedir vacaciones. Trabajaba en un importante estudio contable de Occiduo; volvía a casa extenuada y afligida, y debía trabajar allí también. Empezaba a ponerse nerviosa, se estaba consumiendo. Su marido no podía pedirle un sacrificio así.

Fue a la mañana siguiente que ocurrió algo muy insólito. Pietro, tras empujar la puerta de la habitación del convaleciente, vio que se alzaba de él una negra masa zumbadora.

Entonces se quedó atónito, allí en la entrada, admirando aquel vuelo, quedo y continuo, de moscas alrededor del desenterrado. Desde el principio le pareció un vuelo caótico y a momentos confuso, pero pensó que debía haber alguna lógica en ello, porque de hecho los insectos no chocaban nunca entre ellos. Quizá gracias a buenos reflejos, o a alguna forma de comunicación oscura desarrollada entre ellos; de hecho aquel enjambre, levantado por encima del enfermo, había creado en el aire sobre él una figura helicoidal en forma de torbellino, un pequeño tornado, pero ancho e inflado, una madeja hecha de puntos en movimiento.

Pietro quedó fascinado por la escena y empezó a fijarse en una mosca decidido a seguir su vuelo, en el intento de observar su dibujo en el aire, si acaso hubiese uno. Aquella que eligió al principio pudo seguirla solo durante unos pocos segundos, mientras que ésta se movió en el exterior de la gorda masa rodante, pero apenas se introdujo en el interior, la perdió. Intentó observar la dirección tomada, para descubrir de donde habría salido, pero se dio cuenta que era imposible preverlo y que, en el mismo instante en que él reflexionaba, aquella había ya cambiado su rumbo confundándose con otra.

Demasiado complicado era el vuelo de las moscas y veloces sus andares, para su mirada lenta, la torpeza de su razonar; decidió entonces encontrar entre todas una que tuviese algún particular diferente a las demás y seguirla: aunque la hubiese perdido, la habría encontrado pronto confiando en esa particularidad. ¡Perfecto! Pero ¿cómo hacer para detectar en un insecto tan pequeño un detalle que lo diferenciara? Antes de todo debía acercarse. Lo hizo.

Ahora se encontraba enfrente la cama del desenterrado y las moscas le zumbaban a unos pocos centímetros de su nariz: podía verlas a detalle. Avistó una bastante insólita, con la cabeza de un color un poco más gris, no negro como sus similares, y entonces la siguió con los ojos. Dos o tres virajes veloces en medio de aquella confusión y la perdió de vista, pero volvió a verla pasar en el mismo punto de antes, con su peculiar cabeza gris. Era ella, ¡seguro! La siguió otra vez con los ojos que casi se le quedaban bizcos. Tres, cuatro, cinco virajes y de nuevo desapareció para volver a aparecer en aquel sólito punto, pero ¿era de verdad la misma? Ahora aquella tonalidad gris de la cabeza le pareció una característica más que nada aparente, un engaño a la

vista. Era el simple pasar de una mosca cualquiera en “aquel” preciso punto del espacio, al darle la ilusión; allí de hecho había un fino vislumbre de luz la cual, pasando entre las ramas y las hojas del olmo del jardín y penetrando por la ventana, iluminaba una porción del suelo y presuntamente una columnita de aire, y era en el pasar a través de ella que las moscas parecían tener la cabeza de una variedad de gris. Trató, entonces, de fijarse en otro particular, pero aquellos insectos eran tan veloces, pequeños e indistinguibles. Además eran demasiados y su vuelo tan caótico; por eso Pietro se rindió y sin dirigir mirada alguna al desenterrado, se volteó y salió del cuarto.

Las moscas no volvieron aparecer más, ni se supo cómo habían entrado en tan gran número aquel día. Quizá fue a causa del frío y de la ventana abierta, que las había empujado a entrar y encontrar refugio y calor, atraídas también por el olor del convaleciente.

Antro era un pueblo bonito de pequeñas casas de piedra y estrechos enlosados, construido a la vera del monte, a ella colgado: por lo menos antes que se viniera abajo. Por las avenidas había árboles de higo, vides, granados, membrilleros, acacias, retamas, pero también verbenas, lilas, glicinias, correhuelas y tanta, tanta hiedra en todas partes. Sus poluciones acontecían sobre los muros, de entre las tejas de los techos, las piedras porfídicas y de tufo, entre el empedrado de las carreteras. Los brotes salían de cada intersticio, como por un hechizo al que todo el habitado subyacía.

Con tenacidad esas florescencias se abrían espacios en la piedra, en el cemento, y crecían. Plantas de varias formas, más o menos grandes, frondosas, descarnadas, o con largos zarcillos, raras veces disponían de un cuadrado de tierra y no había dudas de que encima de cada tallo, cada capullo, hubiese un invisible elfo silvano intentando atenderlas: de otra manera no hubieran podido sobrevivir.

Sin embargo, estas plantas eran un claro mensaje, la naturaleza intentaba retomar sus propios espacios en ese pueblo de piedra, poblado por gente con el corazón de granito, que desarraigaba los árboles con los tractores para hacer un poco de leña o para construir en sus lugares una casa, y de gente con el corazón hecho de tierra blanda, que en el pecho de pronto se descuajaringaba; a estos últimos les bastaba ver florecer una boca de dragón en una tapia para enternecerse, aunque luego la arrancaban para llevársela a Rosina, la cual las apreciaba mucho.

Pero Pietro todo esto lo había olvidado, no recordaba nada de su pasado en Antro: los cuentos del hogar, los inviernos pasados entre el humo de las chimeneas, el pueblo dormido en la espera de la primavera y los veranos en busca de sombra fresca en el bosque; y las fiestas, el canto de las cigarras, la noche, su infancia, los amigos. Se había olvidado de sus paisanos, comprendidos sus parientes; de las anécdotas del pueblo, de las historias de *ziu* (tío) Franciscu, de las fanfarronadas de Antonino y de las borracheras de Coghera.

Pietro había nacido en Antro y allí había trascurrido su infancia y adolescencia. Al principio había sido un niño como muchos, pero muy ligado

a su pueblo y con una sensibilidad particular por la naturaleza y las personas. Luego había pasado algo que todavía no conseguía recordar; algo dentro de él se había encasquillado volviéndolo apático y ausente, insensible a todo lo que lo rodeaba, y los años se habían sucedido rápidos y evanescentes, casi como si los hubiese soñado mas que vividos.

Después de su primera salida a la ciudad, a los dieciocho años, cuando se inscribió en la universidad, se dio cuenta de cuán grave era la situación: estando lejos de Antro notó que todos los recuerdos a él conectados, desvanecían. Pronto fue incapaz de evocar hasta la imagen del pueblo, y hasta la de aquellos que conocía. Entre más tiempo pasaba afuera, menos se acordaba y todo se convertía en bruma.

Por suerte Raimondo, que se había marchado con él a la universidad, hacía de su conexión y recordatorio continuo, si no se hubiera perdido por completo en todo aquel olvidar inoportuno, en aquellas nieblas cargadas de sombras efímeras.

Pero, no fue sólo Pietro quien se olvidó de su pasado, este también se olvidó de él. Sus viejos amigos dejaron de saludarle, lo sentían distinto. Ellos se habían matado en los trabajos del campo, con el ganado, se les afeó el cuerpo y por vicisitudes adversas, también el alma; se habían endurecido con el sol, habían quebrado piedras, aunque solo para demostrar ser más duros.

Y ¿él qué había hecho? Había hojeado libros, estando atento de no ensuciarse los dedos; nunca había tocado la tierra, cogido una herramienta con las manos, o había montado a caballo. ¿Qué conocía de la vida, de la fatiga, del trabajo? ¿Acaso sudaba cuando leía? ¡Qué cosa tan poco fatigosa era esa! No hay dignidad en hacer un trabajo que no te hace sudar. La verdadera filosofía es la de ganarse el pan con el sudor de la frente, de hecho los hombres en el pueblo se habían distinguido siempre de esta simple manera.

“¡Es un trabajador!” se decía de un joven y no existía un mejor cumplido. “¡Un vago!” se le tachaba a otro. “En el trabajo es el mejor: fuerte como un mulo y obediente como un caballo!” Ese era el principal método de evaluación, solo después se pasaba a las virtudes del carácter, consideradas secundarias: si uno quería tomar en matrimonio a una chica, para sus padres lo importante era que él fuera un trabajador. “¿Estudia? Ah, antes de ver un trozo de pan, ¡qué hambre pasarán!” Esto lo decían sobre todo las nuevas generaciones, hijos y padres, mientras que los viejos poseían aún la ilusión de que es estudiando que uno se vuelve importante. Cuando eran jóvenes ellos así era...

Por temor o por vergüenza, Pietro se había negado siempre a ser examinado por un neurólogo, disminuyendo la gravedad de su problema u ocultándolo a los demás. Pero la destrucción de Antro había determinado un repentino agravamiento de su enfermedad.

Mientras los días pasaban el hombre sacado de los escombros sobrevivía ante todo pronóstico, pero sin poder moverse o hablar. Por lo que concernía a alimentarse era un misterio si conseguía engullir algo, pero ante la duda la pareja se obstinaba en nutrirlo.

Con el agua ya no se destrozaba, la tragaba a pequeños sorbos, con los ojitos que brillaban y la boca que se doblaba en una intensa sonrisa satisfecha.

El séptimo día Pietro y Bernardina le raparon el cabello.

Raimondo iba poco a verles, pero acumuló un montón de noticias sobre las personas aún desaparecidas, para descubrir de una vez por todas quien era ese hombre. El círculo se iba cerrando, pero se debía esperar a que terminaran las labores de búsqueda. Cosa que aún no había pasado. En Antro se seguía escavando.

La octava noche, en la recámara ocupada por el desenterrado, una ventana se sacudía y se escuchaban unos gruñidos, murmullos, nada que se comprendiera o se pareciera a una conversación, aunque parecía que el desconocido le respondía a alguien. Bernardina, despertándose, sacudió la espalda de su marido, que también se puso a escuchar.

«Hay que ir a ver» le incitó ella, y lo siguió pegada a su brazo. Encendieron las luces del pasillo: la hoja de la ventana seguía sacudiéndose y el murmullo también seguía, pero en cuanto llegaron frente a la puerta de la habitación del desenterrado, el murmullo cesó. Bernardina abrió de golpe y accionó el interruptor.

El hombre estaba en su cama, mojado por el sudor, con la pinta malsana; lo tocaron, estaba caliente, tenía una fiebre de caballo. Necesitaba cuidados médicos, por lo menos un antipirético o, si no, en vista de sus condiciones, no pasaría de la noche. Bernardina fue a buscar un antipirético e hicieron que se lo tomara. Ambos esperaban que funcionara.

Antes de salir de la habitación, su mujer le dirigió a Pietro una mirada de reproche, mientras él observaba preocupado al desenterrado.

Una vez regresada a su habitación Bernardina controló la hora. Eran las dos de la madrugada y al día siguiente tenía que levantarse a las seis para ir al trabajo.

El día siguiente también Pietro tuvo que volver al periódico. Tras despertarse comprobó que el desconocido aún siguiera vivo y le tocó la frente: no más fiebre por suerte, al final de cuenta era madera dura. Le dio de beber leche, que el hombre pudo deglutir entre un ataques de tos uno tras otro. Luego el periodista cerró con llave puertas y ventanas de toda la casa y salió.

Un día están todos, Raimondo, Pietro y Bernardina. Miran al desenterrado y él los mira a ellos. Han discutido por enésima vez si denunciar su encuentro, pero a medida que pasa el tiempo es más evidente que se agravan sus posiciones frente a la ley.

¡Todo por un sueño absurdo!

Raimondo trata de darle de comer, primero un poco de leche y luego un jugo de durazno. El hombre engulle y se embadurna en el intento de mover hacia adelante la cabeza. También trata de hablar, pero no puede más que emitir unas pocas silabas. Pietro está convencido que pronto recuperará el uso de la palabra. No sabe qué es lo que le ha impedido hacerlo hasta ahora. De hecho el hombre aún respira a duras penas, no se encuentra bien; puede que, en vista de lo que ha pasado, tampoco del cerebro.

Es casi el atardecer y la luz en el cuarto se atenúa, al mirar hacia afuera se ven sólo las ramas del olmo apenas agitadas por el viento; rozan la ventana, la acarician.

Las hojas del árbol son verdes, oblongas y serradas, con venas oscuras en evidencia, pulsan de linfa. Más allá el tronco presenta unos bultos donde tiempo atrás había ramas: ahora parecen ojos que observan; sus miradas entran por los postigos rastreando el interior con curiosidad morbosa; el árbol mismo parece doblarse, alargarse para ver mejor mientras toquetea el vidrio con los dedos. Pietro, volviéndose hacia aquel rascar insistente, piensa que esa rama se está volviendo demasiado indiscreta y que sería oportuno cortarla, como se había propuesto hacer el año anterior.

La habitación se hace cada vez más oscura y hay silencio, los cuatro han terminado sus argumentos, están agotados, sobretodo la pareja.

El olmo quiere escuchar sus pensamientos, está curioso, hasta morboso. De repente se asoma y ¡rompe el vidrio!

Los tres amigos sobresaltan espantados, el desenterrado, en cambio, parece detenerse en reflexiones internas, inspiradas por el acontecimiento, y observa el viento que entra en el cuarto echando en cara a todos ellos unas hojas secas.

Aquella noche se sierran las persianas, el vidrio será cambiado al día siguiente, el olmo definitivamente cortado; era necesario un evento así para convencer a Pietro que lo hiciera. Pietro que ahora duerme seráfico, el único en la casa: su mujer vela: corre el riesgo de un agotamiento nervioso de lo preocupada que está. El desenterrado está insomne: su riesgo es el de un colapso. Extraños pensamientos le persiguen y él habla, una sombra inaudible le contesta, y él se mueve, se levanta, con la sola fuerza inusitada de la mente. Hay un sitio a donde debe ir, la noche es larga y hay tanto que cumplir.

5

El desenterrado está descalzo, a vestirlo solo una sábana que parece estar hecha de bruma. Se dirige hacia la ventana sólo con la fuerza de la mente: con ella los límites de su cuerpo se anulan y él puede salir de un salto. La noche está caliente y por todas partes los perros ladran convulsos, se dan cuenta de que algo se mueve en la oscuridad, lo perciben. El jardín de la villa está rodeado por una tapia de piedra, saltarla no es problema para él que no tiene peso, mucho menos para quién lo acompaña. Los dos marchan silenciosos hacia un sendero que se encarama serpenteando arriba del monte: en la oscuridad parece un río de color negro, una entraña derretida en la nada.

Al otro lado del jardín está la carretera que va a Antro, pero aquella es una carretera hecha para coches, da largas vueltas y enfrenta estrechos recodos. Ellos la cruzarán por lo menos dos veces, no tiene sentido seguirla cuando hay un camino más directo, y además recorrer el intestino de la noche es mejor.

Es estación de neblinas, la humedad en el aire perla hasta los árboles: estáticos en su mal crónico, devorados por las *legionarias*, despellejados por los hombres, con las raíces podridas. El desenterrado se pasa a lado de un roble, cuya muerte ha sido decretada por el torpe golpe de un inexperto recogedor de corcho. Lo roza con una mano huesuda y éste parece estremecerse. Quien lo acompaña no se detiene, es indiferente a todo lo que le rodea, sólo tiene prisa de enseñarle algo.

Es una noche fresca de mediados de noviembre.

Hay perfumes que en la noche se agudizan, y el desenterrado tiene un olfato refinado. Siente el efluvio de una genciana mucho antes de pasar a su lado, aquel del romero silvestre, el olor del musgo; unas bayas azules tintinean en la oscuridad reflejando el resplandor de las estrellas, y en la lejanía se escucha el susurrar límpido de vivos riachuelos que se funden con un gorgoritear de hojas movidas por el viento. Aquel parpadeo de luz, unido al trinar, le recuerda algo, se agitan en él pensamientos y recuerdos abatiendo su humor. Aprieta el paso y observa el chisporrotear de una piedra en las tinieblas. Sobre ella se abre un boquete que lleva dentro una casa de hadas, sin embargo el pase no le está concedido y él debe seguir más allá. Su andar se

vuelve triste y espectral. Su cuerpo está muy delgado. Es un osario andante cuyos huesos no le pertenecen, él es una aglomeración de piezas ajenas; no tiene nada que sea suyo, ni siquiera el aliento, y aquel jadeo se hace cada vez más afanoso.

Se escucha el grito de una *estría* poco distante y el hombre sonríe. Los dientes, blanquísimos en la oscuridad, resplandecen. Tampoco estos son suyos, y su sonreír es una actitud desacertada, que no tiene en cuenta todas las adversidades a las que él debe enfrentarse.

Un zorro huye frente él, se da la vuelta muchas veces como por temor de estar siendo perseguido, y husmea el aire para asegurarse de que no lo está. La empinada sigue. Media hora o seis horas podrían haber transcurrido desde que tomaron el sendero, tanto el tiempo se ha hecho inane.

Pronto los dos cruzan, una primera vez, la carretera. La atraviesan. Ningún faro de coche llega a cortar la oscuridad inundándoles hasta incendiarles las retinas; también la piel debería prender fuego en un relámpago blanco, deslumbrante, pero no pasa, y ellos llegan al otro lado alcanzando de nuevo el sendero que se ha convertido en lecho de torrente para saltar. Todavía no se ha disipado toda el agua caída del cielo.

Por fin llegan a aquel que parece un destino. Casas descuartizadas y barro seco, piedras quebradas, techos hechos añicos, calles que ya no son tales, invadidas por montañas de escombros. El desenterrado emite un gruñido, como el de una fiera, no se sabe si por burlar la naturaleza o al hombre. Él ya está muy lejos de una humanidad comúnmente entendida, lo confirma su aspecto descuidado, sus ojos velados y el sudor que le perla la frente, y sus dientes: demasiado grandes para aquella cara consumida.

La otra sombra se recobra replegándose a la derecha, monte arriba. Allí está un despeñadero, una pared de roca que cae hacia el vacío, un salto de quince metros y una pequeña terraza por la que se habían precipitado algunos escombros de casas y tanto fango; luego otro salto, setenta metros en la nada. Más abajo el bosque espeso, árboles seculares, una mancha tupida e impenetrable. Esa es la parte de la selva menos frecuentada, allí se mueven desde tiempos inmemoriales los espíritus de los que, caídos o tirados al precipicio, vagabundean sin posibilidad de dejar este mundo. Al abismo están ligados para toda la eternidad, prisioneros de los árboles con sus ramas retorcidas y hojas muertas, y si hubieran intentado elevarse hacia el cielo, los árboles los habrían detenido, estrechándolos hacia ellos.

El desenterrado sigue a la sombra en aquella dirección.

Al día siguiente el desconocido tiene fiebre. Esta vez hasta Bernardina se espanta. El hombre tiembla y no hay manera de detener este tremor, ni con los antipiréticos. Permanece preso de los delirios durante tres días, pero éste no es un mal absoluto, ya que desvariando practica el uso de la palabra; claro, al principio son vocablos enunciados al azar, ambiguos y a menudo hoscos, que surgen de su boca como eructos, pero que dan consuelo por ser reconocidos como humanos. Todavía no se le había concedido saber a la pareja si estaba chiflado o tonto, o si era de cerebro fino e integro. Hasta entonces sólo se había expresado en mérito de las necesidades primarias, como comer, beber, a veces dormi. De momento, en la ebriedad que le ofrecía la enfermedad, lo hace según un disparate casual que nada dejaba intuir. Barro. Gangrena. Icor. ¡Asesino! Precipicio. Muerte. Eran las únicas palabras comprensibles en todo aquel delirio merced de las pesadillas. Hasta que la voz de un niño de once años, por la enésima vez, empezó a contar su historia al febricitante, el cual, por el cansancio, ni siquiera puede abrir los ojos.

«Me encontré en el mundo. El lugar adonde estaba antes no lo entendía, pero me gustaba. Tenía una vaga percepción de mi entorno: un espacio que se estrechaba y luego se dilataba. Me podía mover, pero no sentía la necesidad de hacerlo, quedaba suspendido en un licor de una tibieza constante. A menudo escuchaba hablar a mi alrededor. Una voz femenina cantaba: no era como las demás voces, amortiguadas y distantes, me rebotaba adentro y todo vibraba; haciendo latir más fuerte mi corazón. ¿Qué decir? Aquella era voz de ángel y yo sonreía al escucharla.

»Estaba feliz en ese lugar, pocas veces inquieto, como cuando el espacio interior empezaba a moverse y a mecirme, y la voz me llegaba con una nota de tristeza, entonces, hubría llorado yo también. Pero no lloraba y de pronto la voz se reponía, recobraba fuerza y volvíamos a ser felices, ella y yo.

»En ese lugar yo consumaba ávido la felicidad, todo dolor o malhumor era atenuado por el líquido en el que estaba sumergido, por la bolsa que delicadamente me protegía. No tenía necesidad ni de comer ni de beber, era como un ángel yo también.

»No sabía qué eran los colores, pero podía verlos, infundirme en ellos. De repente delante de mi explotaba el amarillo, a veces el rojo, el azul y el mundo no tenía formas, solo esos fúlgidos baños de diferente gradación. Así mis días pasaban idénticos a las noches, si no por una mayor tranquilidad durante las segundas.

»Tenía sueños que no entendía, a veces eran los míos, pero más a menudo me llegaban desde afuera y también por eso no los podía entender. El tiempo era una cuna y el pensamiento una manta, en ambas yo dormía placido y satisfecho.

»Pero cuando fui arrojado hacía afuera, no sé qué me pasó. Un sentimiento abismal se apoderó de mí. Nadie me había explicado lo que iba a pasar. Y así que, me encontré en un mundo demasiado distinto al que conocía. Las voces no provenían más de un punto lejano, leves a mi oído, lo herían incumbiendo como acusaciones. Cada sonido era una afrenta.

»¿Pero qué lugar podía ser este? Golpear dolía, y yo tenía hambre, frío, sueño... y, sin embargo, no entendía esas sensaciones, no sabía cómo hacer para que cesaran; ni podía explicar a esas voces lo que yo quería. Y además, ¿me habrían escuchado? ¿Me parecían tan insensibles a mi sufrir! Tan distantes que casi sentía que las odiaba.

»En el otro lugar en el que estuve, no sentía la necesidad de ser entendido, ni de explicar nada: y pensar que no tenía voz... Mientras aquí que podía emitirla indistintamente, era como si profiriera sordez.

»Es mucho lo que he dejado atrás, poco lo que me he traído. Por esto quería volver al lugar de cual había sido arrancado, una parte de mi se había quedado allí y me esperaba: mientras que a ésta se le ha impuesto la vida.

»Cuán duro ha sido crecer, ver mi cuerpo seguir caminos diferentes a mi pensamiento: tantas veces hubiera querido rebelarme, pero ya había perdido el contacto con el mundo. Los niños de mi edad no lo entendían, no escuchaban mi alma que les gritaba: “¿Qué hacéis allí? ¡Marchaos!” Ellos reían, hacían extraños juegos, se pillaban, se golpeaban, y mi cuerpo los imitaba.

»Ya no oía a mi madre cantar, ¿por qué ha dejado de hacerlo? Esa voz, yo necesitaba esa voz y ella, en cambio, ya no cantaba y hasta cuando la escuchaba hablar, estaba triste.

»Yo tampoco lograba ser feliz y me perdía, me perdía dentro de mí mismo, ajeno a mi cuerpo, en el mundo que no me quería y que yo no amaba. Y en todo este perderme me había quedado solo. ¿Porqué me han abandonado? A mí no me gusta la soledad, ella nunca canta. Nadie me ha cogido nunca entre sus brazos y me ha llevado lejos de la soledad. Nadie ha vuelto a cantar para mí, me ha mimado, abrazado...

»A menudo tengo miedo y miro a mi alrededor, pero estoy solo, nadie puede alcanzarme ni trata de hacerlo. Entonces la soledad y el temor hacen que me acurruque en un rincón lejano, en el cual no existen ruidos, no hay dolor, ni

colores, sueños, y mucho menos personas: todo vibra de tácito consenso. Ese lugar solitario y misterioso en el que estoy encerrado es como una morada para mí, y, aunque me buscaran, allí no me encontrarían. Incluso los que dicen saber dónde estoy, me miran con expresión alelada, sin divisarme. Mi existencia es presunta y no consensual, por eso es inaccesible a quien sea, y aún más a ellos. ¿Cuántos de vosotros han dado el consenso sin saberlo? ¡Ahora lo negarían! Pero no hay marcha atrás. Cada error ha puesto raíces en nuestra vida y no hay manera de extirparlo.

»A veces escucho la lluvia, la oigo caer y diría que me precipita adentro, si tan sólo fuera capaz de admitirlo. Entonces me quejo. El agua me hace siempre este efecto, no puedo entender si es miedo o es amor, pero en la duda me pongo a chillar, me tapo las orejas para no oír los truenos, y cuando un relámpago ilumina el cielo, cierro los ojos también. Normalmente, haciendo esto, después de un rato se me pasa, pero a veces empeora; porque alrededor de mí se juntan sombras que con sus voces hacen crecer mi turbamiento ya que no las entiendo, pero me parecen amenazadoras.

»Donde estaba antes me rodeaban percepciones tan concretas y ciertas que no necesitaba nada más – y alegre por aquella voz que cantaba haciéndome vibrar hasta el alma – no era esclavo de ninguna necesidad... No sé si me busca todavía aquella voz, seguro ya no canta.

»Si tan sólo tuviera por lo menos algunos amigos para hacerme compañía, pero no, ni siquiera mi conciencia lo hace, se escapa de mí como si fuera unapestado. También el resto del mundo se mantiene alejado, entre nosotros se abre un abismo, y yo no puedo más que mirarlo desde allá, desde la quebradura que nos separa. También entre mis padres y yo hay una brecha. Cuando me miran, no ven más que mi envoltura, mi cuerpo vacío y abyecto. Cuando me escuchan, no oyen mis palabras, sino mis jadeos de animal.

»Quisiera llegar a ellos con mis pensamientos más reales, luego me doy cuenta de no estar a la altura de expresarlos, ni ellos de entenderlos. Cuántas verdades indecibles nos robamos cada día; cuántas mentiras, máscaras, perversiones y errores nos arrollan. Creo que es así para cualquiera y cada vez que nos relacionamos con los demás nos damos cuenta de esa distancia incolmable. La vista y el oído nos engañan. La interpretación, que todo el tiempo es imposible, varía según nuestra respectiva sensibilidad y el momento. ¿Cómo pueden, entonces, dos personas en condiciones similares entenderse? ¿Y una entera humanidad?

»Para mí es incluso peor, porque jamás he aceptado las condiciones que

se le han impuesto al hombre desde su nacimiento.

»No sé entender los silencios, o aprender de la experiencia; me desato de ambos porque sé que me harían daño. Ésta es la única manera que conozco para no sufrir, para no hacer interpretaciones erróneas, para no ilusionarme a cada momento.

»Sé que hay algo profundamente erróneo en el ser hombres y en el obstinarse a utilizar el lenguaje para hacerse entender. De no haberme refugiado en este lugar, no habría podido soportarlo.

»Recorro con la memoria las vías del tiempo encontrándome con cada uno de sus habitantes. Ellos también son ángeles y no menos perdidos que yo, no logran desahogarse. Este fluir del tiempo es un asombro continuo en contiguos instantes que me dejan maravillado, y si en su transcurrir no encuentro un significado, yo, ¿a cuál realidad pertenezco? No soy uno de ellos ni uno de vosotros. Entonces, ¿a dónde me llevará mi camino? ¿A dónde iréis vosotros?

»Me siento arrastrado en un vórtice del cual no consigo salir. Puede que haya sido arrastrado todo el mundo, de distintas maneras. Pero yo creo que todavía se puede hacer algo. Hay que buscar una salida, hay que encontrarla. Por eso tengo que aprender a conocer el mal que nos aflige, a cada uno de nosotros por su parte.

»¿Y cuál podría ser ese mal que me aflige a mí?»

En ese instante el desenterrado se despertó, jadeante y espantado. En la habitación no había nadie, pero aún oía el eco triste del discurso del niño. Algunos días antes le había dicho su nombre, Marco. ¿Pero por qué seguía yendo hacia él? ¿Y por qué le seguía contando esta historia?

6

«¿Cómo te llamas?» preguntó Raimondo al hombre encontrado bajo los escombros. Parecía estar mucho mejor respecto a los días anteriores, la fiebre había bajado y había vuelto a hablar. Pocas palabras, la primera había sido “hambre”, seguida por otras del mismo estilo.

Al escuchar la pregunta el desconocido miró preocupado a Raimondo, que se la recambió severo. Él, hundiéndose en la cama, dirigió la mirada hacia la pareja, como buscando ayuda. No la obtuvo.

«An-tó-ni» tartamudeó.

Los tres se quedaron paralizados, ¡después de tres semanas conocían su nombre!

«Antóni ¿qué? ¿Tu apellido...?» preguntó Bernardina ansiosa.

El hombre la miró fijo con sus ojos oscuros y no contestó. Los tres insistieron, pero sin obtener nada.

Raimondo se puso nervioso, él era así, tenía un carácter impetuoso y no podía soportar ese silencio, ese absurdo misterio del hombre en decir su apellido. Se acercó amenazador a la cama. «En fin. ¿Quién eres?» voceó. «¿Cómo has podido sobrevivir siete días allí abajo?»

Apenas acabó de hacer las preguntas, viendo que el otro callaba, empezó a sacudirle por los hombros.

Una cosa estaba segura, el hombre no parecía tener algún miedo o rencor hacia Pietro y de hecho le miraba como pidiéndole ayuda. Pietro en respuesta sacó a Raimondo de allí. Aún así Antóni no quiso volver a hablar.

Al día siguiente, Pietro, después de hablar con Bernardina, volvió a la habitación de Antóni, solo. «Escúchame Antóni» comenzó, «necesito saber algo. El día de tu accidente, ¿yo estaba allí contigo?» preguntó confundido al pronunciar la palabra accidente.

Antóni sacudió la cabeza convencido y Pietro suspiró relajándose después de días y días de dudas y miedos. Más tarde le habría dado esa buena noticia a su mujer. Siguió: «Escúchame, mi mujer y yo estuvimos pensando hacer público tu encuentro, ahora que te sientes mejor... por lo menos tu familia sabrá que estás vivo y tú la podrás volver a ver.»

«Yo no tengo familia...» masculló el otro con tono un poco hosco. «No

quiero que se... que se sepa de mí. Quiero estar aquí.»

Pietro quedó estupefacto, pero luego hizo un ademán como diciendo que no era importante y salió de la habitación.

Antóni se quedó solo. Medio adormilado giró la cabeza hacia la ventana. Era un frío mediodía de noviembre, de repente unas nubes debieron haber cubierto el sol, porque el cielo, aunque no lo viera desde aquella posición, se oscureció. Se le apareció enfrente una silueta. Había aparecido como un espesor de aire, un ensombrecerse de la misma en un punto preciso, convirtiéndose en hombre, un personaje miserable y harapiento que le escrutaba hostil debajo espesas cejas negras. Estaba vestido prácticamente con trapos, una camisa blanca desgarrada y manchada de lodo, unos pantalones de tejido marrón, también mugrientos; de complexión robusta, pero no muy alto, en la cabeza un gorro típico del sur de Italia. Sólo él podía ver esa triste figura, de hecho no había nadie más, y hasta Antóni estaba incierto de que de veras estuviera ahí. Podía estar teniendo visiones como un enfermo de esquizofrenia. Tenía derecho a sufrirla en vista de lo que había sucedido.

Antóni emitió como un gruñido bajo, sus ojos echaban centellas. El otro empezó a hablar con tono agitado. En su voz había una nota de desesperación mezclada con tanta rabia, ambas unidas a un acento siciliano muy marcado y por un agitarse arriba y abajo por el cuarto, haciendo grandes ademanes, que le conferían un aspecto tragicómico.

«¡No lo puedo creer, estos tontos te han sacado de allí, te han salvado! Claro, no saben quién eres, si no, te habrían dejado allá abajo para que te acabaras marchitar. ¡Están locos! ¡Qué suerte has tenido! Pero no es justo, si tan solo supieran lo que has hecho, te matarían con sus propias manos. Yo mismo lo haría si pudiera, desgraciadamente ¡mira en qué condiciones me has dejado! Ahora yo no puedo, no puedo apretarte el cuello hasta asfixiarte...» hizo una breve pausa. «¿Por qué tenías que matar a todas aquellas personas para eliminarme a mí? ¿No podíais encontrar otra manera? Si pienso que estabas a punto de morir tú también... ¡La estaba pasando genial sabiendo que te estabas enmohecendo! Y en cambio ahora estas aquí. Has tenido una suerte descarada, ¿sabes? Eres un *figghiu di arrusa* con suerte...

»La otra noche te vi confabular con el *dimonio*. ¿Qué más estáis organizando? En cuanto te encuentres bien ¿volverás a ser un mafioso? ... Bueno, lo ves, ¡lo he dicho! Ya no tengo miedo de decir esa palabra, claro, mientras esté muerto no podéis volver a hacerme daño. ¿Quieres hacerme volar de nuevo con una bomba? Hazlo cuando quieras, pero te advierto: no es

tan fácil matar a un fantasma... Me he escapado en este pueblo convencido de que no me hubierais podido encontrar. He estado bien durante estos años, también me hice unos amigos... Dios santo, ¡habéis tirado al suelo media montaña para matarme! Habéis asesinado a un montón de personas: hombres, mujeres, viejos, niños...»

Antóni chilló. Fue un grito inhumano, bestial, que espantó hasta al fantasma que se lanzó hacia la ventana y desapareció en el aire, ¿pero de veras había estado allí?

Bernardina, Raimondo y Pietro acudieron. Vieron al desenterrado agachado delante de la cama, con baba en la boca, los ojos inyectados en sangre, que intentaba coger el aire de su alrededor. Apenas lo alcanzaron se dejó caer en el colchón y desmayó.

El primer golpe de azada rompió la tierra en dos, el segundo la volcó, el tercero llevó a la desesperación a los gusanos que la habitaban, el cuarto se fue un poquito más allá, hacia otra tierra.

Una vida marcada por golpes de azada. Cuando era niño esa herramienta era más grande que él, difícil de levantar y en la bajaba lo arrastraba con su peso. Abajo venían sus finos brazos, se doblaba su espalda y el contragolpe del terreno era un latigazo para ambos.

Un pasar de días, acompañados por esa música, de hierro contra piedra y tierra, de piel que corre ligera sobre la madera y se abre en vejigas sobre callos todavía jóvenes. Canto de suspiros afanosos, jadeos repentinos y gotas de sudor que caen en el polvo: rumor amortiguado, perceptible solo por un oído no humano, el mismo capaz de oír los gritos de insectos y gusanos.

Días calurosos que pasan cada uno igual que el otro y lo vuelven a encontrar sumido en el mismo movimiento, pero en un punto diverso. Sucederse de campos y cultivos, movimientos siempre iguales. Pero como le dice su padre: «Hay tanta tierra por cavar, debes ser veloz.»

Y Bainzu lo intenta, quiere hacer buena impresión. En Antro quiere ser él el más rápido. La guerra acaba de terminar, los hombres son pocos, y tiene razón su padre: hay tanta tierra por cavar.

A veces Bainzu sueña con que él ha cavado toda la Tierra y no queda un solo hilo de hierba, se oye el suelo respirar, finalmente libre. El niño está contento y todos en el pueblo los felicitan. Ahora puede ir a la escuela, ya no debe de trabajar. Pero luego se despierta y mirando por la ventana ve un descampado verde.

Pasan los años y él no es un niño común, no estudia, trabaja; no escribe en blancos cuadernos a rayas, él raya la tierra oscura y la quiebra; no lee grandes libros llenos de dibujos variopintos y garabatos negros, siembra granos que se hacen plantas coloradas y que pronto empiezan a dar frutos.

Bainzu lee y escribe sobre los campos, sobre rayas que él mismo se empeña en realizar y rellenar con plantitas o semillas. Todo el mundo puede leer sus cuadernos, pero solo él puede escribirlos.

Y al pasar los años Bainzu se da cuenta que no es tan fácil eliminar toda la hierba del mundo, porque ésta, si no se hace de prisa, vuelve a crecer por el otro lado; por aquí se termina, por allá hay que volver a empezar. Pero él se hace cada día más rápido y fuerte, ahora sus brazos levantan la azada con ímpetu y la lanzan hacia el suelo con rabia, la tierra explota bajo esos golpes y cuando el hierro encuentra la piedra salen chispas al aire.

La primera vez que Bainzu vio una chispa se sorprendió, la emoción le hizo latir fuerte el corazón. Al aire salió un olor increíble, una fragancia bella y misteriosa: si hubiese estudiado habría sabido que era olor de azufre. Tardó tiempo en entender que chispas y humo se producían al golpear algunas piedras en particular. Cuando encontraba terrenos que tenían muchas Bainzu reía, se divertía como un loco: hacía explotar la tierra alrededor de sí y observaba las chispas alzarse en el cielo llenándose la nariz de ese olor magnífico. Hasta que un día su padre lo vio jugar de esa manera y le abofeteó. «¡No se juega con la tierra! ¡La tierra es una cosa seria y hay que respetarla!» Aquella fue la última vez que su padre tuvo que pegarle, porque desde aquel instante, Bainzu no jugó más a levantar chorros de fuego, pero cuando a veces algunos se alzaban solos, él sonreía.

Bainzu crece y sus jornadas se llenan de un continuo laborar. Ahora lo hace con una clara ansia, detrás de sí ve esa hierba maliciosa que, si se olvida, gira sus raíces hacia abajo, empezando de nuevo a nutrirse y a crecer, por eso él debe estar atento. Sobre todo con la grama, la más odiada: basta olvidarse de un pequeño trocito en el suelo y ella vuelve a crecer mejor que antes.

Con el pasar del tiempo Bainzu se anima de frenesí en su escavar. Tanto trabajo le ha dejado raquítrico, aplastado al suelo. Ya de mayor edad, es más bajo que todos sus coetáneos, pero escavando nadie le alcanza. El ardor que lo domina le hace latir fuerte el corazón, le hace jadear, y cuanto más latidos y respiración aumentan, más ardor él pone. Es una furia Bainzu.

Pasan los años y las azadas se desgastan, a veces los mangos se rompen y

Bainzu está obligado a cambiarlos. Un mango nuevo es peor que una hoja nueva, porque la madera fresca se mella en las manos y le abre viejos callos, volviéndole doloroso trabajar. Pero ahora sus brazos se alzan con vigor en el aire, y después caen con tal velocidad y precisión que la tierra parece abrirse mucho antes de ser alcanzada; de un solo golpe la abre, la revuelca y quiebra, y lleva a la desesperación a sus habitantes. Es una alegría verlo escavar. Y fue en el énfasis de esta feliz vista que su padre un día se murió.

Todavía un transcurrir de años y estaciones, frío, sol, lluvia, calor bochornoso, y de mil vicisitudes que la naturaleza impone al hombre, pero Bainzu no se queja: cava y cava, con el corazón que late fuerte y él que escava cada vez más rápido, siempre con esa furia, una ansiedad que le sienta bien y que le da alegría. Incluso, ahora duerme con la azada cerca de la cama, se alza cogiéndola en mano y se acuesta poniéndola nuevamente en su sitio. ¡Hasta en los sueños sigue escavando! Luego un día llega la vejez; lo hace de repente. Ahora su herramienta también le sirve de bastón. Pero cuando Bainzu trabaja sus brazos recobran fuerza, no ha disminuido su rapidez, solo ha aumentado su precisión y cada golpe de azada suyo es arte derramada en la tierra.

Hasta que un día, mientras cava en un campo de patatas, amontonando el terreno, se da cuenta de que el corazón le late fuerte. Entonces aumenta la velocidad, y el corazón hace lo mismo. Intenta trabajar con más ardor, y el latido se acelera de nuevo. ¡Esta vez quiere ganar él! Pero Bainzu no quiere ceder y empieza a trabajar a un ritmo imposible de alcanzar.

Ya no puede controlarse y empieza a golpear algunas plantas que se tumban en la tierra removida como árboles abatidos, pero sin hacer ruido. Por un segundo a Bainzu le parece incluso oír a su padre que le grita: «¡Con la tierra no se juega!», y le pega una bofetada. Luego siente un dolor fuerte en el pecho y en vez de detenerse intensifica sus esfuerzos: ahora la azada se arremolina enloquecida, la tierra salpica por todas partes y se le cae en los hombros, sobre la espalda, y en la cabeza, pero él cada vez más rápido y el dolor de corazón que crece... Al final sus piernas ceden, el brazo se dobla hacia atrás y el viejo se cae: la cara en la tierra, la azada a un lado.

Hace un último intento por levantarla, después con un ojo bien abierto hacia el campo, Bainzu muere. Su corazón se ha partido en dos, luego se ha volcado y el alma, desesperada, se ha escapado.

Occiduo es un pueblo que existe sin saber por qué, ni siquiera lo saben sus habitantes. Hasta el cura está a oscuras de todo, a pesar de la intercesión con el altísimo; ni las informaciones de primera mano, a las que sólo un prelado puede acceder, han sido suficientes para desvelarle razones que no hay. Todo se ha desarrollado en un tiempo lejano, sin que hubiese la apariencia de que algo se desempeñase.

Antro era el pueblo verdadero, burgo autentico, Murradine su gemelo y, siendo muy parecido, su rival.

Había, entre los jóvenes de uno y del otro, una especie de competición que a menudo desembocaba o en un homicidio o en una boda. Hay muy pocos modos diferentes de estos para redimir contiendas.

En cambio, el valle ahora ocupado por Occiduo, era tierra de ninguno, hasta que no fue de todos: tanto de Murradine como de Antro, pero sobretudo de este último, la gente empezó a trasladarse para huir de sus pueblos. En Murradine era la soledad la que les hacía escapar: había demasiada acurrucada en aquella cima, y algunos no podían soportarla; la soledad sabe ser una mala compañía y quedarse lejos de ella es para algunos la única solución, como para otros convivir con ella es la única posibilidad. Sin embargo, en Antro, era lo contrario a disipar a sus habitantes, era la presencia inquietante de la cima Fuscas.

En aquel nefasto pueblo imperaban la piedra, la maldad de los hombres, las brujas, los bandidos en los bosques, los alcohólicos de *vino malo* y las viejas chismosas, siempre vestidas de negro, casi como si para ser marujas siempre se tuviera que llorar por alguien, o que una se convierta en eso después el llanto, cuando no queda de otra porque se ha perdido todo, y chismorrear sobre los vecinos es la única cosa que las hace sentir vivas.

Antro era roca inminente desde lo alto, piedras con voces de peñas resbaladizas. El paisaje alrededor era un desafío a las leyes de la gravedad, todo parecía estar a punto de caer: castillos de roca, altos espolones y murallones llenos de grietas.

En la parte alta había pocos árboles, aún menos desde hacía algunos años, porque fueron arrancados para dar lugar a nuevas casas, o porque hacía

falta leña.

Antro de los inviernos fríos, que empezaban a traición, más fríos que en los alrededores, como si toda esa piedra fuera una glacial tumba. ¡Y además allí el aire marino no llega! El mar no está demasiado lejos, pero tampoco cerca, y además ¡quién se subiría hasta ahí! En invierno el aire puede solo bajar de lugares como éste: ¡no subir!

Criaturas se desvanecen en la negrura a la llegada de la tarde, otras se evaporan al salir el sol. Se animan en el crepúsculo animales furtivos, mientras que nada se mueve al amanecer. En invierno, en Antro, el aproximarse del astro reluciente es un evento que asombra.

Quien se dirige cuesta arriba de Antro se encuentra ante los árboles más retorcidos y llenos de acrimonia que se conozcan, todo el tiempo con la mirada maldispuesta, las raíces descubiertas intentando hacer tropezar a los incautos por algún precipicio y con las ramas péndulas, apestadas por bubones negros y gangrenas, dispuestos a abofetear con malicia a los improbables pasantes, herirlos, infectarlos, llenarlos de resinas pegajosas, insectos asquerosos, afidios, cochinillas y finas telarañas. Por otra parte entre los hombres y estos mismos árboles hay mucha desconfianza: los primeros a fuerza de cortar se han enemistado con los segundos.

La niebla enrolla la cima Fuscas y *niebla* envuelve las frondas de algunos árboles, contaminándolos.

Aguas abajo de Antro, por el contrario, están los bosques más laberínticos de los que se conozca la existencia y senderos en que todos se pierden siempre, aunque los conozcan.

Cuevas, *domus de janas*^[1] y tumbas de gigantes despuntan de repente y encontrarlas no es nunca una señal de buen augurio, porque es en lugares parecidos en que a menudo el destino suele tender emboscadas. Y trampas tienden los orcos agazapados en las *nuragas*^[2], intencionados a asaltar quien sea que se aventure al interior.

En Antro hubo varias leyendas de este tipo, pero eran pocos entre los supervivientes los que recordaban algunas, y más bien se olvidarán pronto, porque cuando se lloran a sus propios muertos o sus propias desventuras no hay tiempo para pensar en otra cosa, ni en el sufrimiento de quien está alrededor, aún menos en las tribulaciones pasadas. El pasado que precede un gran desastre deja de existir y quien lo ha vivido está como perdido, vagabundea como si viviera en un *limbo*, en el que el tiempo rebota desde el momento del drama al lento retraerse de la existencia.

¡Qué arrastre de pies para marcar los segundos! Y qué gran peso parecen sujetar esos breves lapsos de tiempo. Uno se vuelve ciego, insensible excepto a eso, al peso que hunde...

Quien sufre es el ser más egoísta que hay, no consigue experimentar otras emociones, transmitir diferentes, se vuelve un obtuso propagador de dolor.

Antro perdida en la lluvia, devorada por el tiempo en pocos instantes, borrada de la memoria excepto del sufrimiento provocado y del sentimiento de culpa. El ingeniero Benedetti piensa remover los escombros del pueblo, pero esto no surtirá algún efecto: todo se quedará allí, la gente sentirá por siempre ese peso. Lo sentirán las hadas, los gigantes hidrófobos en sus tumbas, los animales en equilibrio sobre rocas pendientes y las plantas agarradas a una tierra resbaladiza: su brotar alegre, está ostentado solo por la fútil deshonra a los Númenes. Seguirán sintiéndolo algunas nuragas lejanas, que desde diversos rincones observan solas y olvidadas: una dormida bajo la tierra, la otra expuesta a los vientos. Lo sabe bien la montaña con la cima Fuscas, que se da cuenta de que no terminó la obra. Lo sentirán los hombres ya no hombres, sin memoria, en un futuro sin tiempo, atrapados en un pasado que se volvió nada, pero capaz de paralizar el futuro para luego estrellarlo lejos; mientras que el tiempo indiscriminadamente se perpetúa.

De Antro ya no se conocerá ni la historia ni la verdad. Además, la única verdad persistente es la sugestión; porque, aunque vivida, la verdad con el tiempo se desenfoca y tiende a desvanecer. Así es: el tiempo borra y hace desteñir lo verdadero, mientras colorea y vuelve real la mentira.

Y estos pobres hombres reviven cada día el drama que ha cambiado sus vidas, lo reviven sobretodo de noche, sudando en la cama, revolviéndose y sintiendo la asfixias hasta por las sábanas. Pero se esfuerzan en perder sus propios recuerdos, alimentando de esta forma tan ladina una depresión, la misma que dio vida al vórtice en el cual el pueblo entero ha caído.

Haberse refugiado en Occiduo no ofrece escapatoria a los supervivientes. Es verdad que éstos ya no ven lo que queda de su pueblo, pero la gente de éste los mira con sospecha. Además son distintos...

“¿No nos traerán mala suerte? Occiduo tampoco está en lugar seguro. ¿Y si la montaña los seguía? Si fueran ellos – ¿cuántos son? veintiocho en total – que han traído la desgracia a Antro ¿y ahora ella los seguía hasta aquí?” Esto se preguntan los de Occiduo, mientras que los acogen con brazos abiertos. Algunos son parientes, por eso los tienen más ensanchados, aunque más temblorosos.

Los que se han refugiado aquí se sienten mal por pedir hospitalidad, y se sienten privados de fuerzas y descorazonados cada vez que levantan la cabeza y ven aquel monte.

No se encuentran mejor los refugiados en Murradine, más a salvo de la cima Fuscas, pero con su hostil figura ante ellos que los escarnece, y esa masa irregular y derruida que hacía un tiempo había sido Antro, bien visible, atractiva inexorable de miradas extrañas.

Los trece que huyeron a Murradine vigilan a ese *golem* de piedra con ojos anchos, les parece verlo deslizarse, día a día cada vez más abajo, y expandirse, entonces se ponen pálidos y estremecen. Son espectros de sí mismos incluso antes de morir.

“¿Habéis escuchado esas voces esta noche?” se preguntaban los unos a los otros sin especificar más. Un tiempo se hacían la misma pregunta, refiriéndose a rumores advertidos en dirección a las casas de las hadas, a las tumbas de los gigantes, de las nuragas o a lo máximo lejos en la montaña. Esa cima hosca y maligna desde siempre había sido fuente inagotable de misterios: bulliciosa, vociferante, preñada de presencias, en cada hora del día y de la noche. Al aventurarse por sus senderos, al encaramarse por sus crestas, uno nunca se sentía solo si no observado, escrudiñado de lejos y de cerca; esa cima había estado siempre viva, hasta en las fantasías de los habitantes de Antro. Pero ahora que ha descargado sobre ellos una cuesta entera ya no oyen a las brujas, a las hadas, a los gigantes, sino a los fantasmas que se agitan sombríos al límite de sus conciencias, en las campiñas.

“¡Seguro ha sido el viento!” responde uno, pero las afirmaciones tan categóricas no convencen a los de Antro, conscientes de que todo está sujeto a interpretaciones. Una frase tiene que presentar un matiz, pequeñas escapatorias; porque las palabras, encima, están sujetas a mutación, por esto no es imposible que aclaren dudas o desvelen algo. Si alguien dice que seguramente ha sido el viento, luego hay que preguntarse quién es este Viento, y si de verdad ha sido él quien ha producido esos sonidos. Un simple: “Alguien que grita en el viento” los hubiera espantado menos.

8

Justo después del desastre el pueblo había sido objeto de una compraventa por parte del ingeniero Benedetti. Una vez claro que no podía haber nadie más con vida, él se había presentado ante los herederos y propietarios de Antro, supervivientes o parientes que vivían en otras partes, y les había propuesto la venta de aquellas herencias.

Los supervivientes estuvieron felices por vender todo, para borrar el recuerdo de lo que había pasado, aunque olvidar era menos fácil de lo que pensaban. De noche, al más mínimo ruido, estos matricidas de tierra se levantaban de sus camas y miraban a su alrededor, esperando ver que se derrumbara cada cosa; el barro invadía todo de nuevo y los arrollaba, esta vez para siempre.

Una simple lluvia los ponía en aprehensión, los relámpagos en ansia y los truenos les agitaban los latidos. Bastaba con que regresaran con el pensamiento a los acontecimientos de aquella noche para revivirlo todo, hasta en los más mínimos detalles, los estados de ánimo, el miedo desquiciado, el martilleo en el pecho y la respiración afanosa.

¡Cómo puede ser engañoso el recuerdo!

Olvidarse de aquel amado pueblo, odiado sobre cualquier cosa, en donde habían sudado, luchado, para luego ver que todo les fue arrancado, no era fácil. Había sido amarga esa paliza, aún más amarga en cuanto que todos ellos estaban de acuerdo en considerar que la tenían merecida.

¡Pero ahora basta! No valía la pena seguir haciendo esfuerzos desmesurados por aquel lugar que tanto dolor les había dado. Vender había sido la mejor solución, para volver a comenzar en otra parte.

El ingeniero en poco tiempo había presentado un proyecto futurista de revaluación de toda el área, impecable en cada punto de vista, también en lo referente a la seguridad. Habría embridado la montaña, apuntalando, creando muros de contención, canales de desviación, luego habría construido un complejo turístico, una especie de centro de salud, sobre las viejas bases de Antro. Había quien, no sin malicia, insinuaba que el proyecto Benedetti lo hubiese presentado antes de concluir la compra de las parcelas. Seguramente él conocía las personas justas para obtener todo permiso necesario para la

realización de su proyecto.

El ingeniero era rico y había pagado casi a precio de construcción intacta cuanto había en el pequeño pueblo: noventa casas, un centenar de parcelas en total. Hasta la iglesia. Para obtenerla había hecho una petición en Vaticano y allí, el responsable, entendiendo que se encontraban frente a una ocasión muy atractiva, que Dios no les había abandonado, aceptó enseguida.

La iglesia era uno de los edificios más dañados. Ni una pared había quedado de pie y nadie había podido establecer con exactitud, tampoco el punto en que se encontraba antes de la calamidad. El frente de tierra desprendida la había embestido por primera vez arrollándola de lleno, la había destrozado y arrastrado por casi cincuenta metros. En el Vaticano sabían que no se podía reconstruir, ni tenía sentido hacerlo, ya que el pueblo mismo había sido destruido y abandonado. La respuesta había llegado pocos días después con una carta que decía esto:

Estimado ingeniero Benedetti, con gran agradecimiento aceptamos la propuesta de un devoto como usted. La iglesia de Antro ha sido un baluarte para el pueblo entero, había sido puesta frente a la montaña con la pia intención de defenderla de esta. Desgraciadamente Dios ha decidido conceder prioridad a la naturaleza, y al mismo tiempo ha querido llamar a sí a buena parte de sus amados fieles que vivían por esos lugares de penitencia, así lejanos de Nuestra protectora Roma. Nosotros hemos pensado en aceptar su propuesta y su dinero, quizás para destinarlos a la ampliación de la iglesia de la Virgen Inmaculada en el cercano pueblo de Murradine, en el que por otra parte han encontrado refugio aquellos de Antro que han sobrevivido a la terrible desgracia. Le pedimos que visite la Ciudad de la Santa Sede para definir los detalles. Podríaís aprovechar para visitar, en caso de que no lo hayáis hecho nunca, nuestra Santa Ciudad y quizás encontrar alivio para Vuestro espíritu, que tan grande sufrimiento ha padecido en las últimas semanas.

*Con Amor Paterno
Su Excelencia, el Cardenal.*

Seguían una firma incomprensible, un timbre del economato de la Ciudad del Vaticano y unas posibles fechas de encuentro con direcciones y números telefónicos a los cuales llamar para ulteriores informaciones.

El ingeniero Mario Benedetti era ateo.

Ese edificio fue el que le salió más caro, aunque había sido de ínfimas dimensiones y la Iglesia lo había recibido en donación treinta años antes por parte de un rico fiel de Antro, muerto justo el año anterior al desastre. Benedetti conocía bien a ese hombre, un tiempo había sido su padre.

Los verdaderos trabajos de remoción empezaron un mes después del desprendimiento. El ingeniero había solicitado a diversos políticos amigos suyos, alegando incluso la excusa que de ese modo habría sido más simple encontrar a los últimos desaparecidos. Aún faltaban cinco.

Fue suficiente otro mes de intensos trabajos para borrar todo rastro de Antro, pero de los cinco no se encontró ninguno. Justo después empezaron las primeras intervenciones de puesta en seguridad del monte y de construcción. A los trabajadores los habían hecho llegar desde afuera porque nadie ya sea Murradine o en Occiduo había querido formar parte de la obra. Benedetti incluso estuvo contento de eso.

Se llegó al final de enero y aquel que había dicho llamarse Antóni progresaba lento; ahora hablaba de manera fluida, pero para caminar todavía necesitaba ayuda. Pietro pasaba mucho tiempo con él y entre ellos se iba intensificando una estrecha relación que no era demasiado precipitado definir como “amistad”.

Mientras tanto Pietro aún seguía tratando de descubrir quién era.

Entre los que continuaban desaparecidos: un viejo, un cincuentón, una mujer y un niño, había también un joven que por edad y sexo podía corresponder a Antóni, pero se llamaba Paolo.

Si no era que había mentido sobre su nombre, el desenterrado entonces debía ser un forastero, aunque la posibilidad de que fuera Paolo no estaba descartada por completo, ya que este se había marchado de Antro hacía muchos años y ni Raimondo ni otros que lo habían conocido desde pequeño, habrían podido excluir que no era él. En dado caso, mentía por razones que solo él conocía. Seguramente se sabía que Paolo, por su mala suerte, había regresado al pueblo justo en los días precedentes al diluvio.

«Chircu» dijo Antóni dándose cuenta en ese momento de no estar solo.

«Sí, me están curando...» masculló en voz baja después de escuchar durante unos segundos. Eran las tres de la noche, aparentemente todos dormían en la casa, pero en realidad Bernardina no podía. Una terrible pesadilla la había despertado y ella, teniendo cuidado de no molestar a Pietro, se había levantado. De puntillas se había dirigido hacia el cuarto de baño y justo en ese

momento Antóni había pronunciado ese nombre.

Ella se detuvo a escuchar. La voz del desenterrado era a duras penas audible, no obstante ella pegara la oreja a la puerta.

«No, no he revelado quien soy...» le pareció entender. No oía preguntas de nadie, apenas escuchaba las respuestas de Antóni. Se estremeció. ¿Con quién demonios estaba hablando?

«No les he hablado de ti...a Burrali aún no lo he visto...»

Bernardina tuvo la tentación de abrir la puerta de golpe, pero el miedo a que alguien estuviera en esa habitación, quizás capaz de reaccionar y de hacerle daño, la detuvo. Una vez que hubiese acabado de escuchar habría ido a contárselo todo a su marido, se dijo. Bernardina era curiosa, deseaba descubrir más sobre ese hombre, y al mismo tiempo lo quería fuera de su casa cuanto antes. Le daba muchísimo miedo – daba lo mismo si estaba hablando con alguien o solo – y le daba una gran rabia que su marido no hubiese denunciado su encuentro a las autoridades en lugar de llevarlo a casa. Ella incluso se reprochaba por haber aceptado todo eso.

«... haré todo lo posible. Perdóname, hablar me cansa...» dijo la voz de Antóni del otro lado de la puerta, luego ya no se escuchó nada más. Un minuto después desde el interior llegó el rumor de una respiración arrastrada que era la manera típica de respirar del desenterrado mientras dormía. Bernardina lo entendió, y aún turbada por esa fragmentaria conversación, corrió hacia su marido. Al llegar a la habitación lo sacudió con una mano y de inmediato le tapó la boca con la otra mientras él abría los ojos.

Le contó lo sucedido de manera agitada.

«Para mí que está un poco chiflado» farfulló Pietro a ojos medio cerrados, «quién sabe qué habrá allí abajo.»

«¿Y si de veras estaba hablando con alguien?» preguntó ella. Solo entonces Pietro pareció entender. Abrió bien los ojos, se levantó de golpe y a grandes pasos se dirigió al cuarto al final del pasillo. Antóni, que aparentemente dormía, se asustó y puso los ojos en blanco como si esperara ver de nuevo la montaña caerle encima.

Pietro atravesó la habitación de prisa y se asomó por la ventana, que estaba abierta. No se acordaba de haberla dejado así. Una pálida luna iluminaba con luz tenue y siniestra el jardín aterido. Bajo aquella luz el pasto cortado y las raras plantas refulgían en la oscuridad, inmóviles, artificiales, como a menudo se muestran las cosas en invierno, porque parecen muertas. Todo estaba tranquilo y nada parecía poder turbar la paz de aquella gélida

noche, tampoco las ramas del olmo, que hacía tiempo que ya no amenazaban la ventana de la estancia del desenterrado. Pietro atisbó más allá de la vieja planta – las frondas ya no escondían el jardín ni la tapia del fondo, ni el bosque que se encaramaba sobre el monte – y vio, como si fuera por primera vez, justo frente a la ventana y más allá de la tapia, un sendero que se adentraba en aquel mismo bosque, que subía y desaparecía entre la espesa vegetación. No recordaba haberlo visto antes en los dos años que llevaba viviendo allí.

En ese momento entrevió una sombra alejarse veloz, justo donde el sendero se desvanecía en la oscuridad, escondido por el cistus y por un viejo roble.

Oyó el sonido de una piedra chocando con un pie. La sombra debía haber cogido cuerpo, convirtiéndose, de humo en materia capaz de golpear otra materia. Entonces Pietro abrió de par en par la ventana y se lanzó hacia fuera corriendo por el césped. No había tenido tiempo de ponerse nada y se sintió bastante ridículo corriendo a esas horas de la noche en pijama y chanclas, pero quería revisar y estar seguro. Saltó también la tapia del final del jardín y subió por el sendero. Piedras y ramas puntiagudas le infligían pinchazos dolorosos en los pies, pero no se preocupó y aceleró el paso. Corría entre arbustos y peñas esquivando obstáculos como si los viera: la inconsciencia a menudo provoca tales ilusiones. A menos que lo que lo guiaba fuera un instinto atávico, una reminiscencia pasada.

Al principio tuvo frío, luego la carrera lo calentó.

En la oscuridad, bajo los árboles espesos, no se veía casi nada a pesar de la luna. En las narices el olor de bosque y de la naturaleza era fuerte. Igual un jabalí había pasado por allí o tenía su madriguera cerca. Pietro corría por el sendero sintiéndose parte de lo que le rodeaba, respiraba y el aire era él mismo.

Ramas y matas le azotaban por doquier, mientras que él penetraba la oscuridad con la mirada en busca de cualquier movimiento, con las orejas tendidas a cada ruido. Muy pronto empezó a afanarse, el corazón le latía fuerte y el sudor empezó a caerle copioso.

Corrió por un tiempo que le pareció infinito, también cuando se dio cuenta que ya no tenía sentido hacerlo. Si de verdad poco antes había estado alguien en su casa y había escapado por ese camino, oyéndolo llegar debía haber cambiado dirección, y en esa oscuridad no lo habría encontrado jamás. A menos que el desconocido no hubiera regresado en su casa, a donde estaba

Bernardina sola. ¡Carajo, no! No sola, ¡con el desenterrado! No se detuvo. Siguió corriendo, con el bosque que parecía cerrarse cada vez más sobre él, para tragarlo entre sus fauces de madera y hojas. Cruzó dos veces la carretera asfaltada, como un zorro espantado, con el terror de ver los faros de un coche llegar y arrollarlo. Superó un alto nogal frondoso que brillaba con una luz mágica. Afinando el oído advirtió el crujido de los árboles. Los rigores invernales sustraían la resina del tronco, agarrotándolos. Sacudidos por una ligera brisa chocaban entre ellos, las hojas y las ramas se frotaban entonces produciendo un eco de sonidos secos y crujidos quedos, que era como un silbido de ángeles que estaban dirigidos por un maestro con un divino sentido armónico.

Pietro dobló a la derecha y se zambulló en un alto matorral oscuro de estepa. Pasando por el medio se sintió cubierto por una sustancia transparente y pegajosa. Un aroma agudo le invadió las narices.

Después de una lucha para desenredarse, que duró unos cuantos segundos, sin previo aviso emergió de la vegetación y se encontró en una área aplanada, un paisaje desolado y selénico, con terrazas grandes y vastas, tierra aplastada por excavadoras y largas calles empinadas. Se paró en el centro de ese oprobio mirando a su alrededor consternado. La montaña había sido barrida y se presentaba como un amasijo de roca fundida, casi como si estuviera hecha de mantequilla. Ya no había árboles ni muros de piedra, carreteras adoquinadas, casas. El polvo revestía todo esfumándolo, pero no era polvo de hada o de estrellas, si no de rubia, apta para enmascarar y engañosa, que confería a los contornos un extraño aspecto blando, como de materia licuada.

En el nocturno resplandor de la luna el área aplanada era blanca y plateada, y el cielo sobre ella lloraba lágrimas de luz ya secas.

Pietro entrevió en la oscuridad enormes murallones de cemento. Vio al fondo, donde antes había estado la iglesia, el principio de una grande construcción blanca y puntiaguda, que en esa luminiscencia nocturna parecía un fantasma. Se perfilaba alta, puntada hacia el monte, lejana y etérea. Parecía flotar en todo ese miasma: un diente que salía de unas encías desgastadas.

Esparcidos por todas partes vio poderosos muros de contención y, de frente, redes metálicas tendidas por toda la cara de la montaña, tachones de hierro cincado clavados hasta la profundidad, en la carne viva; vio con claridad donde áreas enteras habían sido voladas porque se las consideraban resbaladizas; vio como habían sido rellenadas unas zanjas, suavizadas unas

subidas, cortadas enteras cuevas de roca, utilizando el material quitado para hacer de basamentos, encadenado, tachonado, y contenido en otros murallones.

La naturaleza había sido violada y doblegada por una voluntad abyecta. No era posible entender lo que se quería hacer con ella.

Pietro se estremeció. Pero no tuvo duda: ¡ese sitio era Antro! aunque el monte había sido lavado de su deshonra y desnudado.

¿Qué monstruo podía haberse permitido tal afrenta? Solo había una respuesta: el ingeniero Benedetti.

Pietro se dió la vuelta, consternado por esa visión apocalíptica. ¿Por qué sólo ahora que la había visto de noche le parecía así? ¿Por qué sólo ahora todo le era más claro y sentía un desprecio inaudito por el ingeniero, causante de aquella violencia contra la montaña y la memoria?

De repente, recorriendo el sendero para volver a su casa, lo cogió el ansia; presintió que algo espantoso le había pasado a su mujer y se echó a correr de nuevo.

¿Cómo pudo haber sido tan imprudente como para dejarla sola? ¿Y si de veras antes había alguien junto al desenterrado, y al oírle llegar no se hubiese escapado por el sendero, si no escondido al otro lado del edificio? luego, cuando él había subido por el monte, podía haber decidido ir donde estaba Bernardina. Tuvo miedo. Mientras corría se reclamó y se dijo estúpido, golpeándose las piernas y los brazos, furioso contra sí mismo.

Cayó, siendo el camino muy empinado, incluso empezó a revolcarse por unos metros. Terminó dentro de una mata con el brazo herido, y una rodilla rasgada. Se levantó inmediatamente sintiendo que no podía permitirse perder el tiempo estando Bernardina en peligro. Retomó la carrera bajo la vegetación espesa y sombrosa. Diversas ramas le golpearon en la cara, chocó contra varias piedras, acabó en un par de hoyos, se torció un pie. Ahora sí que parecía no conocer el sendero. Llegó a casa empleando un tiempo que para él fue infinito, pero que, a pesar de haberse caído, había sido menor al de la ida. Saltó la tapia del jardín, que recorrió volando, y se metió por la ventana que él mismo había dejado abierta; miró la cama donde estaba el desenterrado: tenía los ojos abiertos y estaba trastornado y espantado.

«¡Bernardina! ¡Bernardina!» gritó Pietro. Y ella estaba allí, en su cuarto, encerrada con llave. Escuchó que le contestaba y le abría la puerta. En la penumbra se juntaron y se abrazaron. En ese tiempo en el que él se había ausentado, en la casa no había pasado nada de nada, pero ella también, siendo una chica temerosa e impresionable, había tenido miedo.

9

La mañana siguiente fue un día de discusiones y pleitos entre Pietro y Bernardina. A ella ese desconocido la asustaba. Llegó Raimondo y todos juntos fueron con Antóni. Tenían la necesidad de interrogarlo, saber con quién hablaba por la noche, o si estaba loco y las de ellos fueran simples sugerencias. Debían descubrir de una vez por todas quien era.

«¿Entonces? ¿Nos dices quién eres?»

Silencio.

«¿Con quién hablabas anoche y las noches anteriores? ¿Por qué no quieres que denunciemos tu encuentro? ¿Te está buscando la policía?»

El que hacía las preguntas era Raimondo, que con su carácter nervioso y su temperamento conseguía siempre que lo escucharan. Y sin embargo era el silencio la respuesta.

«¿Quién eres en realidad? ¿Cómo has sobrevivido bajo los escombros? ¡Ha caído sobre ti una pared entera y has estado allí durante siete días!»

Oyeron como Antóni tragaba saliva. Se había cubierto con las sábanas hasta la nariz y les miraba con ojos tristes, inflados de llanto.

«Me llamo Antóni y soy de Antro» decidió decir al fin.

«¡No digas mentiras!» estalló Raimondo. Pietro lo sujetó por un brazo como para que se calmase. El otro se le plantó en frente.

«¡Llevamos dos meses preguntando por ahí, y entre los muertos y los cinco desaparecidos no había ningún Antóni, Antonio o similar! Nos está tomando el pelo» dijo, luego dirigiéndose hacia los demás: «Es un mentiroso.»

Vieron al desenterrado agitarse. Sus ojos negros parpadeaban. Pietro, mirándole, se dio cuenta de cómo su aspecto había mejorado mucho en esos tres meses. La cara se le había rellenado, la piel aclarado y los cabellos habían crecido negros e hispidos. Las costillas ya no le dolían, sus plagas se habían curado, los moretones descolorado y ya podía comer cualquier cosa. Claro, todavía seguía estando muy delgado y pasaba la mayoría del tiempo en cama, con Pietro que tenía que masajear sus músculos para mantenerlos vivos. Se encontraba demasiado débil como para poderse levantar.

«Me llamo Antóni y soy de Antro.»

«¡Mentira!»

Ahora Raimondo gritaba sin control. Se agitaba también y caminaba de un lado a otro por la habitación.

«Yo...»

«¿Cómo has sobrevivido siete días sin poder moverte, sin comer, beber, y además solo?»

Esta vez había hablado Bernardina, reteniendo a duras penas la voz, al borde de un colapso nervioso.

«No estaba s-solo...»

Esta respuesta fue como una estocada.

«¿Cómo que no estabas solo?» preguntó Pietro acercándose a la cama. Los demás permanecían a debida distancia.

«La gente de Antro estaba conmigo.»

Al escuchar esa frase Bernardina salió de la habitación. Pietro y Raimondo, con los pelos de punta, se intercambiaron una mirada.

Después de eso Antóni ya no quiso hablar, se dio la vuelta hacia el otro lado y se puso a mirar hacia afuera de la ventana.

En el extremo de una rama del olmo, en lo alto, se había posado un cuervo. Los dos se miraron a los ojos, el pájaro parecía muy interesado, pero no se entendía si lo estaba evaluando como un cadáver con el cual nutrirse, o qué.

Antóni seguía mirando al cuervo y los dos amigos salieron del cuarto, sabían que ya no diría más.

Pero Pietro reflexionó sobre esa última frase: “La gente de Antro estaba conmigo.” El uso de esta fórmula podía querer decir que él no era de Antro, una contradicción ante lo que insistía en afirmar. Pero ¿qué más aún? Y ¿era posible que hablara de verdad con los fantasmas? No, eso no podía creerlo.

Esa noche también, Antóni se despertó. Empezó a hablar solo, en voz baja, en la oscuridad, esperando que nadie lo oyera. Contestaba a una voz que sólo él escuchaba.

Al día siguiente decidió revelar algo a la pareja. Había hablado tan poco en esos meses porque era necesario dejar que el sufrimiento se decantara.

En cuanto Pietro entró a su cuarto esa mañana, él le habló.

«Me han pedido que te cuente sus historias.»

Pietro, que ya le daba la taza matutina de leche, se paralizó.

«¿Quién?»

«Bastiana y Filippo.»

Pietro le hizo beber un sorbo.

«Ah, es con ellos con los que hablas por la noche.»

«No solo con ellos, hablo también con otros.»

«¿Otros? ¿Quién, la gente de Antro, los muertos?»

«Hmm.»

«Cuéntame...»

Pietro se sentó. Será una larga historia, además porque quien habla tiene la voz rota, necesita beber a menudo, detenerse para recopilar los pensamientos. Antóni se identifica con las personas de quien habla y quien le escucha hace lo mismo. Se vuelve en interlocutor “invisible”.

«Filippo, ¿recuerdas aquella vez que fuimos por las campiñas debajo de Antro? Yo cogí la bicicleta, quería ir sola, pero tú me seguiste. Yo corría para dejarte atrás y tú, testarudo, aunque me alejara no me dejabas de seguir, entonces yo me paraba dejando que me alcanzaras.

»Fuimos a aquel bosque de robles; el suelo estaba plagado de bellotas y nosotros las recogíamos y las mordíamos para sentir el sabor. Pero estaban amargas, ásperas y no se podían comer, entonces yo empecé a aventártelas y tú te enfadaste. Luego yo me subí a un roble y tú, preocupado, me gritaste que me bajara. Tú eras más pequeño que yo, no podías trepar y me mirabas también un poco celoso.

»Los robles estaban llenos de hormigas. Olían a hormigas. Creo que estos son los únicos árboles en el mundo que no tienen un olor propio, lo que emanan viene de esos insectos laboriosos que los habitan y que me atemorizaban un poco.

»Las hormigas se te suben encima y empiezan a caminar sobre tu piel, luego te muerden. Tienen cabezas rojas y cuerpo negro, dientes grandes y patitas finas, pero ¡qué fuertes están! Las hacía caer desde lo alto de las ramas y éstas aterrizaban y pronto comenzaban a caminar. Como si un hombre cayera desde lo alto de un rascacielos y se levantase diciendo: “Ups, ¿pero qué hago aquí? ¿A dónde iba? Ah, sí, hacia allá”, y prosiguiera tranquilo por su camino. ¡Qué hombres tan raros serían las hormigas! Pero estoy segura de que todo estaría más ordenado, limpio. Los rascacielos tendrían forma de conos y no se utilizaría todo ese cemento. ¿Estás de acuerdo conmigo, verdad Filippo?

»¿Te acuerdas de aquella vez en que acababa de bajar del árbol y te abalanzaste sobre de mi y caímos en un charco ensuciándonos? Entonces yo me levanté y escapé con la bici; te dejé atrás, tú me gritabas y yo reía. Luego, tomando una curva me caí justo adentro de un zarzal. Tantas eran las espinas

clavadas en mi jersey y en la falda que casi no me podía mover! ¡Sin contar las que me arañaban la cara y las manos! Entonces tú me alcanzaste y ya te ibas riendo pensando en la broma que me ibas a jugar.

»Sabiendo que yo era un poco delicada empezaste a lamerme la cara, las manos, los tobillos y las pantorrillas, luego la nariz, la boca, las orejas y yo te gritaba para que me dejaras, pero me reía, aunque al moverme me seguía arañando.

»Cuando llegamos a casa mamá nos regañó, pero nosotros no parábamos de reír, nos mirábamos y se nos escapaba...»

«¿Te ha hablado de dos niños de Antro, un niño y una niña, que jugaban siempre juntos?» le preguntó Bernardina.

«Sí.»

«¿Tú te acuerdas de dos niños así? ¿Te ha dicho sus nombres y edad?»

«Bastiana y Filippo, ella de nueve años, él no lo sé, no lo ha especificado, pero era más pequeño ha dicho. Corrían por las calles del pueblo, ella tenía una bici... Yo no me acuerdo de ellos, lo sabes, para mi Antro es una sombra oscura...» Pietro asumió una expresión triste.

«No había muchos niños de esa edad. Si preguntamos en los alrededores, alguien nos sabrá decir quiénes eran; además, a mí me parece recordar a una Bastiana, pero no estoy segura de que tuviese un hermano. No sé. No soy de Antro, no conocía a todo el mundo.»

Pietro, al escuchar que en verdad había existido una Bastiana, sonrió. Realmente era una buena noticia.

Bernardina le reclamó de inmediato. «Si existía una Bastiana, quiere decir que él la ha conocido, pero antes del derrumbe, ¿no quiere decir que su fantasma le habla!»

«Oh claro, claro» asintió Pietro avergonzándose un poco.

«Disculpa, pero ¿por lo menos te ha dicho de donde es él? No puede ser de Antro.»

Pietro sacudió la cabeza desconsolado. «No ha querido decirme nada, cada vez que le pregunto algo sobre eso se pone a la defensiva y calla.»

«Dejémoslo en paz. Volviendo al discurso de antes, ¿cuándo es que ha conocido a esos niños? ¿Son parientes suyos?»

«Hmm no, él dice que los conoció mientras se encontraba bajo el suelo.»

Bernardina suspiró. «¿De quién más te ha hablado?»

«De un tal Bainzu, debía ser alguien importante en el pueblo, por lo

menos por lo que me ha dicho.»

«Bah, me parece que había como dos o tres Bainzu, no sé. Debemos preguntar en los alrededores, pero con discreción, nadie debe saber nada sobre Antóni.»

10

Un día Antóni habló de una tal Maura, quien también había vivido en Antro.

Maura tenía un amor que hacía locuras por ella, que nunca la dejaba sola y que la hacía estar bien. No se le alejaba tampoco para trabajar y no tenía otras actividades más que ella. No iba al bar, ni jugaba fútbol, y no frecuentaba amigos, mucho menos féminas, como era justo que fuera. Él no podía estar lejos de ella ni un solo momento y ella era feliz.

Las otras chicas del pueblo la envidiaban. Como Rosina, la más celosa de todas, que estudiaba las artimañas de las brujas para fastidiarla, pero al final sus maleficios no surtían algún efecto. Ni siquiera cuando sacrificó a su gato obtuvo algo; ni cuando mató al de su rival.

Rosina se ponía siempre en medio de la calle para que el novio de Maura la viera, intentaba atraparlo en los oscuros meandros de su retorcida voluntad, con todas las fuerzas de sus hechizos. Rosina se llenaba de extraños perfumes cuyo olor se desparramaba en los alrededores y penetraba en la vestimenta de Bacchisio sin que él se lo pudiese quitar ni lavándose. Ella vestía con prendas cautivadoras que embobaban a los hombres. Se colgaba amuletos de toda forma y hechura cuyo tintineo captaba la atención de manera perversa. Ella tenía mirada de coqueta y paso felino, pero era sólo una perra que se estiraba para olfatear el aire cuando él pasaba y que emitía suspiros afanosos como para llamarlo.

Pero ¡tenía que desgastarse las uñas en los muros!, de lo imposible que era su empresa. Bacchisio estaba demasiado enamorado de Maura, no veía nada, no tenía ojos mas que para ella, ni tenía oídos, boca, piel, brazos, tampoco nariz. Sentía sólo a su Maura y a nadie más.

Rosina esperaba a que él pasara, sentada en el peldaño de casa, fingiendo hacer ganchillo con su madre, bruja ella también. De los nervios se rasguñaba todos los dedos, hasta que el pañito, malhecho y chueco, se embadurnaba de sangre.

Pero cuando Bacchisio pasaba lo hacía volando, y si alguna vez aterrizaba era sólo para arrancar una boca de dragón o una flor de correhuela para su Maura, robar para ella una granada, un limón. Todas esas cosas a ella

le gustaban mucho.

¡Tenía ganas de suspirar y ponerle los ojos dulces aquella bruja! Además, a él, los ojos verdes ni siquiera le gustaban...

Las chicas del pueblo esparcían trampas por todo el camino, en los empedrados, detrás de los muros, hacían dulces cuyo olor al salir del horno invadía las calles, y cafés cuyo aroma era una trampa para cualquier espíritu que se encontrara por allí. Pero él estaba guiado por el verdadero amor: aunque hubiese cerrado los ojos, o hubiese sido ciego, o lo hubiesen conducido con engaño adentro de un laberinto, el amor lo habría escoltado afuera, y Bacchisio, una vez que llegaba a la vera de Maura, como siempre le habría pelado una granada embocándole los dulces granos, o si no, poniendo una flor entre sus cabellos, se hubiera quedado en silencio mirándola mientras las brujas del pueblo habrían llorado sus frustraciones.

Bernardina abrazaba a Pietro y escuchaba encantada: le parecía de vivir esas escenas. Se acordaba de las carreteras empedradas, las bajas casitas de piedra, los escalones de granito afuera de las puertas de entrada, donde las madres enseñaban a las hijas a trabajar a ganchillo. De vez en cuando una entraba para preparar el café y lo llevaba en una bandeja acompañado por postres hechos en casa, papassini o amaretti, chiacchiere o cotognate. El olor a café descendía por las calles, así que todo el mundo lo sentía y quien no lo había bebido ya, o por envidia o porque se le hacía agua la boca, ponía también la cafetera en el fuego, y de ese modo las calles se saturaban de ese perfume. Todo el pueblo se convertía en una explosión de aroma cálido y agudo.

Se conmovió, Bernardina, al recordar esa pequeña Antro. Le vino en mente que esto también fue destruido. Y era una pena, porque era también en esas pequeñas cosas en las que residía el encanto del burgo. Pietro, al contrario, miraba confundido al desenterrado. Esas historias le removían algo por dentro pero, aunque se esforzara, no podía entender que era. Concentrándose entreveía como unas sombras que se movían en el confín de sus recuerdos, luego todo se desvanecía. Esos cuentos le hacían casi sentir los antiguos olores y volver a ver los colores de un tiempo, le retorcían las entrañas. Fragancia de café, amaranto color de granada, azul de convólculo; la dureza de los enlosados en mal estado, las subidas empinadas y las curvas cerradas, las pequeñas casitas de piedra. Luego, hasta el olor del café se volvía irreal.

Pietro se levantó con un sentimiento de angustia en el corazón. Acababan de contarle una historia feliz y sin embargo se sentía triste. ¿Por qué? ¿Por qué todo se hundía en su memoria y esos cuentos le abrían una herida tan profunda en el alma sin que emergiera ninguna imagen?

Antóni les miraba serio, como un padre a sus propios hijos a quien hubiese apenas develado los secretos de la vida, con enorme satisfacción, los ojos negros alucinados. Pero cuando contaba lo hacía dejándose llevar: su voz aunque fatigada y ronca, era encantadora, tenía un hablar cautivador y sugestivo. A veces explicaba las historias en primera persona, como si estuviese repitiendo las mismas palabras de quien había vivido esas cosas, con el mismo sentimiento. La voz de Antóni era una flauta. Colgaban de sus labios Pietro y Bernardina, como los niños escuchando las notas del pífano mágico.

«Yo me acuerdo de alguna Rosina» empezó Bernardina. Ella había vivido Antro indirectamente, siendo de Occiduo, pero del pueblo de su marido tenía más recuerdos que él mismo. Siempre le había gustado, siempre le había atraído. «Creo que vivía en el centro, mientras que una Maura... sí, ella también, habitaba en las últimas casas de arriba; mientras que Bacchisio puede ser el nieto del zapatero, hijo de Andrea Corraine. A su abuelo yo le llevaba siempre mis zapatos para que me los arreglara, aunque en Occiduo había uno mejor; pero ziu Franciscu amaba narrar historias y yo me divertía escuchándolo. Recuerdo que también estaba su nieto, siempre.»

«¿Cómo se llamaba la madre de Bacchisio?» preguntó Pietro al desenterrado. Su curiosidad crecía.

Antóni sacudió la cabeza. No lo sabía.

Al día siguiente Pietro fue a trabajar al periódico, mientras que Bernardina tenía el día libre y por lo tanto se quedó en casa. Iba cogiendo confianza al desenterrado y ya casi no le tenía miedo, aunque de vez en cuando a él de repente le centelleaban los ojos y miraba un punto fijo, como si viera algo que ella no podía divisar.

El hombre mezclaba intensos cuentos soñadores con largos silencios ininterrumpidos; simplemente paraba de hablar y no había manera de que continuara. Era preciso tener cuidado con lo que se le preguntaba.

Por lo menos ahora las costillas ya no le dolían y sus condiciones habían mejorado mucho, su cuerpo engordaba, recobraba fuerzas y podía incluso ponerse de pie y dar dos pasos de vez en cuando.

Dormía mucho.

Sueño. Sueño que es un transporte de pensamientos. Pensamientos que son espigas de trigo agitado por el viento. Viento que está hecho de remordimientos y cuyo deslizar sobre las espigas es un rumiar quedo. No es sólo el trigo el que se agita, es el aire mismo que lo hace, el espíritu. A la sombra de las espigas el aire se tiende nervioso.

Antro en el día en que todo tuvo principio. Por las constantes lluvias el rocío empapa hasta el interior de las casas. El agua música una alegoría suya sobre la vida y el durmiente, que ignora si el sonido proviene de adentro de sí o de afuera, sigue en la inconsciencia.

En la única condición de la cual cree pertenecer, sale de casa arrastrado por su destino, que le aconseja precipitarse a vigilar el monte, no sea que toda esa lluvia le indisponga tanto, hasta rebotarle esa “deshonra” sobre el pueblo.

Es el cuarto día de lluvia y afuera no hay luz, pero la noche en los sueños sólo es presunta, no se vuelve explícita en ninguna manifestación habitual. Tanto es que Antóni no recuerda haber soñado nunca con la luna o las estrellas. Quizás sea porque su naturaleza celeste es tan inconcebible y misteriosa por el hombre que tampoco en sueños él puede evocarla.

Avanzando por la subida Antóni casi choca con una figura. No puede verle bien la cara, pero al adelantarla memoriza su fuerte olor a vino que la lluvia arrastra por el suelo.

Una segunda aparición, más hosca y al mismo tiempo evanescente, se tapa la cara con las manos y parece implorar piedad, mientras sigue a la primera figura.

Una tercera sombra le alcanza por detrás, adelantándosele.

Las casas alrededor se cierran como queriéndolo ahogar: no son más que abomines acuosos, no menos inconsistentes que esa lluvia imposible de percibir, aunque el cerebro del dormido intenta hacer frente a este defecto, otorgándole la ilusión de mojar, y esta es una sensación tan sofisticada y sutil, que parece más real que cualquier otra experimentada en vigilia.

En el sueño, la iglesia aparece de la nada sin explicación, ni a su mente le interesa en buscar una. Es una maestría onírica privada de aspiraciones teológicas, no interpuesta a la montaña y tampoco con función de enlace con el Creador.

La sombra recorre un campo. Antóni trata de alcanzarla, pero se hunde en esa tierra blanda hasta no poder moverse. El peso de las piernas, el estar bloqueadas, son una sensación físicas, una experiencia vivida en vela que el sueño aprovecha para su ventaja.

La sombra se encarama por la cresta como si la cima Fuscas la llamara en vistas de un hipotético mediodía en realidad lejano, luego se detiene a mitad de camino, sobre una roca. Los relámpagos la iluminan más veces. En teoría una sombra iluminada desaparece, ésta, en cambio, toma el aspecto de un viejo, cuyo chubasquero con capucha esconde la cara. De hecho en un sueño un relámpago no es otra cosa que una convicción, ni siquiera acompañada por la oportuna variación de luz, y del mismo modo un viejo es una ilusión, sin el soporte de algún fluir de memoria.

De repente un trueno golpea el aire. La montaña entera es como si se moviera. En lo alto a la izquierda una silueta incolora de dimensiones de un niño es arrollada por el marasmo.

El terror le da fuerzas a Antóni para liberarse del campo, porque ahora esa masa de rocas y barro se dirige famélica hacia él y toda Antro.

Recorre en reversa sus pasos, desfilando al lado de la iglesia que poco después oye explotar. Sigue corriendo. Todo es tan irreal que parece verdadero. Un estruendo de sensaciones nada táctiles, nada visuales, sin sonido, pero agotadoras. En una calle avista a una mujer abrazada a la lluvia; en el recuadro de una ventana unas piernas suben una escalera. En la parte baja del pueblo, se detiene para retomar la respiración, escucha desde la calle superior el grito de una casa a través de la cual un río ha construido una entrada. Justo en ese momento se oye un estallido y una pared entera de la construcción se despega, desplomándose, mientras el techo se inclina y se precipita. Unas vigas de enebro y unas tablas de castaño que hacían de forjado se deslizan sobre el muro que en el aire rueda cayendo encima de ellas y arrollando a Antóni.

Pero él no es precisamente golpeado por esa piedra y madera, porque en el torpe intento de escapar, resbala en el suelo y el espesor de los troncos de enebro, que caen a sus costados, lo salvan.

Se despierta. Ese episodio lo había vivido de verdad, excepto por el viejo cuya cara en el sueño no había podido siquiera ver y la segunda figura llorosa.

Pronto por la mañana Pietro se da cuenta de que el desenterrado está de humor hosco y distraído, intenta hacerle preguntas, pero él es evasivo. Finalmente le cuenta el sueño que tuvo durante la noche, y le devela también la similitud con los acontecimientos de ese día funesto.

Pietro nota similitudes con su mismo sueño del día del aluvión, y lo avasalla de preguntas, pero el desenterrado se encierra en su habitual silencio.

Sin embargo ese cuento había confirmado a Pietro que él no había sido quien empujó Antóni debajo de la pared. A este punto ya no se sentía obligado a mantenerlo en casa, Pero de cualquier forma no decidió denunciar su encuentro. Antóni quería quedarse con ellos y él aún quería saber muchas cosas. Sentía que aquel hombre todavía podía hacer mucho por él.

Esa tarde Antóni intenta ser más locuaz y empieza a narrar la historia de Filomena, una mujer de sesenta y tantos años. Pietro y Bernardina, sentados a su vera, lo escuchan dejándose transportar, absortos por su voz seductora.

Las tinieblas bajaron estirándose desde la cima Fuscas hacia el valle, es siempre así en Occiduo: el sol al esconderse detrás del monte pierde vigor, luz e intensidad, y sobreviene la noche sin que sea posible entender cómo y cuándo llegó.

Este pueblo húmedo y pardo, que surgió postrado a la hosca cima y a Antro – y procedido por el bosque – ahora tiene miedo. Sin Antro para hacerle de escudo quedan solo esos árboles, pero no bastan, y por eso, al mirar hacia arriba, Occiduo se estremece y se contrae.

Se vuelve grave sobre el bosque una responsabilidad demasiado grande, y ese peso sobrecarga las ramas de los árboles que se rompen andando al hundirse en el terreno.

Al otro lado de Occiduo hay campos cultivados que parecen huir también más allá del horizonte. En todo el pueblo, fábricas, oficinas, tiendas y un vaivén frenético de coches quieren negar esa sombra que cada día se proyecta sobre ellos apresurando la oscuridad nocturna.

Occiduo es un lugar de nieblas, de dudas, de falta de identidad: es joven, creado por exiliados que van perdiendo, con el andar del tiempo y de las generaciones, todo lopreciado que tenían, sin darse cuenta.

«Me llamo Filomena, cómo haya llegado hasta aquí ni yo lo entiendo, pero estoy feliz de que alguien me escuche. Tú me pareces un buen chico, juicioso, o sea que te hablaré a corazón abierto. Nací en Antro hace sesenta y tres años, en una familia acomodada. Mi padre era pastor de doscientas cabras, de cuya leche hacía un queso de pulpa blanca y reluciente, pero de cáscara marrón y oleosa. Era el queso mejor de la zona, incluso superior al de oveja, porque mi padre apacentaba a las cabras en alta montaña, donde el aire era sano y la hierba mejor. Ellas bebían solo agua de arroyo que era lluvia recién caída del cielo, filtrada por las rocas, fresca y limpia. Cantaba esa agua, y seguía haciéndolo incluso adentro de la barriga. Cuando salía por las mamas de las cabras en forma de leche, ese canto era aún más limpio y resonaba cálido y fragante. Perfumaba de mil hierbas que hubieras podido distinguir una por una.

»Desde pequeña me sentaba en una silla de madera mirando a mi madre, mientras ella removía esa leche con un palo de oleastro, después de haber agregado el cuajo. Yo imaginaba que en aquella silla en un tiempo atrás había estado ella, y le sonreía. Bajo sus cabellos que le cubrían la frente sudada, inclinada hacia adelante, mi madre me devolvía la sonrisa. Éramos cómplices de una magia que se repetía no sé desde hacía cuantos años, pero ¡quién sabe que en las nuragas no se hubieran visto escenas parecidas!

»No quiero escuchar historias, para mí las nuragas eran lugares donde las madres hacían el queso en compañía de sus propias hijas y donde hacían lo mismo los padres ayudados por los hijos.

»En nuestra casa de piedra con ventanillas cuadradas y una pequeña puerta de madera, se hacía también el pan. El horno estaba casi al nivel del suelo y debías agacharte para trabajar allí, o incluso solo para ojear. De hecho yo me quedaba acostada boca abajo y desde aquella posición remiraba el fuego crepitante y el pan que se inflaba. En horas semejantes el amor por las cosas simples y el amor entre madre e hija no pueden más que ser grandes y haber una fermentación suya, lenta y calurosa. Esto ha sido para mí crecer: olor de llamas, de pan, de queso, de mi madre, pero también de mi padre que volvía del campo. Eran perfumes diversos, opuestos, pero que se

completaban.

»En casa lo teníamos todo. Mientras crecía, seguía sin faltarme nada. Luego me enamoré, mi esposo era de Antro. Gran trabajador. Era pastor él también. No tenía tantas ovejas, y de hecho, cuando nos casamos las vendió para comprar cabras. Lo hizo por mí, porque yo las prefería. Una cabra se trepa, se mueve sola, es más independiente, curiosa por la vida, te mira y parece que te habla. La oveja no, se mueve en masa, no mira nada, no es curiosa, ¡sólo sabe balar!

«De mí y Giuanniccu nacieron un niño y una niña. Ellos también eran un poco cabras. Jugaban bajo la cima Fuscas, se trepaban, arrastraban las bayas de las ramas altas de los árboles y eran siempre alegres. Mi hija, por la mañana, se sentaba en la misma sillita, para verme hacer el queso y yo pensaba en la hija que había sido yo y en mi madre, que ahora se había vuelto mi hija que me miraba, y sin darme cuenta yo también le sonreía.»

Al final de este cuento Bernardina se conmovió, aunque ella fuera de Occiduo. Allí las tradiciones no eran tan fuertes – las mujeres no hacían el pan ni los hombres el queso. Pero sus padres y sus abuelos eran de Antro y para ella fue como revivir la vida de sus antepasados. Se vio a sí misma sentada en una pequeña silla mirando a su madre hacer el queso y casi le pareció haber vivido de verdad una experiencia similar, aunque no fuese posible, a menos que su madre no se la hubiera transmitido en los genes.

«¿Cómo has llegado a Antro?» preguntó a Antóni que la miraba como si percibiera sus recuerdos.

«Llegué cinco días antes del desmoronamiento, era una jornada de sol, pero ya se percibía algo ajeno, inquietante. El paisaje era traslucido, el aire demasiado seco, tieso, como si se preparara algo espantoso.

»Una vez que bajé del autobús, proseguí mi camino a pie hacia Antro. Recorrer aquella larga carretera que llevaba hacia Antro fue corroborante. Al principio estaba perdido en mis pensamientos y distraído. Luego la belleza del paisaje que me rodeaba me despertó. Había un continuo volar bajo de pájaros sobre de mí, acompañado por un gorjeo polifónico y melodioso. Los árboles se perfilaban altos al borde de la carretera, las ramas de una parte y de otra casi se cerraban creando un túnel, los rayos del sol penetraban como salpicaduras de agua en el suelo, excepto en medio, donde quedaba una larga franja de luz. Era algo semejante a una serpiente luminosa y yo, ya que no venían coches, la recorría.

»El sol encandilaba, pero sus rayos no eran tan calientes, parecían ahorrarse para el cercano invierno. Yo respiraba ese aire y me preguntaba: “¿Qué estamos esperando?”. Luego, al último recodo, tuve una visión. Un pueblo de piedra, olvidado por el tiempo y aplastado contra el monte. La cima Fuscas cernía sobre sus espaldas como la cabeza de un gigante, el pueblo estaba empinado en sus hombros.

»Las calles eran engujarradas y estrechas, imperaban por doquier el granito, el tufo y el esquisto. Pero se veía también un poco de verde que robaba recortes al marrón y al gris. Las carreteras subían siguiendo curvas inimaginables por una mente racional. Puertas y ventanas eran angostas y cuadradas, todas de madera, sobre todo castaño. No había aceras, sólo uno o dos escalones de granito delante de las entradas. Las mujeres estaban sentadas en pequeñas sillas empajadas por ellas mismas, absortas en elaboradas manufacturas: centros de mesa, cestas, gorras de lana, y mucho más.

»Los hombres estaban en la plaza. Allá un grupo de viejos, aquí uno de jóvenes y en el único bar un mixto de ambos que bebían un vino negro de sabor fuerte, licoroso. Una solo de esas copas, si la bebías con el estómago vacío, te doblaba las piernas y no era posible andar con ellas, o bajar escaleras, a menos que uno quisiera rodarlas. En aquel bar un hombre estaba apoyado en la barra, en una posición tal que volvía evidente el nivel de su borrachera. Miraba con ojos maliciosos hacia la ventana de una casa al otro lado de la plaza, donde una joven regaba tranquila una maceta de violetas. Sin la barra el hombre se hubiera caído al suelo y no habría podido seguir mirando. Todos se giraron a mí pasar y se callaron. También las mujeres, al pasar delante de ellas, me habían mirado, pero sin volverse y sin interrumpir sus discursos. Ellas saben ser mucho más discretas y menos desconfiadas.

»A la derecha del bar, encima de un muro que delimitaba la plaza, estaba un hombre acostado con un hilo de hierba entre los labios y una gorra que bajaba hasta los ojos. Una niña que perseguía un perro me ha cortado el paso. Me metí en un arco de granito con andar incierto. Un gato, apostado detrás de una tapia, observaba a un lagartija que bajaba por esa misma tapia y que saboreaba el aire con la lengua. Una granada cayó desde un árbol de la carretera dominante, justo en ese momento. Gato y lagarto han escapado. Al primero la caza le fue mal, al segundo le ha ido bien la vida. Del fruto caído, que se había abierto como una flor, algunos granos empezaron a rodar por la bajada, pasando ellos también por debajo el arco, pero en dirección contraria a la mía. El resto del fruto se quedó en el suelo, apachurrado, como una

orquídea apenas ha florecido, pero ésta derramaba gotas de sangre de color amaranto.

»Seguí subiendo. Las campanas de una solitaria iglesia dieron las once. Sentía las casas aún impregnadas del olor a pan y mientras pasaba delante de las puertas abiertas advertía también el olor del queso, aún más fuerte el perfume del vino negro. Vi a una mujer tirar un cubo lleno de agua y desechos de alcachofas a un limón de hojas amarillas, crecido dentro de una estrecha arriate. Un hombre, pasando, me lanzó una mirada veloz y le oí hacer un sonido con la boca, un *tsé*, pero producido con un chasquido de lengua. Otro, antes de que pudiera verlo, se ha introducido en una callejuela y desvaneció. Vi pasar a un niño, solo, con baba en la boca, un hilo de sangre, farfullaba algo a media voz, pero no lloraba, tampoco me miró. Un viejo sin dientes me sonrió, levantando su gorra.

»Llegué a una casa con un bajo techo de tejas antiguas, con piedras encima para que no se volaran, me paré. Había llegado a mi destino.»

«¿A tu destino?» preguntó Bernardina curiosa. «¿Esa casa de quién era, quién vivía allí?»

Antóni no contestó. Cerró los ojos y se durmió.

12

Una tarde tocaron el timbre en la puerta. Bernardina, que acababa de volver del trabajo, abrió. Era uno de Antro que ahora vivía en Murradine. Pidió permiso para poder ver al desenterrado. Le llamó así, luego se corrigió: «El tío que habéis encontrado».

Bernardina se quedó petrificada. ¡El asunto se les estaba yendo de las manos! En esos últimos días ella, Pietro e incluso Raimondo, habían hecho muchas preguntas en los alrededores, en busca de confirmaciones a las historias de Antóni. Alguien debía haberse enterado de algo, otro habían escuchado un comentario, y ahora la noticia del encuentro de ese hombre bajo los escombros sue habían vuelto de dominio público. Bernardina intentó mentir, diciendo que no sabía de qué estaba hablando, pero el hombre no le hizo caso.

«Sé que está aquí. Quiero verlo» dijo serio.

Y ella, un poco empujada por la curiosidad, en parte porque él tenía un aire sufrido de quien ha perdido todo, lo acompañó.

Al ver a Antóni el hombre se entumeció en la puerta, lo miró fijamente durante unos minutos, en silencio – lo mismo hizo el desenterrado – luego se giró y se fue. A Bernardina le pareció entrever en sus ojos un centelleo de emoción, el comienzo de un llanto. Después de haber oído la puerta de la casa cerrarse ella preguntó a Antóni si lo conocía, pero él contestó que no.

Volvió Pietro que estaba trabajando en el periódico y ella le contó sobre aquella extraña visita. Él tampoco sabía quién podría ser ese hombre y como podría haber sabido de la existencia de Antóni, de todas formas había que empezar a preocuparse. Cenaron, luego leyeron un poco y al final se acostaron.

En la otra habitación Antóni estaba solo, o por lo menos eso parecía.

«Tú sigues acusándome de la destrucción de Antro, diciendo que soy un mafioso. ¡Pero ni siquiera te das cuenta de lo que dices! En Cerdeña la mafia no existe, yo soy inocente.»

«Eso no es cierto, mafiosos hay en cualquier lugar, hasta en la luna. Ellos mismos me lo han dicho.»

«¡Tú eres un paranoico!» estalló Antóni.

«Y tú un asesino.»

«¡El derrumbe lo ha provocado la lluvia!»

«¡No es verdad! Has sido tú, y es todo por culpa mía, porque estaba aquí. Vosotros queríais matarme porque os he traicionado y ya no quería ser un mafioso. Lo fui porque forzado a serlo, pero estaba cansado... Claramente no podíais dejarme ir.»

Antóni se impacientó, hacía meses que peleaba con Gaetano y no conseguía hacer que entendiera el equívoco.

«Gaetano déjame dormir. Hablaremos de ello mañana.»

«¿Cómo que mañana? Yo quiero hablar hoy, tú no puedes dormir. Además, ¿a mi vienes a hablar del mañana? Yo jamás tendré un mañana.»

«Mira Gaetano, ya estoy convencido, no has sido tú quien ha escapado de la mafia, son ellos que te han dejado ir, ¡ya no te soportaban!»

«Sí, hazte el gracioso, solo eres un sucio asesino.»

«¿Cual asesino? Y además, eres tu quien está haciendo el gracioso, no yo» contestó Antóni sarcástico. Estaba cansado y empezaba a hablar con voz somnolienta. Desde que Pietro lo había encontrado dormía casi todo el tiempo, por lo menos doce horas al día, y el suyo era un continuo soñar, hablar con fantasmas, discutir con ellos. Sueño y realidad parecían tan mezclados, que casi no se podían distinguir. Pero, necesitaba recobrar todas las energías posibles, tenía muchas cosas que hacer.

«¡Eres un *fetuso!*» le gruñó Gaetano. El desenterrado cerró los ojos y se concentró solo en el sueño, el otro un poco indeciso farfulló todavía algo y al fin se desvaneció. Antóni por fin pudo dormir.

Al día siguiente habló con Pietro de Marco, el niño que sentía haber una grieta entre sí y el resto del mundo, entre sí y su madre que había parado de cantar para él – Bernardina estaba allí escuchando en silencio.

Después haberlo rumiado un poco, Pietro preguntó: «¿Por qué vendrían para hablar justo contigo estos muertos?»

«Quieren que arregle sus errores...» contestó Antóni quebrantado por el solo hecho de que en la pregunta estuviera implícita la duda.

Pietro, perplejo, sacudió la cabeza, como diciéndole que no le entendía, luego lo miró concentrado. La cara de Antóni se veía sana y rosada. Estaba claramente mucho mejor respecto a cuándo lo había encontrado.

Sintiéndose observado y para cambiar el tema de conversación Antóni preguntó: «¿Vosotros conocéis a un tal Gaetano?»

La pareja negó con la cabeza.

«Vivía en Antro desde hacía poco tiempo. Murió el día del derrumbe. Estaba sentado en la cocina y veía las noticias, luego repentinamente se fue la luz. Dice que se levantó en la oscuridad, chocó con una mesita y buscó las velas. Encontró una, la encendió. Luego oyó un gran estruendo. Pensó en una bomba, porque había sido diferente a los habituales truenos; esa tarde se habían escuchado unos muy potentes, pero éste había retumbado con un sonido mucho más inquietante.

»Se acercó a la ventana. El sonido de la lluvia en el techo iba creciendo y escuchaba el agua bajar a chorros por los rincones de la casa, sin interrupción, rebotar en la calle y luego unirse a la que ya amenazaba el peldaño de la entrada. Afuera, en el adoquinado, el agua escurría como un río. Luego oyó los primeros gritos. Alguien que corría bajo el chubasco se detuvo frente a su puerta, le gritó algo en sardo, pero él no conocía esa lengua y tampoco pudo ver quien chillaba, porque afuera todo estaba sumergido en la oscuridad y una planta de vid entre la puerta y la ventana le limitaba la visión.

»Luego estalló otro estruendo, todavía más fuerte que el anterior, seguido por un fuerte crepitar, el ruido de algo que se arrastraba por las piedras, chocando; luego un tamborilear, como si lloviese una densa granizada de piedras sobre los techos de las casas, cuyas tejas se despedazaban una por una. Entonces ahí escuchó que quebraba ese ritmo un silbido enfurecido, y después, aparecer un rayo blanco y deslumbrante. Con el trueno siguiente el entero tejido de la noche le pareció haberse desgarrado: el entero firmamento se estaba desplomando.

»Algo tumbó la casa de enfrente, luego todo ha sido un precipitar de rocas, vigas de madera, árboles, muebles y puede que también personas. En la oscuridad todo era indistinto y sin embargo ha durado un momento, luego, ese barullo espantoso se estrelló contra su casa. La ventana voló en mil pedazos y él cayó al suelo arrollado por el agua, el barro y todo lo que había en el medio. Ya no vio más, sólo un asedio glacial en sus miembros le sugirió estar aún vivo. Un relámpago iluminó la recámara, justo a tiempo para dejarle ver cómo el techo le venía encima.»

«¡Es terrible!» exclamó Bernardina.

«Sí.»

«Y Maura, ¿ella cómo murió?» preguntó titubeante.

Antóni se puso triste al escuchar el nombre de Maura, la novia de Bacchisio, el nieto del zapatero.

«Ella estaba en casa, con su madre y su padre. Se había despedido de Bacchisio pocas horas antes, él sin preocuparse por la fuerte lluvia y las emboscadas tendidas por Rosina, había querido ir a verla. Hasta le había llevado un racimo de uva, limpiándolo con el agua pluvial, y ella se lo había comido mientras él la miraba suspirando. Por desgracia estaban en casa sus padres, que les espiaban, por eso no pudieron darse ni un beso.

»Poco antes del desastre ella estaba todavía pensando en Bacchisio, tanto que las piernas incluso le temblaban, y no podía concentrarse en la lluvia o preocuparse por ella. No se asustó tampoco cuando se fue la luz. Estaba perdida en sus sueños.

»Su padre, que poco antes había salido para vigilar la situación llevándose un chubasquero de cuando era pescador en el lejano pueblo de Taxarba, volvió corriendo. Ordenó a todos, incluida ella, salir afuera. Se oyó un choque espantoso y él los apresuró aún más, no les dio tiempo de llevarse nada. Salieron al exterior cogidos de la mano y bajando hacia el centro de Antro. Su padre quería llegar a la casa de su primo Carrale, la más grande del pueblo, de dos plantas y hecha con grandes bloques de granito. Pero, al llegar afuera, han visto venir una enorme masa de escombros y barro. Estaba a punto de aplastarlos.

»De la nada salió Bacchisio y mientras el barro arrollaba a los padres de Maura, él la aferró por la cintura y la trajo consigo encima de un muro. Juntos escaparon hacia el techo de una casa, en la calle más abajo, él la ayudó a subir hasta arriba, ¡pero la crecida lo alcanzó!

»Maura se estiró en el intento desesperado de agarrarlo, corriendo el riesgo de resbalar ella misma. Pero no lo consiguió, lo vio arrastrarse contra una pared y hundirse, mientras rocas, árboles y maderas chocaban fragorosos a su alrededor. Ella gritó con todo el aliento que tenía en la garganta y un trueno le hizo eco. El cielo enviaba el agua a cantaros y también desde el suelo le llegaban potentes salpicaduras, todo para cubrirle las lágrimas, que por los ojos se deslizaban hacia sus mejillas.

»El agua acababa de llevarse al amor de su vida y ella ¡no había podido impedirlo!

»Maura se dobló en dos, llevándose las manos a la cara, y de nuevo chilló y esta vez el llanto pudo calentarle hasta las palmas. Pero era un pequeño fuego, mientras el resto de su cuerpo, empapado, tiritaba por el frío.

»Un crepito la desvió por un segundo de sus tormentos y Maura tuvo tiempo de ver su casa derrumbarse. Luego se dio cuenta que el agua subía

hacia ella, y el espíritu de supervivencia, el miedo a morir de esa manera tan tremenda, la despertaron de la profunda postración en la que se estaba precipitando; debía alcanzar el punto más alto del tejado si quería salvarse. Pero la lluvia bajaba despiadada, sus cabellos, su ropa, estaban todos mojados, los zapatos empapados. Después de unos pocos pasos resbaló por las tejas viscosas, y al caer sólo le dio tiempo de desear morir cerca de su Bacchisio.»

Ya hacia el final del cuento la atención de Bernardina había empezado a disminuir. Por lo que ella sabía, Bacchisio seguía todavía con vida y también la familia de la chica. Pero, pensándolo, quizás Maura pudiera haber creído lo contrario... Pero ¿por qué lo justificaba? ¿No sería que empezaba a creerse todas esas patrañas? Decidió verificar esas últimas historias antes de abandonarse a la confianza. Después de despedirse con Antóni, se levantó y lo dejó solo. Como de costumbre, el desenterrado se durmió rápido.

Aparece una figura en la habitación, lo mira silenciosa. Antóni no se despierta, no necesita hacerlo. Se alza, su alma se separa del cuerpo, se siente ligera. No sabe cómo, sobre ella gravan mil expectativas y le sopla contra el viento para dispersarla lejos.

La sombra lo saluda: es Chircu. «Vamos» le dice, y salen.

De nuevo explota el ladrido de los perros unido al llamado de un mochuelo. No habiendo luna, esta vez todo sucumbe a la oscuridad. El sendero empinado no parece más el mismo, ni los árboles, las rocas. Todo es como proyectado por las tinieblas, y el sentido del espacio y del tiempo se pierden.

Se encarrilan hacia Antro, porque Antro los llama, desesperado, destripado, solo, con el corazón desparramado. A su pasar, en un angosto espacio entre unas gencianas, unas hadas dejan de bailar. Otras, revoloteando entre los frutos maduros de un manzano, abrazan cada una a un fruto verde y se paran, como queriéndose esconder detrás. Una estría, huyendo de los gritos inhumanos de Antro, se topa con los dos transeúntes y se escapa hasta de ellos, recobrando altitud y cambiando de dirección.

Antóni y Chircu van buscando las trazas de todo lo que se ha perdido, han de escuchar historias, evocar recuerdos. Deben estudiar hasta las piedras, oír a los árboles; cada animal tiene algo que decirles, los muertos ya lo han hecho. Llegan a Antro, y ven la desolación, el olvido: ya no hay nada allí. Se dan la vuelta y miran en la punta del otro monte donde está acurrucado

Murradine. Los dos pueblos desde siempre se han mirado de lejos, uno insolente y el otro tético, pero ahora ambos están tristes. Sin uno, ni siquiera el otro parece el mismo. Tanta rivalidad para luego perecer de una muerte recíproca: también el grito de Murradine retumba en la oscuridad.

Escuchan, Antóni y Chircu, las voces de quien normalmente no puede hablar y se sienten partícipes de un mismo sufrir. Saben que están obligados a hacer algo. La magia de la vida se va perdiendo, se apaga en el silencio sin que nadie, a parte de ellos, se dé cuenta.

Miran la cima Fuscas, que a la vez grita: “¡Yo no fui! ¡Yo no fui!” Saben que así es, ella no es la culpable, y puede que cada uno haya pagado más de lo que ha cometido, pero la vida no da cambio, si acaso duplica el precio y, si uno no quiere pagar de nuevo, es necesario que algo cambie. Hay que buscar las huellas del tiempo, aprender sus enseñanzas y consolarse por la experiencia.

Antóni y Chircu, después de flotar durante la noche, regresan. El primero vuelve a a su cuerpo, el segundo ojea el suyo con el pensamiento y después se queda lejos, pero sin abandonarlo por completo.

13

El invierno acabó sin haberse encarnizado sobre aquellos montes y valles. Quizás la naturaleza, después de lo que había hecho, se había arrepentido.

Antóni iba mejorando. A veces se sentaba en la cama y narraba sus historias mirando alternativamente a los presentes y el pequeño escorzo de cielo que se veía por la ventana; otras estaba en la cocina, o en el salón, donde había una gran chimenea.

De vez en cuando venían a escucharlo Raimondo y también su tío Fernando, el operador de excavadora a quien Antóni un día, inopinadamente, le había contado todo.

Algunos cuentos de Antóni encontraban confirmaciones aunque mínimas, pero otros no. No había estado nunca en Antro un tal Gaetano que provenía de Sicilia, a lo mucho un Carmelo de origen calabrés.

Bacchisio jamás había sido novio de Maura y tampoco de Rosina, si es por eso; además, aún estaba vivo y con buena salud. Pietro mismo, aduciendo a la excusa de querer escribir un artículo sobre cómo se había salvado el día del derrumbe, había ido a su casa para hacerle unas cuantas preguntas descubriendo así que esa tarde de octubre, Bacchisio no estaba en Antro.

De los tres Bainzu más o menos de esa edad que había en el pueblo, dos habían muerto antes del derrumbe, y encima, por el tipo de vida que habían tenido, no coincidían con la descripción. Había sólo un Bainzu que correspondía con aquel de las historias, pero seguía vivo y se había marchado a Occiduo después del aluvión, además siempre fue pastor.

Bastiana había existido, pero no tenía ningún hermano, a menos que se tratara de uno no nacido.

Filomenas hubo dos, pero una fue odiada por todos y nunca tuvo familia; había sido huérfana antes y solterona luego. De la otra no correspondían ni la edad ni nada. Había tenido tres hijos y no dos y estaba en edad más avanzada cuando la montaña, derrumbándose, se la había llevado..

Finalmente, ningún niño llamado Marco había muerto ese día.

Resumiendo, tantas inexactitudes y tantas cosas no verdaderas, por eso Antóni – se podía presumir – en parte inventaba y en parte sacaba las noticias

de informaciones tuyas, pero cómo las había obtenido y porqué las utilizaba de esa manera era algo que no decía. Como siempre, cuando se ponía en duda su palabra se hacía el ofendido y callaba por horas.

Una noche Antóni recibió una nueva visita de Chircu. No estaba seguro, quizá sólo estaba soñando.

« Quiero contar algo de ti, de tu vida...»

« ¿Qué quisieras contar?»

« No sé, Chircu, dime tú lo que quieres que sepan...»

« ¡Nada! ¡No quiero que sepan nada!»

« ¿Entonces por qué sigues viniendo por aquí?»

« Así...»

« Dime, ¿quiénes son tus parientes? ¿Cómo has muerto?»

« No son cosas bonitas de contar.»

« Eso ya lo sé.»

« Entonces ¿por qué preguntas?»

La figura delgada y larguirucha de Chircu pareció evaporarse en el aire. Tenía ojitos pequeños, cabellos rizados y grises, en la cara los signos de una vida vivida. Él había sido el mejor amigo de Coghera, conocido cliente de bares pueblerinos.

« Pensaba que querías ellos supieran.»

« ¿Pero el qué? ¿Cómo he muerto?»

« No sé, tienes que elegir tú...»

Chircu se puso nervioso, la cara se le transformó en una máscara. La palabra “elegir” le había removido algo por dentro, como si le hubieran rodeado el cuchillo en la llaga. Empezó a gritar. Si hubiese seguido vivo habría escupido, hablando, exhalando alientos de vino y arrastrando las palabras.

«¡Me suicidé! En mi sótano. Así morí. Empecé a beber el primer día de la tormenta, una copa tras otra, y así seguí los días sucesivos, incluso cuando ya no podía más. Conmigo estaba también Coghera, pero ese era un asunto mío y mío nada más. Bebía y bebía sin comer nada. Al principio la euforia era tanta que me daban ganas de gritar, bailar, correr por las carreteras y mear al viento. Lluvia, o no lluvia, no quería dormir y mucho menos dejar de beber.

»La primera noche los ojos se me cerraban, pero yo aguantaba, y para seguir despierto hablaba, enseñando a Coghera cosas de la vida. Él asentía por cada cosa que yo decía y seguía bebiendo.

»Cuando a la mañana siguiente regresó a su casa, se tambaleaba como un borracho. Yo, en cambio, me quedé, haciendo bailar la copa alrededor del barril del vino que yo hice. No me daba tiempo de vaciarlo ya que pronto lo rellenaba, con las manos temblorosas y la mirada que se me hacía doble. Ese fue mi desayuno, mi comida y mi cena.

»Cuando Coghera volvió, yo no me había movido ni un milímetro. “¡Esta vez yo te gano!” le he dicho, “¡Si te acercas me bebo hasta tu sangre!”, y Coghera alegre ¡bebiéndose mi vino! Era la primera vez que lo invitaba a mi cantina, normalmente bebíamos en el bar, invitándonos por turnos. Entonces aquella vez para él era vino todo gratis. Por lo menos, él me fue de ayuda para no dormir: con sus patrañas, sus historias tristes de amores no correspondidos, de mujeres cortejadas desde la barra del bar y que no lo habían querido. Pero digo, ¿cómo es que se puede cortejar a una mujer desde la barra del bar?

»Por la mañana se marchó andando a gatas, porque de pie chocaba contra cualquier cosa y se caía... y yo seguía bebiendo, con la lluvia que afuera caía fragorosa, rebotaba sobre las tejas, se deslizaba por los muros y de nuevo salpicaba en el empedrado, corría por la calle, rodaba *e iba como río*. Pero yo ni la sentía. El barril aún no se acababa y a mí nunca me ha gustado dejar las cosas a medias. Además, se había arraigado en mí esa idea...

»Para no dormir me cantaba algo con voz desentonada y me rociaba vino en los ojos. ¡Me golpeaba!, algunas veces. Para poder seguir engullendo vino, me tenía que tapar la nariz, ya que hasta su olor me daba náuseas. No iba ni siquiera a mear, y cuando no aguantaba más me meaba encima. Luego todo se me empezó a caer de las manos y tuve que beber de la mesa, del suelo, como los perros. Me bebía hasta mis meados y lloraba: parecía un niño.

»Ya antes de morir, había perdido todo lo que me importaba y en lo que creía, y en lo cual quizá todavía creo, aunque ya no tenga más razones para hacerlo. Todo se me derrumbó alrededor, una cosa tras otra, y no me ha quedado nada. A parte mis principios, y a ellos me aferro ahora. Esperaba que los valores y los sentimientos tuvieran mayor duración, y sin embargo tal parece que así no son las cosas. Vivimos en los escombros del mundo que nos hemos creado, quizá es así porque ése nació en el defectos, hemos creído en verdades que nos han traicionado. No sé. El hecho es que nos encontramos nosotros también excavando entre los escombros, esperando recuperar algunos recuerdos, algún objeto. Personas no, nunca hay esperanza de recuperar alguna. Cuando las perdemos están perdidas para siempre. Ninguna vuelve al lugar del que ha decidido irse. Esta, en fin, es la naturaleza del hombre, la de

ser masoquista e ir al encuentro con su propio sufrimiento firmemente. Nunca nos detenemos a reflexionar, porque no queremos: el dolor es la verdadera atracción. Se le esconde con una máscara que está hecha de falsas convicciones, de presuntos objetivos, pero el único y verdadero objetivo siempre es ese, el de hacer y hacerse el mal. Las verdades detrás de las cuales se nos oculta están falseadas desde el principio: por su propio punto de vista, por el egoísmo, el narcisismo y la ignorancia. Y nosotros no podemos seguir fingiendo que no lo sabemos. ¿A quién queremos engañar? Claro, es imposible conocer la verdad absoluta, porque hay demasiadas variables, facetas, y los hombres son seres complicados que sufren inusitadamente por las cosas más banales, y tienen por cada una de esas mil reacciones diferentes. Sus maneras de actuar no pueden ser entendidas y quien dice lo contrario es el más ignorante de todos. Sin embargo, todos están dispuestos para juzgar siempre – ¡y somos muy buenos en hacer esto! – basando nuestro juicio... ¿en qué? En el humo en los ojos, en la nada, o algo más. Creamos y destruimos con rapidez increíble. Luego como polillas vamos a tropezar sobre nuestras luces fatuas, con todo el gusto perverso de golpearnos contra ellas por la enésima vez. Hay una ferocidad congénita en todo esto. Qué triste herencia nos estamos dando. Y no tengáis dudas que solo ésta sea nuestra herencia, y nada más. De hecho seguimos infligiendo sufrimiento y a recibéndolo, y nuestra sociedad se convierte en una enorme, creciente, pila de escombros. Y entonces deberíamos reconocer nosotros mismos, de una vez por todas, que es este el mundo en donde nos gusta vivir.

»¿ Por qué me maté? Porqué me daba la gana, lo quería con todas mis fuerzas, quería morir. Y lo conseguí, morí como mejor he querido, por mano mía, no por mano del Señor o de quien sea. Por lo menos esta libertad se nos debe de dar en la vida: ¡la libertad de morir como mejor queramos! Y yo he elegido morir así, bebiendo mi vino mezclado con mis meados y cagándome encima para despedirme de este jodido mundo. Cuando la montaña se desmoronó, yo, ya estaba muerto. No me llevó, la muy cabrona. ¡La timé y timé al Cristo Santo y a todos los santos abstemios del paraíso!»

Antóni lo miraba sorprendido, era la primera vez que Chircu explotaba de ese modo, había hablado con una rabia y una furia tales que le había recordado a Gaetano.

Lo lamentaba, porque había en Chircu un lado humano y profundo, le dominaban una filosofía de vida elemental y limpia, de sufrimiento, pero

también de pasión y romanticismo. Vital. Él sabía cuáles eran los placeres, los vicios, conocía los defectos de este vivir, anhelaba la simplicidad, la sensibilidad y sabía escuchar los problemas ajenos, aunque luego era cruel e injusto consigo mismo. Era bueno dando consejos, pero no los hacía valer para él. Consigo aplicaba una filosofía auto-destructiva, melancólica y feroz. Se dejaba dominar por el vicio, la inactividad, pero luego mantenía el cerebro vigilante, analizando cada error y cometiendo nuevos, para luego poderlos descomponer y hacer añicos junto a su propio ego.

Chircu se amaba y se odiaba. Estaba enamorado del mundo y le daba asco en un aparente coexistir inconciliable, que por el contrario escondía una coherencia llevada al extremo. El mundo no era como él lo soñaba: las personas tampoco; pero entre tantas suciedades indecibles había también islas de encanto, la bebida le ofuscaba las primeras y enfatizaba las segundas. Y escuchando los discursos de los demás clientes del bar – escorias humanas como él – intentaba hacer justicia a una humanidad no escuchada por dondequiera, oprimida en todo caso. En el “reconocer” una por una esas injusticias que soportaban, ya les ponía a la par. Escuchaba a esos compañeros consumidos por la vida, cuyos límites les dejaban sin defensas, que nunca habían podido levantarse de sus tristes condiciones, elevarse, porque el destino que parecía haberles marcado desde el nacimiento se les había adherido sin intención alguna de desatarse jamás. Y ahora que también ellos habían cedido al vicio, para ofuscarse los sentidos y olvidar, se daban cuenta, sin posibilidad de remedio, que se habían bebido hasta las últimas esperanzas. Pero por lo menos estaba ese hombre, comprensivo, atento y humano que los escuchaba. Ese hombre era Chircu. Aunque sabía que habrían caído en la nada, continuaba dando consejos y escuchando sus voces de hombres perdidos en el laberinto de esta sociedad absurda, donde algunas de las paredes más espesas, habían sido ellos quienes las construyeron. Y se daban cuenta de ello, pero no podían evitar el seguir añadiendo ladrillos, sonriendo amargados, y levantando sus copas al cielo.

Ahora que Chircu ya no los podía escuchar en vida, habían hecho bien los que le habían seguido. Su vate había tomado la decisión atrevida de engañar al tiempo y desobedecer al destino. Y ellos lo imitaron, dejándose sepultar por el monte.

Sin embargo a Antóni esta idea de Chircu – de poder elegir la propia muerte, de no sufrirla – no le parecía tan descabellada. Claro, pudo haber elegido un fin menos brutal, pero tenía razón. Esta absurda ineluctabilidad de

la muerte no era justa. Era preciso recorrer el propio camino y decidir de él hasta el último paso.

Antóni se retomó de sus pensamientos y en ese mismo momento Chircu desvaneció.

«Lo lamento» le dijo Antóni despertándose.

En los días sucesivos se repitió la escena del señor que llamaba a la puerta, esperaba que le abrieran y sin hablar andaba directamente hacia la habitación de Antóni, lo miraba en silencio durante un rato y luego salía con lágrimas en los ojos. Descubrieron que era el padre de Paolo, el joven todavía entre los desaparecidos.

Ni Pietro ni Bernardina osaban hacerle preguntas, pero empezaban a sospechar que Antóni fuese ese hijo perdido.

Mientras tanto el tiempo pasaba y el desenterrado continuaba contando sus historias, siempre con el mismo ardor. No se paraba ni cuando veía entrar a una persona nueva. De hecho la voz se iba difundiendo. Él se sentía completamente a gusto, y esto daba que pensar a Bernardina. Ese hombre parecía todo un narrador, un actor consumido, aunque siempre invadido por una intensa melancolía, con los ojos relucientes por la emoción, oscuros a causa de una tristeza interior imposible de superar.

«Un pobre con el máximo esfuerzo puede obtener solo mínimos resultados, mientras que el rico aunque ponga poco empeño tiene garantizado el mayor beneficio. Es esta la realidad de las cosas. Por esto el pobre que quiera mejorar su propia condición debe luchar más allá de sus posibilidades, tener el doble de la buena suerte normal y escupir sangre y bilis sin alternativas.» Esto decía Antóni, refiriéndose a esos pobres de Antro que para construirse algo habían luchado toda la vida. Cuyo destino había sido irónico, por que cuando finalmente habían conseguido ese mínimo se lo había quitado. Para un pobre las desgracias son más trágicas...

Pietro y Bernardina los primeros meses se habían relevado entre ellos para cuidar Antóni, luego lo habían dejado solo siempre más a menudo, porque sus condiciones mejoraban y ellos no podían seguir desatendiendo sus trabajos. Ya habían pasado cinco meses del encuentro y Antóni seguía con sus cuentos, narrando de todo, de brujas, bandidos, hadas, animales; anécdotas perdidas en la memoria de los viejos de Antro e incluso de Murradine.

Como la historia del bandido Pascale, que en los años treinta se había escapado de la prisión y se había refugiado en la cima Fuscas, deviniendo

amigo de las hadas; por estas avisado cada vez que llegaba la *Justicia* a buscarlo. Ellas mismas lo hospedaban en sus casas diseminadas en el bosque. Había unas piedras en las que se abrían unas puertas que nadie podía ver, y que llevaban al reino hadado. Era un mundo prohibido a los hombres, pero Pascale había obtenido un permiso especial: a él había sido prohibida la sociedad. Hombre no más hombre en cuanto no era más un ser social, suspendido por la humanidad, excluido y marginado, fue aceptado por el pequeño pueblo hadado. Siendo bajo de estatura y ágil de cabeza, para Pascale no había sido difícil adaptarse al tipo de vida de las hadas, a sus casas, a sus bailes y sobre todo a sus humores.

¿Porqué los fantasmas habrían tenido que contarle estas historias?, ¿no tenía sentido!

Antóni se hacía portavoz de una memoria histórica, de la tradición, en parte de la superstición, pero ¿por qué?

Transcurrieron los meses entre cuentos y breves paseos y llegó agosto. Antóni se sentía tan bien que podía andar solo. A menudo entonces se iba por el jardín. Algunas veces era allí mismo que empezaba con sus cuentos. Ocurrió así que, muy casualmente, se añadieran otras cuantas personas. Entre ellas de pronto corrió la voz de que Antóni había estado encontrado entre las ruinas de Antro y que había permanecido allí siete días, sin beber ni comer. Casi un milagro.

Sobre su identidad se hicieron las hipótesis más disparatadas, pero la más acreditada fue aquella que lo convertía en Paolo, el hijo del hombre que de vez en cuando hacía su aparición, pero que todavía se negaba a hablar. Se supo que este con su hijo no se había hablado por muchos años, por una discusión, y que Paolo había vuelto a Antro para reconciliarse, pero no se sabía si les había dado tiempo.

Entre aquellos que habían sabido de Antóni, no faltó quien le acusaba de ser un jactancioso, un chacal que se aprovechaba del sufrimiento de los demás. Y a sostén de tal acusación enumeraban las muchas inexactitudes e historias no verdaderas que Antóni había contado. Pero esto ya no conseguía fastidiar a Antóni, tampoco a Pietro y Bernardina, que sentían de quererlo cada vez más y amar sus anécdotas.

En particular Bernardina se reprochaba cómo de injusta y desconfiada había sido al principio con él. Por suerte Antóni no parecía haberse molestado y cuando ella probaba pedirle perdón él cambiaba de tema.

Ese agosto hizo calor, tanto como para hacer sudar el agua contenida en

la sangre, haciendo densa la que quedaba. La montaña transpiraba calor y en la lejanía temblaba fatua. Los árboles amarilleaban y el paisaje había devenido una uniforme mancha de herrumbre. Las piedras se ponían candentes durante el día para volver a dejar el calor por la noche. A los pájaros se les secaba la sangre en vuelo a menos que volaran en la sombra, y así hacían. Las sombras mismas, en las horas más calurosas, parecían acortarse para ofrecer menos superficie posible al sol, retirándose bajo el objeto que las generaba.

Se encuentran estos fantasmas, y cada uno revela algo de sí mismo.

«Yo era la más querida del pueblo», dice Filomena.

«Yo amaba la buena compañía», sonrío satisfecho Bainzu.

«Yo tuve suerte en el amor», suspira Maura pensando en su Bacchisio.

«Qué voz tan cálida tenía mi madre», dice Marco.

Bastiana está alegre. «Dábamos largos paseos por el bosque, jugábamos libres...»

«Asesino. ¡Tendrías que haberte ahogado!» La voz de Gaetano llega iracunda pero tenue, como por detrás de un vidrio.

Chircu se siente melancólico.

«Prueba mi vino.»

«Tenía una familia fantástica. ¿Cómo estarán sin mí?»

«Siempre hacía grandes fiestas. Yo sí que he vivido la vida.»

«Mi Bacchisio, lo arrastró el agua por irme a socorrer, y sin embargo yo morí. ¡Si por lo menos se hubiera salvado él!»

«Todavía no les he dicho cómo morí...»

«Mi hermanito me acompañaba a tirar la basura. A menudo era él quien la tiraba. Siempre estaba conmigo.»

«En este pueblo estaba bien, nunca tuve que tirarme al suelo para esquivar tiros de escopeta. ¿Cómo podía imaginar que me iban a echar encima una montaña?»

«Las mujeres están hechas de vino y hojas de tabaco: crean dependencia, te enferman y te ponen de buen o mal talante.»

«Ahogada»

«Fui arrastrado mientras volvía para dar la alarma.»

«Me resbalé del techo y me ahogué.»

«En realidad ni siquiera he nacido.»

«No salvé a mi hermanito, me odio por eso. Huí. Pensé sólo en mí misma y Dios me castigó.»

«¡Asesinado!»

«Me suicidé.»

«Algunos decían que las cataratas me habían dado por ser tan querida y por tanto devolver ese amor. Todo ese bien cansa a los ojos. A veces se debería descansar... Nací en una cama con una alta cabecera de hierro forjado, mi piel de niña fue envuelta desde el primer día en organza, en lino y en la seda más pura. En cuanto nací, mi padre plantó un centenar de moreras que crecieron sanas y fuertes y años después intentó criar gusanos de seda. Decía que no podía ser más complicado que criar cabras, en el fondo ambos trepan sobre los árboles para comer sus hojas. La única diferencia era el tamaño. Obtener la seda no podía ser mucho más difícil que trasquilar lana, sólo hacían falta tijeras más pequeñas y dedos más finos, nada más. Me habría vestido sólo con kimono y *obi*, si hubiese conseguido fabricar algunos que estuviesen a mi altura. Cuando gusanos y moreras terminaron mal, mi padre lo lamentó, y resignado, siguió ordenando la seda a Japón.

»Mi madre me miraba y pensaba que nunca había visto una niña más bella, mi padre me sujetaba con delicadeza entre sus brazos sólo después de haberse duchado. Pasada una hora, ya no lo hacía más, por miedo a dejarme olores: decía que yo perfumaba. Todos los niños tienen ese particular perfume, pero el mío, decía, era de flores y era de frutos. Podía ser por el olor rojo de las moras que mi madre había comido estando encinta, o por el perfume rosado de las rosas con las que había adornado su habitación.

»Venían a verme y a olerme todos los parientes, con sus narices enormes que se movían de arriba abajo. Cada uno de ellos competía por poderme bautizar, ¡y que los demás se fueran al infierno!

»Crecí admirada y bienquerida por todos, y yo casi me avergonzaba de todo ese amor. Creía que me había llegado sin siquiera pedirlo, antes que pudiera hacer algo para ganármelo.

»Cuando llegué a la edad de tener marido, había dos que me gustaban y no sabía a quién elegir; a ambos yo les gustaba. “Filomena”, me decía el primero, “tu piel huele a rosas”. “Filomena”, me decía el segundo, “tu piel sabe a moras”.

»Creo que no estaba segura sobre a quién elegir hasta el día que lo conocí. A Giuanniccu no lo había notado antes. Un día me dijo: “Filomena, hueles a rosas y sabes a moras”. Y con él, ¡me casé!

»Giuanniccu era un hombre sensible y cariñoso. Me tenía en la palma de su mano y tenía por mí una gran consideración. Cuando nació nuestro primer hijo, él me abrazó, diciéndome: “Hoy estás aún más guapa. ¿Cómo puedes estar aún más guapa?”

»Mi vida fue feliz, repetía con mis hijos los mismos gestos, las mismas palabras que antaño mi madre había repetido conmigo. Despertaba a mi niña cuando hacía el pan. Le enseñé a hacer el queso, el requesón fresco, a tejer a ganchillo y a recamar. Luego le enseñé a hacer todas las labores de la casa, que se convirtió también en una extensión de ella, una construcción de piedra con dos almas.

»En realidad, a ambos hijos les enseñé a hacer el queso, por turnos; pero la mayoría de las veces el chico se iba con su padre y aprendía las cosas de él, y sentía un gran orgullo de sus días con Giuanniccu y las cabras allá arriba del monte, en esos escabrosos declives, con la hierba que crecía desafiando al basalto, con las rocas traidoras listas para volcarse y hacer caer, el tiempo rápido en cambiar con la brusquedad de quien hace las cosas por despecho... Esta naturaleza nos quiere poner obstáculos, volvernos las cosas más complicadas. Es una lucha entre ella y nosotros, siempre lo ha sido.

»Luego los niños crecieron, se fueron a estudiar, se casaron y se marcharon a pueblos lejanos, aunque siempre regresaban a vernos. ¡Suerte que no lo hicieron ese día!

»Cuando empezó a llover, mi marido salió a llevar las cabras al refugio: una cueva cerrada por un corral hecho por él y por nuestro hijo el año anterior. Luego volvió y cenamos juntos. Ambos nos acordamos de otra ocasión en que había llovido, Giuanniccu estaba en el campo con nuestro hijo, y a la vuelta el niño contó cómo el padre se había resbalado entre la hierba mojada y se había ensuciado. No paraba de reír, y Giuanniccu fingió que estaba enfadado, pero él también se reía, creo que se había caído a propósito. Al recordar aquella historia todavía se reía, pero no admitía haberse caído a propósito.

»El tercer día de lluvia empezó a intuirse que la cosa iba empeorando, que la montaña no aguantaría. También las cabras mostraban los primeros signos. Los animales se dan cuenta de las cosas con antelación, lo advierten, y no se lo callan; lo manifiestan con sonidos desesperados y prolongados agitándose todo el tiempo. El pelo se les pone de punta, o si tienen plumas, son éstas las que se erizan.

»Nuestras cabras balaban, nos explicaban qué era lo que pensaban, se apiñaban entre ellas como nunca lo hacían, se veía que esperaban algo. El último día, mi marido quiso salir para revisar que estuvieran bien. Yo estaba preocupada porque él, ya tenía cierta edad, y salir con ese tiempo podía ser peligroso. La lluvia continuaba cayendo nerviosa. Los relámpagos dibujaban en el cielo negro y denso cortes como los que se forman en un espejo cuando

se rompe, los truenos lo sacudían, parecía que querían hacer derrumbar los trozos. La casa era un imparable goteo, chorreaba agua por todas partes: se colaba por el tejado y se elevaba desde el suelo, y yo no veía la hora en que acabara de llover para hacer que arreglaran el techo y por rehacer el contrapiso. Era la primera vez que entraba el agua a la casa, pero pues ya, tarde o temprano tenía que pasar. Y además llovía a cántaros.

»De repente los truenos se pusieron a sacudir la bóveda celeste, a tal punto que parecía que la estaban tirando al suelo, o que querían arrojar a todos los santos del paraíso. ¡Pero fue la montaña la que se derrumbó! En fin, de los santos que necesitábamos, ninguno cayó, mientras el monte, que era mejor que se quedara donde estaba, se vino abajo.

»No sé cuándo me di cuenta de eso. Creo que tuve un presentimiento, como si mi marido me llamara y me dijera que me pusiera a salvo. Las mujeres somos así, tenemos siempre estos presagios, vivimos con la fatalidad en el corazón. De hecho nada nos sorprende, sentimos las cosas antes de que pasen, vivimos en el futuro más que en el presente. Es verdad que todas somos un poco brujas, es algo innato en nuestra naturaleza. Pero, tanto podemos ser brujas buenas, como malas.

»Recuerdo que algunas mujeres del pueblo, cuando se enfadaban, sobre todo con sus maridos, les echaban unos *frastimos*^[3], que surtían un efecto inmediato. Había una tal Mariuccia que se había librado de tres maridos así, ¡sólo con la fuerza de sus *frastimos*!

»Las viudas son las más eficientes, pero también las solteras. Volviendo a Mariuccia, un día su marido le dijo: “Mariuccia, ya me voy”. Y ella, nada contenta de que él saliera, le contestó: “*Ad andai et no torrai!*^[4]”. Él, en ese mismo instante tropezó malamente con el tapete de la puerta de entrada, y desde el suelo, volteando hacia ella, le gritó: “¡*O Mariú, assumancu de sa porta faimindi bessiri!*^[5]” Pero si no se hubiera caído en el tapete habría sido peor, porque en ese caso no habría vuelto, alguna desgracia le habría ocurrido. El tercer marido murió así. Pero es la muerte del segundo la que todos en Antro han recordado por muchos años.

»Todos los parientes estaban sentados en el salón tomando café y comiendo *papassinos*. Ziu Monni, el marido de Mariuccia, anunció: “Voy a fumarme un cigarrillo en el jardín y vuelvo pronto”. Mariuccia le contestó con una de sus frases en rima, muy larga y muy graciosa, cuyas palabras exactas se perdieron en la memoria, pero es mejor así, porque semejantes hechizos es mejor olvidarlos para siempre. El caso fue que la frase describió con pelos y

señales lo que después pasó. *Ziu Monni* salió a fumarse el cigarrillo y puede que, después de haber escuchado esa frase, una sensación de fatalidad ya le angustiara. Salió en silencio, y mudo regresó poco después, la cara gris y la mirada perdida. Se sentó en el sofá y se quedó quieto unos segundos, siempre callado. Luego, aún sin hablar o emitir algún sonido, se cayó de lado, rígido como una estatua, todavía en posición sentada.

»*Ziu Monni* había muerto, y sus parientes apenas se dieron cuenta, si bien estaban afligidos por la reciente pérdida, se pusieron a reír a carcajadas, porque tenían fresco en la memoria ese *frastimo* – que se cumplió con la máxima precisión y ni un segundo de retraso – tan bien dicho en su rima pareada, en la voz melodiosa de *zia Mariuccia*, en su cantinela de dialecto cerrado...

»Nunca se vio funeral más extraño, con todos los parientes riendo sin control, mientras el cura los fulminaba con la mirada y todos se contenían, pues también los *frastimos* de los curas saben ser peligrosos. En toda esta historia, yo estoy contenta de una sola cosa: de no recordar, ni yo – que estaba presente el día de la muerte de *ziu Monni* – ni los demás, las palabras exactas de aquel *frastimo*.

»Volviendo a mi desgracia, tuve ese presentimiento, así que me apresuré a subir a la planta superior. En nuestra casa, aunque es pequeña, mandamos construir un entrepiso en tablas de castaño, madera bonita y curada, gruesa como un brazo y pintada de verde. En este entrepiso estaba todavía la habitación de nuestros hijos. Allí habían dormido y crecido hasta que se fueron. Estando a la expectativa, la dejé tal como estaba, porque nunca se sabe, a veces los hijos vuelven y es mejor dejar listas sus habitaciones, que vean que ellas también están ahí, inmóviles, esperándolos.

»La escalera era estrecha y empinada, casi perpendicular. Subí los primeros escalones y justo en ese instante oí un estruendo. Finalmente el cielo se cayó. Y de hecho me parecía sentirlo rodar por el suelo. Por las calles alguien gritaba, y pensé en mi *Giuaniccu*. Se oían batacazos, el ajetreo de cosas arrastradas lejos, árboles arrancados, casas, un ruido como de un río que corría por caminos que jamás había transitado antes, y al hacerlo chocaba, se perdía y luego retomaba su camino; escuché el retumbar de piedras arrastradas, de la lluvia densa, también dentro de la casa. Luego el agua comenzó a invadirla, mi casa, no sólo rezumando por el techo y por el pavimento, sino también fluyendo por debajo de la puerta, entrando por las ventanas, el horno del pan... Éste también vomitaba agua, y era una imagen

inquietante que nunca había visto en mi vida.

»La casa engullía barro y pronto apestó a tierra podrida. Luego algo tumbó la puerta y yo fui arrollada, ahí, en el segundo escalón, donde me había quedado parada. A la escalera se la llevó la corriente. Conseguí levantarme a duras penas y entré a la cocina, sujetándome a los muebles, mientras varios objetos flotantes me golpeaban las piernas. Me encerré allá dentro e intenté salir por la ventana, pero no tuve tiempo, el barro pronto desvencijó la puerta y una ola espantosa me cubrió. No sabía nadar y la corriente era fuerte, por eso me encontré chocando arriba y abajo, cayendo y sumergiéndome. Pero no grité, para que no me oyera Giuanniccu desde la montaña y se arriesgara a venir a salvarme. Esperaba que él se encontrara a salvo en la gruta, junto a sus cabras, apretujadas alrededor de él dándole calor. Son inteligentes las cabras, no como las ovejas...

»Al final me ahogué. Cuando ya no pude luchar más, dejé que el fango me hundiera. Morir en mi cocina no fue demasiado malo. Fui tan feliz en ese cuarto, tanta felicidad se consumó en esa casa, que morí bien.»

«Muriendo, se preocupó por sus hijos, quienes al enterarse de su muerte estarían tristes. Filomena rogó que no estuvieran de luto por demasiado tiempo y les deseó una vida feliz. Lo mismo hizo por su Giuanniccu. Ella lo esperaría con paciencia y con amor, porque él fué el único hombre que un día le dijo que olía a rosas y sabía a moras...»

El cuento de Antóni había terminado. Al fin conocían los últimos pormenores de la historia de Filomena. Se encontraban todos en el jardín, pocas personas ese día, pero todas visiblemente emocionadas. Muchos de ellos habían vivido esas situaciones y se habían salvado de milagro. Sentían una gran pena por Filomena, pero al mismo tiempo se preguntaban quién era. Ninguno de ellos recordaba a una mujer de sesenta y pico años con dos hijos grandes y casada con un tal Giuanniccu.

Antóni había contado la historia en tercera persona, pero para ellos era como si hubieran escuchado todo de viva voz de la protagonista.

Pietro miró el cielo plumizo, después el bosque al borde del jardín con las encinas y los alcornoques de mirada aguda que los espiaban morbosos; escuchó el zumbido de los insectos, el canto de las cigarras invisibles entre la espesa hierba; percibió el vuelo azul de los pájaros que se desplazaban seguros de rama en rama, sempiternos concedores del vuelo y de los secretos del bosque.

En ese momento cantó un mirlo con el buche lleno. Había comido unos higos de un árbol cercano y por eso le habían dado ganas de cantar. La pulpa rosada y dulce lo ponía de buen humor.

Le respondió, no se sabe de dónde, un jilguero, que en realidad no contestaba a él, sino a una cuestión existencial suya. Su buche estaba casi vacío y él se hacía preguntas insólitas para un jilguero.

Una grajilla, medio escondida ahí cerca, voceaba palabras irreflexivas, irrepetibles para cualquier persona. Su buche estaba lleno de chinches. Un poco más allá había un huerto con varias hileras de tomate completamente infestadas. Los insectos les sorbían la linfa con una avidez feroz. Ahora la grajilla tenía ganas de gritarle al mundo su verdad sobre las cosas, pero, aunque utilizase vocablos humanos, los hombres no podían entender.

El sol del mediodía inundaba con su luz índigo el jardín y los árboles. Mojados en el resplandor albino, los otros cromos se desteñían; los iris, consternados, tendían a entrecerrarse y se obtenía una ceguera fastidiosa, donde los contornos se difuminaban y el tiempo se ralentizaba alegre. Enceguecidos, los hombres entreveían a duras penas el platearse del mundo. En medio de su llanto, confundidos por la luminosidad, todo brillaba fúlgido y se hacía opaco. Al mismo tiempo que la luz estallaba, y en parte se apagaba, los presentes sentían que se separaban de la tierra cuyo concreto existir perdía credibilidad. Los rayos solares, desviados por la cresta del monte, caían a tierra por ángulos prohibidos fulgurando los ojos y las tinieblas. Trastornados y admirados por ese prodigio, apenas la intensidad luminosa disminuía lo suficiente, los hombres trataban de readquirir consciencia del paisaje. Pero éste, que se había elevado a algo intelectual y superior, ahora se desvanecía en sus retinas para escarnecerlas.

Era un fresco alegórico que un dios luminoso se había divertido enmascarar en una concepción metafísica de inusitada y evocadora violencia, pero que de pronto se desvanecía en una oscuridad densa y súbita, arrojada por el cielo sin un oportuno aviso.

Rápido el astro se escondió detrás de la cima Fuscas, y todo cambió. Cada día se repetía ese infausto maleficio que hacía caer la noche antes de que se hubiera ido por completo el día.

En el alma de Pietro una hosca sensación se agitó.

También Antóni miró a su alrededor, con el mismo triste presentimiento impreso en el alma. Después de haber conocido una semana de tinieblas, su apego a la luz había devenido una necesidad interior. Su cuerpo andaba

alimentándose con los rayos del sol, y así también su mente.

Los ojos, de día, sondean el aire y el entorno vagabundeando por las profundidades, mientras que por la noche confían en el pensamiento, que sí, penetra él también en las profundidades, pero, al mismo tiempo, se pierde en los meandros oscuros de nuestros miedos absurdos y los hace emerger. La noche es una desenterradora de fobias. Y es en estos meandros, evocados por el inminente crepúsculo, donde se agitan los pensamientos de Antóni. Acompañado por Pietro, se despide de los presentes, y Bernardina los acompaña en silencio adentro de la casa.

15

Aquella noche el bochorno bajó por el monte y subió desde el mar: la piedra, calentada durante el día, ahora liberaba calor. También el agua hacía lo mismo, pero más despacio; además, estando más distante, ese calor tardaba en recorrer el camino entero hasta Occiduo, y aún más el camino hasta Murradine. Los habitantes de los dos pueblos, conscientes de ese huésped tan lleno de celo, sudaban copiosamente en su honor, de modo que éste no se ofendiera.

Hasta en las cimas más altas de los montes, la aridez envolvía todo, rodeaba los campos envolviéndolos y ahogándolos. El aire temblaba y se empañaba, todo se teñía de un color amarillento. Las hadas se refugiaban en las profundidades de sus casas de piedra, en busca de una frescura que tampoco a ellas les era concedida; esas piedras habían absorbido la canícula durante todo el día y aún bullían; no conseguían expulsarla, ya que el aire mismo estaba todavía caliente. La diferencia térmica era cero, el movimiento del aire, inexistente. No había remedio: ¡había que sudar!

Durante todo el día los gigantes habían rascado con sus cien pies la tierra para meterlos en aquella subyacente en busca de humedad: ¡ya no eran hidrófobos! Pero ahora no había nada más que rascar, y sentían la aridez crecer en sus gargantas, y aún así no podían sudar. Desde hacía tiempo esos pobres colosos habían perdido todo rastro de humedad. Se habían convertido en huesos secos, rotos por el sol, esparcidos en el polvo, que en la noche todavía crepitaban, mudos y sin aliento.

Varias figuras se movían entre los árboles: *strías*, *bruxias*, *maiargias*⁶, que iban a chupar la sangre de los animales para extraerles algo de líquido. Buscando agua, rasgaban con las uñas los lechos secos de los ríos, o se lanzaban dentro de los pozos para luego salir de ellos volando, produciendo un aullido que resonaba en la noche despertando a los durmientes y haciendo temblar a los insomnes.

Hasta las venas subterráneas se secaban, dejando los campos sin agua. Había sido lo mismo el año anterior, y luego había llegado la lluvia torrencial, produciendo el derrumbe. "¡Sería mejor que lloviera cuanto antes! Siete meses han pasado desde la última vez que llovió".

La ventana abierta en el cuarto de Antóni no dejaba pasar nada de aire, parecía que era el mosquitero el que lo retenía fuera, y el desenterrado respiraba fatigosamente.

Pero también agosto terminó.

«¿Quién era Bainzu?» preguntó Raimondo un día.

«Era un hombre nacido y crecido en Antro, acomodado, que nunca tuvo que hacer trabajos pesados en su vida. No tuvo una familia, aparte de sus padres, pero amaba su pueblo y vivía bien allí.»

«Bah, vivir bien en Antro...»

«Claro que sí, era un sitio muy bonito para aquellos que sabían apreciarlo», contestó Antóni con una sonrisa. Sus ojos oscuros y profundos relampagueaban; él se encontraba cada día mejor, con el verano su cara se había puesto de un sano color de aceituna.

«¿Apreciar qué? En Antro no había nada», protestó Raimondo.

«¿Bromeas? Había de todo, campos, árboles, historias, fiestas, bailes, tradiciones, y hasta supersticiones. Cada quién se podía convertir en lo que quisiera: en santo, bandido o brujo.»

Esta última frase dejó helado a Raimondo. Pues, él de hecho había estudiado Letras, que siempre fue su pasión, pero una vez que terminó los estudios, a su regreso a Antro tuvo que fungir como empresario. Su padre, de muy avanzada edad, se puso mal. No pudiendo continuar en la empresa, se la encargó a él, y siendo Raimondo el único varón, no pudo oponerse. Dejar morir la empresa de la familia era considerado un pecado grave, pero él habría querido hacer algo diferente, quizás dar clases. Envidiaba a Pietro, que había tenido el coraje de perseguir sus pasiones, que no se había visto obligado a abandonarlas. Aunque muchos lo criticaban, él se mostraba feliz.

«A Bainzu le gustaba cocinar», retomó Antóni, «y siempre organizaba grandes comidas y magníficas cenas a las que invitaba a mucha gente.»

«Me resulta extraño, porque nadie se acuerda de todo esto. ¿Seguro que se llamaba Bainzu, o que no era de otro pueblo?» Eso que Raimondo acababa de expresar era la duda de todos.

Bernardina, Pietro y unas cuantas personas los escuchaban. Estaban todos sentados en la cocina: la casa del matrimonio se había convertido en un local muy frecuentado.

Antóni se encogió de hombros.

«No sé, pero él me dijo que murió en Antro el día del derrumbe».

«Cuéntanos cómo», intervino Bernardina.

«Está bien, trataré de contarlo como él me lo contó.»

Tenían todos delante una taza de café: era casi la hora del amanecer, y afuera estaba ese sol blanco y deslumbrante que molestaba al mirarlo. Pronto se escondería tras la cima Fuscas, pero hasta entonces la luz sería cegadora y desagradable.

«El primer día de lluvia, Bainzu, para celebrar el fin de la larga sequía, invitó a varias personas a comer en su casa: estaban Burrali, Coghera, *ziu* Franciscu, Mariedda, Pilisi, Mariane, Gesuino y su hijo Duilio.»

«Gesuino y Duilio son parientes tuyos, Pietro» lo interrumpió Raimondo.

De hecho, Pietro, al escuchar esos nombres se había inquietado, pero sin conseguir recordar nada. De *ziu* Franciscu y Coghera oía hablar desde siempre, pero para él eran sólo unas sombras que se retorcían al borde de su consciencia. Aunque, desde que conocía a Antóni, éstas lo hacían de manera mucho más inquieta, y sentía como unos murmullos, unos remolinos. Bernardina lo miró dubitativa; todavía no podía entender esta extraña amnesia de todo lo que concernía a Antro.

«Tu tío Gesuino venía siempre a tu casa. Es hermano de tu padre...»

«Ah sí, tío Gesuino.»

Pietro – como siempre hacía – fingió acordarse, de hecho existía en él un vago recuerdo asociado a ese nombre, Gesuino. Una persona de complexión robusta y con grandes bigotes, vista a menudo durante su infancia. Pero este recuerdo se quedaba afuera de su consciencia. Lo mismo le ocurría con su primo Duilio, con el cual seguro debió haber jugado por años. ¡Ay, cómo se agitaban ahora esas sombras!

Antóni le lanzó una mirada indagadora y luego siguió contando.

«Esa tarde había invitado a otra gente, sólo por cambiar de compañías, y lo mismo pasó al día siguiente. Al tercer día empezó a preocuparse, y al cuarto decidió salir bajo el chubasco para echar una ojeada a la montaña. No sé por qué, pero creo que Bainzu se sentía culpable de algo, por eso fue allí.

»Al salir de casa dio vuelta a la derecha, en dirección a la carretera cuesta arriba que pasaba cerca de la iglesia. Por las calles el agua corría rápida, pero todavía estaba bajo control. A la derecha había una casita con el techo de tejas rojas, apoyada en el monte para aprovechar su calor en invierno y su frescura en el verano; el bajo techo era como una prolongación del declive. Pasando la casa, un poco más allá a la izquierda, estaba la blanca iglesia de Cristo Resucitado, que era la última construcción interpuesta al

monte.

»Con ánimo preocupado, Bainzu llegó hasta un campo apenas por encima de la capilla. El terreno estaba tan empapado, que él se hundía en las profundidades con sus botas de agua. Tiempo atrás allí hubo un pequeño bosque de enormes encinas, plantas imponentes y centenarias, pero alguien las había cortado y desarraigado, después con los años había nivelado el área para poderla cultivar y había plantado un huerto durante décadas. Con la lluvia se había convertido en un verdadero pantano, casi no se podía pasar, pero él quería llegar hasta el ralo bosque que había más allá.

»El chubasquero y las botas de agua ya estaban llenos de fango, tenía los pies mojados, pero no se detuvo. Pronto el día se convirtió en noche. En esa fosca cuesta de la montaña, con semejantes nubes, eso pasa a menudo, acelerando lo que ya sucede habitualmente; apenas el sol, invisible detrás del manto gris, supera el monte, la oscuridad baja densa inundando por doquier, como si alguien lanzara un espeso manto negro sobre el pueblo entero. Esa tarde ese manto goteaba agua, y por debajo todo se desvanecía perdiendo consistencia, hasta Bainzu.

»El paisaje se hacía irreal, y si no hubiera sido por el repiqueteo de la lluvia sobre su chubasquero, él mismo habría pensado que se había convertido en un fantasma. Los rayos, que de vez en cuando iluminaban el escenario, devolvían consistencia a la realidad, pero apenas sus luces deslumbrantes se desvanecían y el fragor del trueno estallaba en la oscuridad, esa ilusión de materialidad cesaba; todo se destrozaba y se reducía a gelatina, a agua que luego se deslizaba veloz. A la espera del relámpago sucesivo, se tenía la impresión de que cada cosa hubiera estallado con el trueno, pero luego el enésimo rayo lo desmentía todo.

»Una vez que alcanzó el sendero, Bainzu continuó subiendo, aferrándose a los árboles y a las matas para ayudarse, pero todo se reblandecía: Bainzu agarraba una mata de mirto, y ésta cedía, se salía del terreno sin haberle dado algún asidero, faltando a su deber; se apoyaba en un madroño, y éste se doblaba, las raíces por un lado se levantaban en el aire y la lluvia las limpiaba del barro que goteaba, negro y podrido, mientras el pimpollo se quedaba inerte en el suelo; ponía los pies sobre una roca, y ésta se hundía, vomitando agua por todas partes.

»Por dondequiera había regueros, torrentes, ríos, y Bainzu empezó a tener miedo, pero sin saber por qué continuó subiendo hasta treparse en una enorme peña saliente, acostada sobre una cuesta. La llamaban *su Molente*, nombre que

ironizaba sobre su forma y dimensiones, parecidas a las de un burro con la cabeza vuelta hacia el pueblo. Trepar allí no fue fácil porque la roca estaba resbaladiza por la lluvia. Detrás se empinaba una pendiente hecha de material desmoronadizo, y al final, una alta pared de basalto, casi perpendicular, que terminaba en la estrecha cima Fuscas que parecía un pináculo, siempre gris y pardo incluso a la luz del sol.

»Sobre el enorme peñasco colgado, Bainzu se había dirigido hacia el exterior, mirando hacia Antro. Con esas tinieblas no podía ver, entonces esperó el rayo, sabiendo bien que pronto vendría a socorrer su vista. Sólo por este motivo se dio cuenta de algo: había subido hasta allí arriba con toda esa lluvia y con el caer de la noche para ver Antro iluminada por la luz de los relámpagos. Y, de hecho, fue esta luz la que le reveló todo cuanto estaba a punto de pasar...»

Antóni se calló y miró afuera de la ventana de la cocina. Ésta daba a la carretera asfaltada que, recodo tras recodo, se dirigía hacia la desarraigada Antro. La montaña estaba al otro lado, Antóni no podía verla, pero era como si la mirara. “No tardé nada en extirpar un pueblo, y puedo tardar menos contigo”. Así parecía decirle una voz tras su espalda, de todas formas él no cedió a la tentación de volverse: ciertamente estaba resuelto a proseguir.

«¿Qué es lo que vio Bainzu?» le preguntó ansiosa Bernardina.

«La roca sobre la cual se había subido se cernía sobre Antro. Con el primer rayo vio el ralo bosque por debajo y las peñas esparcidas entre los árboles, que eran como hombres graníticos apostados y listos para invadir un pueblo. El paisaje estaba desvaído, y desde la montaña el agua se deslizaba hasta el terreno que estaba arriba de la iglesia. Con el siguiente rayo le pareció ver despuntar un vellón verde, de hierba espesa, brillante, translúcida en la lejanía, que se convirtió en un lago luminiscente de color esmeralda – manto de animal vivo – que se movía con la fluidez del agua que le chapoteaba alrededor. Cómo pudo crecer esa pelusa en tan poco tiempo, nunca fue capaz de entenderlo. Quizás ya estaba allí desde antes y al pasar no le había hecho caso: ciertas cosas no se notan de cerca, mucho menos bajo el reflejo de los relámpagos. El manto herboso era una trampa, entendió Bainzu al mirarlo, porque si en el pasado en ese campo había altas encinas con largas y hondas raíces, ahora sólo había fango y esa entidad verde, que nada podían hacer contra lo que pendía del monte. Ese terreno se había transformado en un tobogán para cualquier cosa que se hubiese derrumbado desde arriba, y hasta el techo de esa casa vista al subir – desde lo alto del peñasco en el que se

encontraba – le pareció como un trampolín apuntando hacia Antro. La iglesia era como una hoja de papel puesta allí por alguna broma del destino.

»Al peñasco en el que estaba Bainzu lo lamían dos torrentes, quitándole la tierra por debajo: “Si ese peñasco deslizase a lo largo de la pendiente, nada lo detendría” pensó.

»¡Y no era el único que podía vejar al pueblo! Un poquito más allá había una cuesta resbaladiza: el agua obraba a su lado, excavando y consumiendo, y la cuesta estaba a punto de desprenderse. Un poco más arriba a la izquierda un pedregal parecía flotar en un mar de barro. Qué era lo que aún lo retenía, dada la inclinación del terreno, no se podía entender, pero Bainzu intuía que habría bastado la más mínima vibración, el más mínimo movimiento, para que todo se derrumbase.

«Esas mal hechas construcciones de piedra con poca argamasa, ya puestas en peligro por el transcurso del tiempo y por la incuria, no habrían soportado el choque de esa enorme masa; empujada por la fuerza de inercia unida a la de gravedad, se habría caído encima del poblado. A la distancia las casas de Antro eran como pequeños barcos de piedra, y si la montaña se hubiera precipitado, el espectáculo de naumaquia ofrecido por esos edificios habría sido breve y cruento.

»Bainzu pensó entonces que debía avisar al pueblo, y volvió de urgencia para avisar a sus conciudadanos, ignorantes de todo. Pero con la oscuridad y la lluvia el descenso se había vuelto peligroso; sus botas resbalaban como si caminara sobre manchas de grasa.

»Bajando del *Molente*, mientras saltaba uno de los dos riachuelos que le lamían, un rayo cayó sobre un árbol cercano. El siguiente trueno produjo un rugido tan poderoso, que sacudió el monte entero, casi haciendo caer a Bainzu al suelo por el espanto.

»De todas formas, esos dos acontecimientos, imposibles de prever aun días antes, dieron inicio a todo; funcionaron como un efecto mariposa junto a un efecto dominó en una concatenación de eventos incontrovertibles. Un rayo seguido por un potente trueno que hizo vibrar la tierra: ¡con eso fue suficiente! De hecho, es la indeterminabilidad la que aúne el Caos, la mecánica cuántica, la locura y el sueño, y ese desmoronamiento, pese a ser muy real, era todo esto en conjunto.

»La riada de piedras flotantes a la izquierda comenzó a moverse, arrastrando una gruesa masa de tierra fangosa, una papilla color oro a la luz de los relámpagos, que iba como hirviendo por el revolvimiento interno. La

masa, al pasar al lado de la roca en la que había estado Bainzu, aceleró el trabajo hecho por el agua, y el gran peñasco también empezó a deslizarse. Un poco más abajo a la derecha, como por un tácito acuerdo, otra porción de tierra se movió y pronto Bainzu se encontró con el suelo caminándole bajo los pies.

»Oyó a su vera otro estruendo, no pudo ver el rayo, o puede que hubiera sido la piedra la que produjo ese sonido, chocando contra algo. Justo en ese momento Bainzu cayó. Antes de estrellarse sobre una roca, Bainzu entendió que todo ese frente desmoronadizo se estaba dirigiendo hacia Antro. No había nada que pudiera bloquear su avance. Alguna vez lo habría podido hacer el bosque de encinas que se encontraba sobre la iglesia, pero ahora no quedaba más que ese campo cubierto por un vellón verde, que se movía como un manto de animal vivo.»

El cuento había terminado. Hubo un largo minuto de silencio.

«Terrible», dijo al final Raimondo. Luego le vino una idea. «¿Pero podría ser Bainzu uno de los desaparecidos? El viejo que no se ha encontrado todavía, ¿cómo se llamaba? Ah sí, era un pariente mío, por parte de los Collu, primo de mi madre; se llamaba Teodoricu. O si no, era Gonario, pero ése era un poco más joven.»

Antóni sacudió la cabeza.

Pietro callaba, a él no se le había escapado la semejanza entre este cuento y el sueño contado por Antóni hacía meses. Ése en el que decía haber visto a un viejo cubierto por un chubasquero trepar por la montaña como una sombra.

16

La historia de Bainzu dio la vuelta por todo Occiduo, pasando de boca en boca, luego subió a un *postalino*^[7] y se fue hacia Murradine, y aquí, después de haber hablado con todos sus habitantes, se detuvo, se sentó sobre una silla y decidió que sólo ellos y los de Occiduo podían saber, y eso tenía que bastar. El “de boca en boca” es una criatura veloz, pero cuando decide quedarse parada, no hay manera, no se puede mover. Y éste en particular se agazapó y permaneció mudo y sin moverse jamás.

La gente se imaginaba un Bainzu gigantesco que andaba por un campo de basalto verde y se hundía, que trepaba por la cima Fuscas clavando las uñas y los dientes en la piedra, que subía hasta la punta y desde allí se daba la vuelta para ver la destrucción obrada por el Señor: no sin haber hablado antes con él y haber intentado interceder por su pueblo, sin resultado alguno.

Bainzu se había transformado en un santo que, descollándose en toda su altura sobre el perfil del monte, se había opuesto al hado; el gigante Bainzu, hecho de piedra y roca él también, como la cima Fuscas. Aunque nadie pudiera descubrir quién había sido, su leyenda no tuvo por ello obstáculo alguno en generarse.

En la mente de las personas, un recuerdo, una historia, caminando de boca a oreja, elaborándose en los cerebros y recomponiéndose en palabras, se convierte en un evento místico, invadido de magia, que no necesita pruebas, ni puede ser desmentido: lo ininteligible es irrefutable.

Bainzu, santo y druida de época megalítica, golem granítico, guardián del tiempo, supremo protector de Antro, liberado de sus restos mortales, se descollaba sobre la montaña en defensa de Occiduo y Murradine, que nada más tenían que temer.

Pero en Murradine existía quien, al oír esa historia, había temblado, relacionando acontecimientos pasados y prolongados en el tiempo a ese nombre, y ese campo de vellón verde esmeralda en el antiguo bosque que antes lo ocupaba. Era este viejo decrepito y gris el culpable de primordiales errores.

También una mujer había temblado en Occiduo, relacionando el cuento de la casa construida que se apoyaba en la montaña con el recuerdo de la suya, ya

vendida al ingeniero Benedetti. Aquella mujer estaba consciente de que su casa había servido de trampolín, no al peñasco, sino a la masa de fango y piedras que estaban a su lado y que se había deslizado por arriba de las tejas, catapultándose sobre los tejados de las casas de abajo.

Mujer y viejo se sintieron, aunque ignorantes el uno del estado de ánimo del otro, cómplices de una misma fechoría. Ellos, la montaña y la lluvia culpables en conjunto. Pero el agua y la tierra no pueden tener responsabilidades, entonces éstas recaen, por consiguiente, sobre los que pertenecen a la raza del hombre. De hecho, fluyen en él ambos elementos, y en sus mentes se retuercen los pensamientos y la conciencia removidos por el sentimiento de culpa.

Una tarde llamaron a la puerta. Era Bacchisio, el fantasmal novio de Maura, asediado en su momento por Rosina y otras chicas del pueblo. Quería escuchar de Antóni esa bonita historia de la que había tenido noticia y de la cual todavía conocía sólo unos detalles. El desenterrado lo miró fijamente a los ojos; pareció excavar en su alma para sonsacarle las motivaciones que lo habían conducido hasta allí. Y Bacchisio tembló.

Era un chico de complexión robusta, alto y de cabello negro y rizado.

Antóni empezó a narrar, con voz melancólica, la historia de Maura enamorada de Bacchisio y por él amada, por la envidia de todas las jóvenes del pueblo. Las palabras envolvieron al protagonista, quien se vio proyectado a esos días, recorriendo sus pasos por las calles de Antro hasta llegar a...

Era demasiado triste como para continuar. Bacchisio, levantándose a mitad del cuento, se marchó. Pietro y Bernardina no pudieron obtener respuestas, y Antóni, entristecido, fue a encerrarse en su cuarto.

Pero al día siguiente, como si nada hubiera pasado, retomó uno de sus cuentos, aquél sobre los dos niños. En particular habló de los días del aluvión, de sus últimos momentos de vida.

Ese día Bastiana y Filippo no podían salir, la lluvia caía sin cesar. Siendo sábado, no había escuela. La niña estaba emocionada, tenía ganas de correr por las calles empedradas, robar una granada y comérsela, bajar por el bosque y ver las gotas precipitarse rebotando de hoja en hoja, juntándose y llegando a su cara.

Tenía ganas, sobre todo, de sentir el olor de la lluvia que se distinguía en los árboles, en la tierra, en el aire. Tenía ganas de correr con la bicicleta por en medio de los charcos, levantando altas olas de color avellana al lado de las ruedas. Quería sentirse como una nave que surca el océano. Era este amor por

la vida, esta alegría de vivir, la que le hacía latir fuerte el corazón, y las grises paredes de su casa cerradas en torno a ella eran como una condena.

Filippo, que ahora se había convertido en el hermano mayor, la frenaba, intentaba hacerle entender que era peligroso ir por el campo con ese mal tiempo. Necesitaba esperar a que escampara. Pero el espíritu de ella le sugería salir, ¡había tantas cosas que ver bajo la lluvia! Todo lo que ellos conocían de Antro y sus alrededores estaba como transformado bajo ese chubasco; bastaba asomarse por la ventana para darse cuenta de eso. Un vasto panorama se extendía ante sus ojos: las montañas cercanas y lejanas, que tendían a degradarse de azul, el bosque al lado que descendía la vertiente hasta llegar a Occiduo, invisible más allá de esos mismos árboles.

Desde la ventana se veían alcornocos, encinas, madroños, alerces, castaños e incluso nueces, limpios y relucientes; todos de un verde intenso nunca antes visto, o con largas hojas amarillas emnegrecidas en los bordes. Hasta hacía cuatro días la sequía y el polvo habían vestido de gris los árboles, de ocre los prados, mientras las matas de jaras esparcidas en espesos matorrales todavía eran como herrumbre, y estaban secas las hojas caídas de los árboles.

El día siguiente, el cuarto, fatídico, no había nada que pudiera detener a Bastiana. Estaba nerviosa y no podía quedarse quieta. Corría desde una ventana de la casa hasta la otra con la esperanza de que por algún lado hubiese parado de llover. Luego, aprovechando una distracción de sus padres, salió. Justo por los pelos Filippo tuvo tiempo de ir con ella, de salir antes de que la puerta se cerrara. Bastiana tomó un paraguas, pero más por formalidad que por otra cosa. Había salido corriendo. Un proyectil impulsado hacia el exterior – tanto tiempo había estado retenido dentro del cargador – que ahora tenía ansias de huir.

El hermano la siguió corriendo, al mismo tiempo la regañaba. Era mediodía y estaban terminando de almorzar, sus padres justo se estaban echando una siesta; una vez despiertos, se enfadarían mucho al descubrir su ausencia.

Bastiana decidió no subir hasta el centro de Antro, sino bajar por el sendero que llevaba a Occiduo. Era un sendero accidentado que cruzaba dos veces la carretera asfaltada. Quería observar Occiduo bajo la lluvia, no estaba segura de haberlo visto nunca en condiciones similares.

Filippo empezó a olfatear como hacía habitualmente, oliendo el olor del aire, luego el de la tierra, el de las plantas y el de la lluvia. Estaba nervioso,

quería volver a casa, quizás tenía miedo, pero no lo admitía. Bastiana se reía de él, se reía de la lluvia y corría sintiéndose libre.

Un riachuelo cruzaba en ese punto al sendero, y el campo era todo un gorgoteo de aguas alegres.

Las gotas que rebotaban sobre su paraguas producían fragorosos golpes de distinta intensidad. Las que caían desde las hojas eran más grandes y producían mayor ruido.

Bastiana casi se cayó un par de veces en esa bajada empinada, pero siempre recobraba el equilibrio, aunque tuvo que cerrar el paraguas, pues a cada paso se enganchaba en la espesa vegetación.

Corrió hasta estar cansada, siempre con la sonrisa en los labios, luego cruzó por primera vez la carretera; por los bordes el agua corría como si fuera un río, y ella, saltando, se mojó los zapatos, los pies y el pantalón deportivo. Pero no se detuvo, y se lanzó otra vez hacia el bosque, alcanzando por segunda vez la calle asfaltada. Aquí la situación mejoró, el agua fluía rápida, mas no amenazadora. Aunque en algún lugar sobre la cuesta del monte, donde la vegetación era imponente y se unía a la roca, se percibía la caída de auténticas cataratas. El cielo era de un color gris resplandeciente y el paisaje palidecía como por vergüenza.

No era tan bello como lo había imaginado.

Finalmente alcanzó un punto en el que se veía, entre las ramas flojas de los árboles, Occiduo. Casas y edificios sudorosos y calles inundadas.

Aunque todavía fuera de día, algunas luces iluminaban las ventanas de las habitaciones. Los techos vomitaban por doquier una especie de licor transparente que, apenas tocaba tierra, se ensuciaba y se volvía marrón. Los coches avanzaban con cautela, intentando pasar por el agua menos honda.

Nada de todo eso le pareció bonito.

La lluvia aumentó aún más de intensidad. Bastiana ya estaba completamente mojada y triste. No sentía frío, pero pensó que apenas volviera a su casa la madre la regañaría; Occiduo mojado estaba todavía más horroroso y ella quería volver a su Antro. Filippo estaba contento y le manifestó su aprobación, juntos corrieron subiendo por el sendero.

Cuando alcanzó de nuevo la primera carretera, el ímpetu del agua era tal que tuvo miedo. Agarró fuerte a Filippo y cruzaron. En la siguiente subida se cayó muchas veces llenándose de fango. Incluso lloró.

Una vez que llegaron a la mitad de la rampa, un rayo cruzó el cielo y ella perdió de vista el sendero. Una luz blanca invadió el paisaje, y lo volvió aún

más desconocido e inverosímil. Comenzó a correr con Filippo que le gritaba por detrás. Continuaba subiendo, pero no conseguía llegar a su casa. Aunque no tendría que estar muy lejos.

Le pareció oír unas voces a su izquierda, entonces dobló hacia aquella dirección. Filippo ya no la seguía, lo había perdido: con las prisas y por culpa del miedo no se había preocupado de él. Intentó llamarlo, pero no recibió respuesta, el fragor de la lluvia se hacía cada vez más fuerte. Pensó en volver atrás a buscarlo, pero el miedo prevaleció. El sol comenzaba a bajar detrás de la cima Fuscas, muy pronto oscurecería y ella no era muy amiga de la oscuridad; se sentía intimidada por ésta desde siempre.

Siguió corriendo. Un relámpago cayó allí cerca, partiendo en dos una encina; un humo negro y una llamarada roja salieron desde el punto en que el rayo había caído. Bastiana empezó a llorar fuerte y a chillar. Llamaba a Filippo y llamaba a su padre, su madre e incluso a una amiga de la escuela, y mientras tanto continuaba subiendo, pero de Antro no veía ni la sombra.

Los truenos empezaron a sacudir el monte, y finalmente Bastiana llegó a una altura a la que no le fue tan fácil trepar. Miró hacia el valle y reconoció, allá abajo a la izquierda, el perfil pálido del pueblo; la lluvia aumentó y también las tinieblas se extendieron: ambas se desvivían por hacer que se esfumara la visión.

La cima Fuscas se erguía a sus espaldas como la cabeza de un monstruo, chorreando una sangre transparente que fluía a lo largo de rayas negras debidas a hendiduras y a musgos filamentosos. “¡No tendría que haber dado vuelta a la izquierda!”, lloró quejándose consigo misma, y trató por última vez de llamar a su hermano, sintiéndose traicionada cuando él no contestó. Lo llamó durante un largo rato, ahora tenía miedo de bajar sola.

Miró en dirección de la montaña, y bajo la luz de un relámpago le pareció ver una figura perfilarse contra el cielo. Estaba inmóvil sobre un enorme peñasco, evanescente como un fantasma, miraba en su dirección sin verla y a Bastiana le dio tanto miedo que no osó llamar. Había sido justo en ese instante que Antóni, que había salido para revisar la montaña, la había visto. Exactamente como en el sueño que tiempo después contaría a Pietro.

Bastiana bajó de la altura pasando por debajo de una cuesta de rocas desmoronadizas que el agua recubría como una película. Un trueno retumbó feroz en la oscuridad que ya era total. Sintió sobre ella que algo se movía, luego la entera masa se le vino encima. Un segundo antes de ser arrollada le pareció escuchar un grito desesperado, casi un aullido; la voz era la de

Filippo. Luego todo terminó.

Bernardina pasea en el jardín con Antóni, es de mañana y él quiere tomar un poco de aire. Necesita respirar a pleno pulmón, mirar el bosque y sentir su olor.

«Antóni, perdona si te pregunto, pero la historia de aquel Gaetano... Nos has contado muy poco, ¿puedes decirme algo más sobre él?»

«Hm», hizo Antóni parándose frente al grande olmo y apoyándose en él con una mano, como si quisiera sentir fluir la savia y sus yemas pudieran sorber la fuerza del árbol. Entrecerró los ojos, asumiendo una expresión amargada. «Preferiría no hablar de él. Todo el tiempo me culpa de algo que no cometí. Entiendo su sufrimiento, pero no acepto que me acuse de cosas absurdas. Piensa que yo soy un mafioso que vino a matarlo. Es un paranoico. De todas formas no me contó mucho sobre él. No sé que hacía en Sicilia ni por qué la mafia lo quería muerto. Además, hace mucho que no lo veo.»

Sonríe amargamente y Bernardina cambia de tema.

«Háblame de Chircu...»

Antóni despega la mano del árbol y da unos pasos lentos por el jardín sin volverse.

«Chircu es uno de mis preferidos. Estoy preocupado por él.»

«¿Él tampoco ha vuelto?»

«No, tampoco. Desde que estalló de esa manera, nunca más... A propósito, ¿tú sabes quién es Burráli?»

Bernardina sacude la cabeza. «Yo no lo sé, hay que preguntarle a Raimondo, pero el nombre me resulta familiar. ¿Por qué lo has nombrado? ¿Chircu te dijo algo sobre él?»

«A decir verdad, no me ha dicho mucho. Creo que Chircu se culpa de algo, pero no sé bien, no habla claro. Sé que sufre, pero no deja que le ayude. Me gustaría descubrir lo que le pasó, quisiera que él encontrara la paz.»

«Preguntaremos. Si quieres podemos incluso buscar a este Burráli y preguntarle a él... Y sobre Marco, el niño que soñaba con volver a escuchar a su madre cantar, ¿que más sabes? ¿Qué le pasó a él?»

«No sé, nunca me lo ha dicho, él sigue diciendo que nunca nació...»

«¿Todavía viene a verte?»

Antóni se detiene como para mirarla a los ojos, pero su mirada se para más allá de sus espaldas. Sonríe.

«Siempre.»

Bernardina, sin querer, tiene una sensación de escalofrío, los vellos del cuello se le erizan, resiste a duras penas la tentación de volverse.

Años de los cuales nadie habló, años en los cuales nadie vivió, y estos, sobre los cuales es imposible pensar. Todo se hace más complicado apenas se le presta atención. Antro sepultado por la montaña y por los hombres, removido en el torpe intento de olvidarle, y al final exhumado por el continuo evocar.

¿Pero quién quiere oír hablar de este pueblo? Ya ha provocado bastante dolor, se da cuenta Pietro, perdido en su experimento de recordar un pasado borroso; un pueblo que ya antes de desaparecer lo había rechazado y renegado. Quién había sido el primero en repudiar al otro era algo difícil de averiguar, pero sólo uno estaba angustiado por la culpa. Por no haber hecho y no haber entendido. Y ahora que todo había desaparecido, parece imposible poner remedio a estos errores.

Antóni lo entiende bien, le pasan por delante tantas caras, todas con la misma mirada desesperada y con pinta de culpable; y él también, al escuchar, se siente en parte reo. Entonces empieza a contar y le parece que la tensión se afloja: no son sólo los miedos los que se pueden exorcizar. Antóni siente que cada una de esas personas, vivas o muertas, cargan con un peso en la conciencia del cual no consiguen deshacerse. Estos inmensos aparatos pensantes no pueden dirimir las contiendas que enfrentan sus débiles almas.

Hasta Chircu, el único que parecía haber vivido en armonía con sí mismo y con los demás, en aquel último encuentro se lo había demostrado. Él también cargaba pesos, culpas y sufrimientos desmesurados.

¿Puede un hombre soportar semejantes angustias? Somos unos inusitados catalizadores del dolor, nuestra piel se lacera, y aún más se lacera nuestra interioridad. Hay heridas del alma que no son fáciles de coser, y aunque se pueda, son sólo remiendos feos a la vista y que a menudo duelen. Antóni necesitaría saber qué le pasó a Chircu, comprender: la tristeza de Bacchisio y de su querida Maura, de la vieja Filomena, del pequeño Marco, de Bastiana y su hermanito Filippo, del siciliano Gaetano, del viejo Bainzu y de todos los supervivientes de Antro. Descubrir qué les pasó, qué le pasó al mundo, en dónde se perdió...

Mientras tanto crece en los de Antro un odio por el ingeniero Benedetti. Así pasa a veces, cuando no se consiguen resolver los propios dilemas, se busca alguien con quien desquitarse.

Benedetti, empresario sin escrúpulos que había comprado toda Antro por cuatro reales y que en su lugar estaba construyendo una urbanización con la cual ganaría cien veces más, era el chivo expiatorio ideal. Pero a él poco le importaba, era un hombre sin escrúpulos, capaz de violar una montaña. Y lo había hecho: atándola, barriéndola, excavándola y destripándola. «¡Para asegurarla!», había dicho él. Había sido capaz de comprar personas, sus almas, para luego comérselas. Era un diablo, un espíritu corrompido, apóstol perfecto del dios dinero.

Pero junto a él, en los mismísimos círculos del infierno, merecían estar todos los que habían vendido sus propiedades, o aquellos que habían cometido pecados tales como para suscitar la cólera de la montaña. ¡Porque no era por casualidad que ella se había volcado sobre el pueblo!

Antro llevaba años sin ser el mismo. Sus bosques se hacían más ralos y se enfermaban. La gente cortaba los árboles, los quemaba, a veces por razones banales. Por fastidiar a uno, por rabia contra otro, por un poco de leña a buen precio, o para construir en sus lugares una casita nueva, para hacer una carretera, o para plantar un huerto y cultivar verduras. Tantos motivos, todos sin tener en cuenta a la montaña.

Y, puede que por haber sido traicionada y violada, al final ella se había rebelado, vengándose con poca clemencia. Ahora, para esos pocos supervivientes, y quizás también para los muertos, lo más importante era poder olvidar, adormecer sus conciencias, borrar la memoria, y si todavía quedaba algo, desquitarse con los demás.

Esta vez, Antóni quería pasear por el bosque. Era una cálida mañana de principios de septiembre, las fuerzas eran buenas y las piernas aguantaban. La luz bondadosa del sol lo bronceaba, calentándole hasta los huesos que tanto frío habían pasado bajo los escombros.

Pietro estaba con él. Un hombre privado de recuerdos y el guardián de la memoria, unidos en una amistad que iba mucho más allá de la necesidad de saber del uno y las ganas de contar del otro.

Los dos decidieron seguir por un rato el sendero que llegaba hasta Antro, pero sin alcanzarlo. Los trabajos de construcción de la nueva urbanización continuaban y ellos no querían ver aquello en lo que Antro se iba convirtiendo. Semejante visión habría sido difícil de soportar.

Era domingo, la obra estaba parada y el silencio era absoluto. En Occiduo el tráfico era exiguo y, una vez que subieron de cota, pareció nulo. No se oían más coches ni gritos de personas, sólo la brisa del viento y algunos cantos de pájaros. Era un día luminoso y sereno. Las viudas negras escondidas entre los matorrales sacudían de sus telarañas el rocío, como para despertarse a sí mismas de los sueños que todavía demoraban en el límite de sus conciencias; pequeñas perlas de agua llovían sobre el terreno que las sorbía ansioso, mientras las arañas se preparaban, en paciente espera. En sus espesas tramas de seda dispuestas entre las ramas como unas ligeras nieblas, ellas elegían un rincón escondido y oscuro en el cual dejar correr las horas del día. Y quién sabe qué pensamientos tenían y cuántas reflexiones en la tediosa espera que se secase el rocío, en el lento desplazamiento del sol, hasta un nuevo depósito de escarcha.

Pietro levantó la cabeza. En el silencio protector de la montaña se había producido una resonancia acompasada y baja, un respirar quedo, que parecía separado del resto del mundo. Cualquier otro débil sonido parecía llegar desde fuera, de una dimensión alternativa e incierta, para desvanecerse en éste. Era un poderoso y repetido desplazamiento de aire, provocado por el hermoso batir de alas de una numerosa bandada de cornejas. ¡Nunca había visto tantas! Venían volando bajas y mudas en el silencio de esa fresca mañana, tocando el viento con sus plumas; un ritmo plácido en una corta

extensión del cielo. Ese sonido le pareció a Pietro la melodía más bonita que jamás hubiera escuchado, aunque sólo fueran cornejas. Sí, pero podía sentir ese vuelo mientras que el resto del mundo callaba, con su murmullo continuo, sus claxon, sus ruidos de motores, su parlotear veloz.

Contrariamente, esta era una perfección de notas, una armonía en consonancia con la totalidad. Una inmersión participe de los secretos de la montaña en uno de sus innumerables aspectos. Una cosa banal, aunque rara, como un volar bajo de cornejas, que producían un sonido bello e irrepetible. Las alas iban tocando el cielo y el viento: ellas eran las notas, y estos el pentagrama.

Finalmente, mirando hacia arriba entre las ramas de los árboles, justo encima de su cabeza, las vio. Atravesaban el éter sin alguna premura en formación compacta y ordenada, una mancha negra que se desparramaba libre en el aire sin dejar rastro. Pietro imaginó ser una de ellas y se perdió ligero en el vuelo mientras una sensación de humana soledad lo alejaba de los problemas de esta tierra.

Antóni, cómplice de una misma experiencia le hizo señal de avanzar. La subida se hizo todavía más empinada, cruzaron una primera vez la carretera asfaltada que cortaba el sendero trepando por la cresta sucesiva, después la cruzaron una segunda. La bandada de cornejas les sobrevoló varias veces, llegando desde direcciones siempre distintas. No parecía moverse por una razón en específico, sino que parecía el azar la llevara por toda la cúpula celeste. Los dos transeúntes a ratos se paraban a escuchar: cerrando los ojos se imaginaban estar allí arriba volando junto a sus compañeras, con las puntas de las alas que rozaban el aire empujándolo contra el suelo, donde otros animales se inmovilizaban, sorprendidos.

De pronto llegaron más o menos donde la pequeña Bastiana se había perdido ese fatídico día. Pasaron bajo un gran nogal. Allí de hecho el sendero se hacía menos marcado, repentinamente giraba hacia la derecha y se debía tener cuidado para no perderse. Decidieron volver atrás; si hubiesen proseguido, habrían salido al área aplanada en la que estuvo Pietro hacía dos meses, donde en lugar de la vieja Antro de piedra o del paisaje lunar, encontrarían la nueva Antro, el aborto concebido por Benedetti.

Apenas se alejaron, el nogal bajo el cual habían pasado suspiró y decidió no decir a nadie a quién había visto cruzar, entonces se quedó en silencio e inmóvil, esperando a que nadie le hiciera preguntas. Para no darse a notar, con su inmovilidad se opuso al intento de la brisa de sacudir sus frondas; se había

agarrotado tanto, que éstas parecían apuntadas al cielo con invisibles agujas. De este modo acabó llamando aún más la atención y el viento pasó a interrogarlo. Eso lo asustó tanto, que perdió todas las hojas y quedó despojado de todo secreto.

Pietro sabía que la urbanización empezada en Antro proseguía a buen ritmo, por eso había preferido quedarse lejos y no ver. También para Antóni era mejor así. La misma opinión tenían los demás supervivientes del desmoronamiento, quienes evitaban bien de ir allí. Ninguno de ellos tenía ganas de ver cómo era la urbanización que se iba construyendo sobre los restos de la vieja Antro.

Pietro y Antóni volvieron a casa mucho antes del mediodía y ayudaron a Bernardina a preparar la comida. Los tres estaban de buen humor, como no se sentían desde hacía tiempo y la comida empezó en medio de un clima de alegría y complicidad.

Pronto Bernardina preguntó a Antóni qué se sentía al estar tantos días bajo tierra.

«¿Qué se siente?», repitió Antóni. «No sé... Los primeros días los pasé casi enteramente en estado de inconsciencia, no sé si me dormía o si me desmayaba por el hambre, la sed y el dolor. Algunas veces dudaba de estar vivo. No conseguía tener una clara percepción de mi cuerpo, aún menos del lugar en el que me encontraba. Ni me daba cuenta del pasar de las horas, estaba como suspendido en un sueño donde el tiempo no fluye de manera normal. Ésas que para mí eran horas podían ser instantes, o viceversa, y yo no conseguía distinguir la diferencia. Los días a veces pasaban en un momento, otros se hacían eternos, pero a causa de la marea de sensaciones y cuentos que he vivido y escuchado, es como si hubiera estado allí tres años.»

«Te hacían compañía...» empezó Pietro, pero se interrumpió por no saber cómo continuar.

«Si, los de Antro nunca me dejaron solo. Yo los escuchaba: a ellos, al parloteo de la tierra, al canto de las piedras y al silbido del viento.»

«¿Pasaste frío?» preguntó Bernardina.

«Mucho. Era una de las pocas percepciones físicas que distinguía claramente. Además del olfato.»

«¿Por qué, qué olor percibías?»

«Sentía el olor del polvo, del moho, y de la tierra mojada. He respirado tanto polvo que reconozco su sabor...»

«¿Nunca tuviste miedo de no salir de allí?» preguntó Pietro,

entrecerrando sin querer los ojos.

«Nunca. Sabía que no podría morir. Estaba imposibilitado para hacerlo; demasiados acontecimientos sin resolver me tenían atado a la vida, y no tenía sentido morir. Si hubiera muerto, se habría abierto otra brecha, más grande que la primera».

«¿Qué brecha?» preguntó Bernardina, perpleja.

Antóni sacudió la cabeza, como si tampoco él mismo supiera lo que acababa de decir, y Pietro entonces cambió de nuevo el tema de conversación, llevándola hacia argumentos más ligeros y alegres.

Esa tarde vinieron a verlos Raimondo, su tío Fernando y *ziu* Franciscu. Vino incluso el padre del desaparecido Paolo, que se fue pronto, siempre sin hablar. Pietro había intentado varias veces acercarse para hacerle preguntas, pero sin resultados. Esperaba que no fuera por culpa de su profesión: la gente era muy precavida con respecto a su categoría, aunque él no era el tipo de periodista que especulaba a costa de los demás, y quizás por esto acababa siendo un periodista muy poco considerado.

Mientras tanto, los demás contaban unas historias, a veces siguiendo turnos imaginarios y otras veces secundando la inspiración del momento. *Ziu* Franciscu se agitaba en la silla; parecía querer participar él también, pero algo lo retenía. Después de la muerte de su mujer en el derrumbamiento, no había querido contar jamás sus famosos cuentos. Hacía tiempo que nadie oía su voz baja y profunda. Ya era muy extraño que hubiera ido allí. Quizás acudió con la esperanza que Antóni narrara algo de su esposa, cualquier anécdota, incluso la más banal. Ella había sido una gran mujer, de fuerte personalidad. Pero el desenterrado no había recogido nada sobre ella, los “espíritus” hablaban más que nada de sus problemas y de los sentimientos de culpa que sentían por lo que había sucedido, como si por una razón u otra el desmoronamiento se les pudiese imputar a ellos.

En la casa la atmósfera era de convivencia. Sí, las historias de Antóni continuaban sin corresponder mucho a la realidad, pero era bonito escucharlo.

En ese momento llegó Bacchisio.

Antóni empezó a contar una historia que atañía a Maura. Bacchisio lo escuchó en silencio. En ese cuento en particular él tenía un papel importante, y era evidente el amor que la joven debía haber sentido por él. Apenas el desenterrado terminó de hablar, se produjo un extraño silencio y todos miraron al chico, incluso Antóni.

Estaban en la cocina delante una taza de café, como de costumbre.

Bacchisio se movió avergonzado, luego se acercó a la ventana, mirando hacia afuera se armó de coraje y empezó a contar.

«Yo vivía al final de Antro, en el punto más bajo, y Maura en la parte alta, un poco antes de la iglesia. Cada día yo subía a pie por la carretera que llevaba desde mi casa a la suya. Pasaba por el centro, la plaza, y la casa de Rosina. Subía con el corazón latiendo fuerte, con una agitación que no podía controlar y que me quitaba el aliento. A cada paso me gritaba a mí mismo que volviera atrás, pero una fuerza irresistible me arrastraba hacia adelante.

»Moría de ganas de encontrar a Maura, verla aunque solo por un instante, o sentir su olor. Nunca había sentido su olor, pero estaba seguro de poderlo reconocer, aunque sabía que no tendría jamás el coraje de acercarme tanto. Al llegar a la plaza me habría tirado al suelo y puesto a llorar golpeando la piedra con los puños.

»Los clientes del bar y los viejos apoyados en el muro me miraban con sarcasmo: los primeros con la nariz y los ojos rojos por el vino, los pensamientos nublados por el alcohol; los segundos con arrugas dirigidas hacia mí y la mente lúbrica flotando hacia Maura, en la punta de sus lenguas ondeaban bromas lascivas que nunca habría podido repetir: la experiencia los aprovisionaba de increíble cognición sobre el tema, que la abstinencia, mezclaba con los conceptos más perversos. Sus burlas eran obscenidades que demolían mis últimas fuerzas.

»Pasaba delante de la casa de Rosina balanceándome como un borracho. Buscaba en mí las últimas energías, diciéndome que las palabras de esos viejos no podían ser ciertas y que mis propósitos eran puros. Al divisar a Rosina sentía mis zapatos pegarse al camino, y la mirada de su madre, malévola más allá de cualquier límite, me doblaba la espalda. La subida se hacía más pesada y ardua, la voluntad de esas dos brujas me detenía por los ojos y por el cabello. Y oía la voz de Rosina en mi mente que decía: “Ven conmigo. ¡Ven conmigo!” Si continuaba pasando por allí era por culpa de sus artimañas mágicas y por un propósito mío, no quería que se mofaran de mí por cambiar la trayectoria.

»Me marchaba mordiendo el aire para salir de esa trampa, y cuando adelantaba una curva recobraba aliento. Mi mente volvía hacia Maura, y yo me daba coraje, me decía a mí mismo que esta vez no sólo la hubiera visto, sino también la habría llamado para invitarla a salir... y sólo al pensar en estar a su vera me entraban una desmesurada ansia y unas palpitaciones, tropezaba en la calle, y casi me caía.

»Algunas veces, en la euforia de un momento, recogía una granada o un limón, a menudo una flor, para mi Maura. Esta vez, me decía, se la daré y ella me abrazará diciéndome que hacía mucho que me esperaba; pero cuando llegaba delante de su casa, me detenía.

»La mayoría de las veces no la veía, estaba dentro de su campana de cristal; entonces, daba vueltas alrededor de su casa hasta que sus hermanos me veían y empezaban a mirarme con mala cara. O si no, salía su padre para ir a quién sabe dónde, y yo desistía. Otras veces estaba asomada a la ventana o sentada delante de la puerta. Sorbía un té o le infundía vida a una libélula que alzaba el vuelo desde sus manos. Apenas miraba hacia mí, las piernas se me doblaban, y por no precipitarme al suelo, yo me volvía con rabia. Ella después parecía decepcionada por mi gesto, y apenas la volvía a mirar, bajaba la cara. Entonces, yo con mi granada en el bolsillo, una flor aplastada entre los dedos o las uñas clavadas en el limón, temblando, me iba.»

Bacchisio se calló, el aire todavía vibraba por sus palabras rabiosas y de implícito reproche por su timidez absurda, su incapacidad congénita para relacionarse con una mujer: un ser cuya naturaleza sublime los hombres no pueden comprender porque no pertenece a este mundo, y quien dice lo contrario es un necio.

Antóni miraba hacia un punto situado a su izquierda; sus ojos resplandecían. Maura había estado allí escuchando, conmovida, y ahora estaba casi incrédula. Ella que todo se había inventado creyendo no ser correspondida. Bacchisio nunca había sido su novio, ni había estado presente para intentar salvarla ese día. Todo eso ella sólo lo había soñado. Y ahora... Saber que habría podido ser verdad...

Miraba conmovida a ese chico, tan enamorado y tímido que lloraba al recordarla.

Tampoco hablaba Maura. Se sentía triste y feliz al mismo tiempo, no sabía cómo manejar estas dos emociones; bien habría llorado por ambas, pero ninguna lágrima pudo salir de su cérica cara.

«El día del desmoronamiento yo no me encontraba en Antro. Cuando me dijeron de su muerte, me enfermé. Me sentía culpable, pensaba que si hubiera estado, la habría podido salvar haciéndola salir de casa, ayudándola a trepar sobre un techo, todo a costa de sacrificarme».

Todos enmudecieron, no osaron comentar nada. En su voz se advertía un timbre cercano al llanto.

«Yo no sabía qué significaba amar hasta que lo conocí. Quería decir sufrir, vivir con el ansia en el corazón, con los segundos que trascurren eternos a la espera de verlo. Piensas y vuelves a pensar en tu cabeza todas las cosas que hacer y qué decir en el momento en que lo veas, aunque sabes que no dirás o harás ninguna. De hecho, las mil situaciones que te construyes en la mente no se realizan nunca. En la realidad todo es diferente, todo se complica por absurdos imprevistos que, aunque mínimos, derriban tu voluntad o te impiden la acción. Las bellas frases que te habían venido a la cabeza, repentinamente, suenan ridículas.

»¿Por qué nunca pasa antes? Por lo menos se tendría tiempo para pensar en otras. Esperas horas o también días para tener una mínima ocasión, luego todo se esfuma en un instante.

»Bacchisio vino, llegó hasta a mi casa, me vio, yo habría querido hacerle un gesto y salir para hablarle, pero él se dio la vuelta rápido, con desprecio. Luego lo he visto irse y arrojar un fruto contra un muro. ¿Tanto asco yo le daba?

»Otro día, apenas lo vi llegar por la subida, me puse los zapatos y salí, pero él ya no se veía por ninguna parte. Volví adentro, recorrí las habitaciones mirando por cada ventana: ¿Era posible que él le diera la vuelta a la casa y por eso no consiguiéramos vernos? Salí de nuevo dando una vuelta entera al edificio y no lo vi. Una vez de vuelta en casa me encerré en mi cuarto a llorar. ¡Muy a menudo me pasó algo parecido!

»Iba al mercado esperando encontrarlo, pero, cuando sucedía, siempre había alguien. Mis hermanos y mi padre, que eran muy celosos, me vigilaban y no me dejaban acercarse a nadie. Y además a menudo estaba ella, Rosina... Más de una vez la vi hablar con Bacchisio. Quién sabe qué cosas le decía, toda adornada con pendientes y colgantes, rociada de perfumes de hadas, bálsamos embrujados e infusiones mágicas. Con esos cabellos corvinos peinados hacia atrás y atados con horquillas, listones y diademas de colores que utilizaba como amuletos. Sonreía siempre, con sus labios carnosos y llameantes, y aquellos ojos verdes que sólo para mí se ponían lívidos. Lanzaba hechizos como si dijera el rosario, desgranando las palabras con entonación suave.

»El suyo era un canto de sirena en el que yo misma me habría perdido si no hubiera sido mujer. Tenía una voz bonita y esa manera de reír revoloteándole a su alrededor, rociándolo de sus efluvios y llenando su vista, ¡habría seducido a cualquiera!

»Su vestimenta chapada a la antigua con estrechos corpiños y faldas largas y aquellos dulces tobillos, que de vez en cuando se entreveían cuando se estiraba para ponerse de puntillas y hacer una pirueta, no dejaban salida alguna: uno estaba obligado a naufragar en sus engaños. Ella captaba las miradas de todos los hombres del pueblo y yo, que me sentía menos bella, insignificante a comparación suya, sentía una clara envidia, por su bailar provocativo mientras se movía, por su cantar de sirena cuando hablaba...

»El primer día del temporal los vi. Estaban delante de la casa de aquella bruja, y ella ayudaba a Bacchisio a elevarse sosteniéndolo por las manos, mientras él reía, embriagado por sus aromas femeninos. ¡Quién sabe a qué estarían jugando!

»Yo pasé de cerca casi volando, por detrás, y él no me vio. Rosina sí me vio y me sonrió con aquellos ojos de gata, de repente convertidos en láminas de hielo. Abrazándolo fuerte lo atrajo hacia sí, echándole su cálido aliento en el cuello. Juro haber visto su aliento salir de ella como humo de incienso y envolver a Bacchisio como si estuviera dotado de vida propia. ¡Él de nuevo casi tropezó!

»Dí la vuelta a la esquina y subí hacia mi casa pasando por otra carretera, mucho más larga. Lloré durante tres días. Ya no había nada más que entender, para mí era evidente. Aquellos dos se amaban.

»La cuarta noche de lluvia, los truenos hacían temblar las ventanas, parecía quebrarse el cielo, o era mi corazón en el pecho el que se laceraba. Continuaba lloviendo, ¡y yo derramaba más y más lágrimas! Después del desastre tuve hasta la duda de si la montaña se había derrumbado por mi culpa, por lo menos por solidarizarse conmigo. ¿Podía esa sencilla tierra soportar todo ese dolor? Yo, seguramente, no podía.

»En un preciso momento escuché un estruendo y se fue la luz. Mi padre nos gritó que subiéramos a la planta superior y subimos todos, pero yo cambié de idea y retrocedí. Una segunda explosión y una especie de bombardeo se sucedieron. Abrí la puerta trasera de casa, aquella que daba hacia la montaña. Mis familiares intentaron llamarme, puede que alguien haya incluso bajado a buscarme. No me oyeron salir, ni podían imaginar, tampoco tuvieron tiempo de revisar la calle. Todos ellos se salvaron.

»Yo, una vez que llegué afuera, tiré la puerta a mis espaldas, di algunos pasos por la vía empinada y luego me detuve, cerrando los ojos. El agua desde el cielo me golpeaba de lleno, pero para mí aquellas gotas eran sus besos: cada gota, uno de ellos.

»Reí contenta y me llevé uno a los labios, con el índice. Luego llegó lo que se había desprendido de la montaña, con un ruido como de caballos en una carrera. Imaginé que era él corriendo hacia mí, mi Bacchisio. Sin embargo, era una miríada de peñascos de todas las dimensiones y barro, tanto barro, que se me vinieron encima. Pero yo imaginé que era su abrazo, y lo correspondí, estrechándolo fuerte contra mí.

»Todo duró nada más que unos instantes. Mil besos, uno en los labios. Y el abrazo, mortal pero cálido.

»Y bien, era esto lo que yo quería, su abrazo o la muerte, y los había obtenido a ambos. Tienen que disculparme por haberme suicidado. Tienes que perdonarme, Bacchisio, por no haber entendido. Aquella vez sólo te habías tropezado en el hoyo delante de la casa de esa bruja, y ella había aprovechado la ocasión para jugarme una mala pasada. Ahora lo sé, yo también tropecé en ese hoyo. Pero ahora, saber que tú me amabas y que quizás seguirás haciéndolo por mucho tiempo, me consuela. Sólo que no quiero que viertas ni una lágrima más... ¡Fuimos unos estúpidos!

»Ahora no puedo decir que estoy contenta, pero por lo menos puedo parar de reprocharme el haber amado por nada; y además un día nos reencontraremos, y esta vez tu abrazo no será de muerte, y el beso que te daré será para siempre.»

El espíritu de Maura se acercó a Bacchisio, le apoyó una mano en el hombro y le sonrió, o quizás lloró, pues desapareció. Él no se había dado cuenta de nada. Un temblor le atravesó los miembros y sintió un olor que no había sentido nunca, pero que reconoció. Levantó la cabeza y miró hacia el punto en el que ella había desaparecido, y casi le pareció verla mientras se desvanecía. Luego, sólo quedó su olor.

Ella había desaparecido sin decirle a nadie, tampoco a Antóni que era el único que podía oírla, la verdad sobre su suicidio. Que se había suicidado porque estaba desesperada, creyendo no ser amada, por forjar tantos sueños que pronto se habían destrozado. Se había imaginado a su Bacchisio casado y entre los brazos de Rosina, porque en los suyos ya no había esperanzas, sobre todo después lo que había visto ese primer día de lluvia.

¡Si hubiese sabido antes lo que conocía ahora!

Aquí, en la verdadera historia de Maura, estaba el rastro de lo que había visto y después soñado Antóni unos meses antes. Ella era la mujer que abrazaba la lluvia, estrechando contra sí a “su” Bacchisio.

Hacía mucho calor, la presencia de tantas personas en la cocina contribuía a aumentarlo, y todos sudaban tensos. Sólo Bacchisio, delante de la ventana abierta, sentía el fresco de una ligera brisa.

Para aligerar la tensión, *ziu* Franciscu se puso de pie y tosió. Tenía su habitual gorro gris en la cabeza. Era esto lo que más lo distinguía, una especie de apéndice que se acoplaba de manera perfecta a la forma y la dimensión de su cabeza, y si sus cabellos estaban aplanados, no parecían estarlo como consecuencia del gorro, sino por la intención de hacerlo encajar mejor. Aquellos cabellos eran ralos y aplastados, casi del mismo color, y cuando él se quitaba el gorro, parecía que debajo había una cofia reteniéndolos. Se quedaban pegados a la nuca, húmedos y en espera: no estaban habituados a quedarse bajo la luz del sol. Quizás, a causa de todos los años en los que se habían quedado bajo ese gorro, ya no podían resistir sin él; él los mantenía, los calentaba, y al mismo tiempo los hacía reducir de número, los dejaba húmedos y aplastados. Cuando *ziu* Franciscu se volvía a poner el gorro, sus cabellos ni se movían, y el gorro bajaba, adhiriéndose perfectamente y produciendo un flojo “ffiuuh”, que era como un saludo.

El viejo llevaba ropas simples: pantalones de tejido marrón, una camisa de manga corta con una camiseta sin mangas debajo, y encima un chaleco oscuro, pero esta indumentaria no poseía el alma de la que estaba dotado el gorro.

Tiempo atrás *ziu* Franciscu había sido el cuentacuentos de Antro. Generaciones enteras se habían quedado escuchándole en su taller de zapatero, incluso Bacchisio, que era su nieto y uno de los espectadores más asiduos.

Pero con la muerte de su mujer el día del desmoronamiento, *ziu* Franciscu se había aislado, negándose a retomar su propia vida ordinaria. Había dejado de arreglar zapatos, de rehacer tacones, de coser el cuero: el taller ya no existía y él no había vuelto jamás a contar sus historias.

Historias de gente de Antro, del pasado, de brujas, animales monstruosos que vagaban por las montañas, bandidos, diablos, *janas*¹⁸. Cuentos de la tradición mezclados con anécdotas sobre personajes históricos – por decirlo así – de Antro. Como el loco nombrado Muriscuvó, que andaba por el pueblo

delirando y presagiando desgracias, disfrazado de ogro y arrastrando cadenas; que odiaba a los curas, pero dormía en el atrio de la iglesia, advirtiendo a cualquiera que quisiera entrar que el edificio estaba a punto de derrumbarse o que el cura era un demonio antropófago que pronto los devoraría. Sobre la escalinata hacía su contra-sermón, que retomaba a la perfección las palabras del cura, como si las hubiese escuchado, y las comentaba.

El viejo antaño contaba sobre pastores que vivían en *pinnetos*^[9] lejanos del pueblo y regresaban a casa después de meses de soledad en la montaña, aunque quedándose con la mente en “aquellos” lugares remotos – donde conocían cada especie de espíritu o de hada, donde desafiaban bandidos en fuga, zorros hambrientos de jóvenes corderos, garduñas, ladrones de ganado – deviniendo en hombres diferentes a los demás, más salvajes.

En aquellos lugares, donde habían aprendido reglas sociales y morales más estrictas de las que regían en otras partes, la palabra de semejantes individuos, una vez pronunciada, se daba por hecho. Conocían la venganza y la aplicaban sin indulgencia, a despecho del pasar de los años. Eran hombres con espíritu demoníaco, con cuerpos que se hacían uno con la montaña, hechos de piedra y de viento; en sus pechos soplaba el maestral, como soplaba dentro de esas mismas rocas huecas, típicas de esas tierras. Pero también eran humanos estos golems espantosos y firmes, y se apiadaban y se enamoraban más que cualquiera, sólo que no lo mostraban, sobre todo en el segundo caso, porque para estos hombres, aún más que para los otros, las mujeres eran un misterio inescrutable de la creación.

Ziu Franciscu antaño habló también de las “Mujeres”, como si fuese un demiurgo asombrado por algo que no había creado él, y no se explicase quién pudiera haber sido capaz de tanta perfección; hablaba de ellas con un canto mágico en la voz ronca, narrando historias de madres fuertes que habían soportado todo tipo de dolor, que se habían sacrificado con abnegación, más allá de lo que era humanamente soportable. Mujeres cuya belleza tenía dominio sobre los vientos y el sol, que paseaban etéreas entre las nuragas y hacían florecer el azafrán por doquier, con una mirada; a quienes los zorros obedecían, los ciervos les presentaban sus respetos y alrededor de las cuales los halcones revoloteaban. Mujeres amantes o amadas, hijas o madres, cuya mirada estaba siempre dirigida hacia los lugares remotos en los que estaban sus hijos o sus amores.

Una madre anciana pensaba en su primogénito que vivía en la ciudad y se contrariaba por el tráfico que veía correr en su mente, por el aire que sabía

contaminado; sonreía por el hijo que tenía la casa cerca del mar y enseñaba a nadar a sus hijos, se imaginaba ella también entre las olas dando brazadas y luego secándose bajo el sol; se quedaba con los hombros arqueados sobre los libros de una nieta que en la universidad estudiaba leyes, pero que nunca dejaba de alegrarla con una larga carta; luego iba veloz hacia aquel hijo lejano que vivía en un país extranjero y se preguntaba cómo podía estar separado de esta tierra. Para ella, alejarse habría sido como quitarse el corazón. No, quizás ése no, porque estaba totalmente consagrado al amor por sus hijos y nietos; habría sido como amputarle las piernas, que seguro se habrían quedado plantadas en este pedregal, y moverse en aquel país extranjero se habría convertido para ella en un lento arrastrarse.

Regresaba al final con la mirada puesta en su casa y en su viejo marido, imaginando sus pensamientos proyectados asimismo hacia otro sitio, y nostálgicos a su vez, pues el idéntico amor por sus hijos y nietos los unía. Y ella amaba a su hombre, con un amor antiguo que hoy día es difícil entender. Lo veía envejecer a su lado, y no necesitaba observarse las manos, o pasárselas sobre la cara llena de arrugas, para darse cuenta que había envejecido ella también.

De todas estas mujeres el hombre hablaba, y se reconocía en el hijo, en el padre, en el nieto, en un simple conocido o en un modesto transeúnte. Y ahora *ziu* Franciscu, portavoz de antiguas historias, se levantó y empezó a contar con una sonrisa dibujada en la cara. Su voz era una flauta mágica, y todos se quedaron para escucharle, incluso Bacchisio, el cual parecía haber vuelto a ser niño. Sintió que el tiempo tenía la propiedad de volver atrás, más de lo que podía pensarse, y secundó este retroceso melifluido entrecerrando los ojos. Se quedó entonces sentado en el taller del abuelo, entre tantos objetos extraños y el fuerte olor a cuero, resinas, herrumbres...

Terminado el cuento, abuelo y nieto se fueron juntos, y todavía por el camino el viejo hablaba y el otro escuchaba en silencio, buscando alivio en lo que oía.

Cuando estaba bajo los escombros el fantasma venía a llamarlo todas las noches. No pudiéndolo seguir con su propio cuerpo, encastrado y adormecido, Antóni se veía obligado a seguirlo sin él, descascarillándose fuera de sus propios restos mortales. Seguía a Chircu por los caminos de esa Antro que ya no era nada, por las carreteras que habían cesado de existir, pero que tan vívidas quedaban en la memoria de su acompañante, que las recorría con infinita seguridad, como si nada hubiese cambiado y todo aún estuviese allí. Hasta Antóni parecía verla de nuevo, e invadido por un arrebató interno, se perdía por los adoquinados desaparecidos y entre paredes de edificios ausentes.

Pasaban bajo el arco de piedra delante de la casa de Coghera, daban vuelta a la derecha afrontando la subida hasta la plaza, y la cruzaban, superando el bar de los hermanos Cugusa.

No tropezaban en el hoyo frente a la casa de Rosina, hecho a propósito para hacer que los hombres se cayeran; proseguían por las empinadas callejuelas empedradas sin encontrar a nadie. Sin embargo, ¡esas calles tenían vida! Allí aleteaban presencias imposibilitadas de alejarse, ya que, aun cuando habían sido olvidadas por los hombres, estaban grabadas en la memoria de las cosas.

Cada paso dado había consumido el basalto, el esquisto, la toba, que de esta forma simple y honesta habían guardado el recuerdo: cada gota de sudor derramada, de sangre o de malhumor, todo había sido grabado por esa piedra y ese mortero. Por mucho que el sol haga evaporar los humores o la lluvia los lave y el viento los barra, alguna partícula queda siempre.

Antóni y la sombra se desplazaban por esta revisión de memoria. Sus andares no estaban cargados de fatigas ni de sensaciones físicas, no advertían frío ni calor, aún menos se sentían cansados. Lo empinado de una subida no los hacía jadear, y tampoco pesaba en sus ánimos. A mitad del recorrido intentaban siempre tomar un membrillo, cada vez el mismo, que se apartaba alejándose. Su fuerte perfume dulzón era advertido por el recuerdo: por eso era áspero en su doble esencia.

Pasaban en frente de la iglesia blanca, cuya figura espectral les esperaba

escarnecedora, y la superaban con paso resignado, evitando darse vuelta y sintiendo por un largo rato el eco de sus risas. Luego salían a un campo de tierra removida, en el cual la desolación hacía de fondo a sus pasos, apenas amortiguados por el polvo y la incorporeidad de sus naturalezas.

Sólo una vez vieron a un hombre en aquel campo: excavaba con la cabeza gacha como un obseso, de su azada saltaban chispas y él sonreía loco de rabia. Detrás de él, una hierba color esmeralda brotaba maliciosa desde el suelo recubriendo el campo y agitándose como un manto de animal vivo, pelos dotados de una conciencia ínfima y raíces finísimas que se propagaban como una plaga bajo el polvo. Aquella vez el campo ofreció la vista más desoladora. Puede que fuese por la presencia inopinada de ese individuo o por la malicia de aquella hierba: no era posible establecerlo.

Luego superaron una parte desmoronadiza y abrupta, casi flotándole encima, encontrando equilibrio en la precariedad: el cuerpo se proyectaba hacia arriba, contradiciendo al sentido común y a la física. Pasada esta cuesta, trepar por la roca viva, con las uñas y con los dientes, los brazos como patas de arañas provistas de púas y de ventosas, parecía exento de dificultades, y no hacía falta tampoco hacer palanca en las grietas, tener cuidado con los musgos escurridizos, con las salientes que se desmenuzaban; no hacía falta tener cuidado con nada, era la levedad misma de sus pensamientos la que los arrastraba hacia arriba, y la que les hacía superar los obstáculos, como hacen las sombras de las nubes cuando corren por las cuestas de las montañas para luego zambullirse en los valles.

Una vez llegados a la cima Fuscas, los dos se tumbaron sobre sus espaldas, haciéndose mirar por un cielo fosco, mudo frente a ellos como si estuviese delante de cada componente del género humano que con mezquino deseo intentase demostrar su propia superioridad sobre la naturaleza, o manifestase no sufrir la oportuna sujeción a la misma, trepando por sus cumbres con la ilusión de conquistarlas.

El círculo se estrecha. Ya tenemos de nuevo ese remolino con su centro oscuro: está a punto de tragarnos.

Llegó octubre, sin aliviar el calor del tórrido verano apenas transcurrido. Ese día Antóni vagaba solo en el bosque. Pasando al ras de una acacia, ésta lo arañó con picardía maliciosa estirando una espina que se tiñó de rojo oscuro; la gota cayó. El desenterrado se miró la herida y casi se sorprendió de que saliera sangre: hacía tiempo que había creído no tener más.

Entre dos matorrales de mirto despuntó Gaetano. Sonreía satisfecho mientras miraba el arañazo que goteaba.

«Mírate», le dijo con desprecio. «Paseas tranquilo como si nada hubiera pasado, y yo aquí haciendo de fantasma.»

«No estás obligado a quedarte.»

«¡Sí que lo estoy! Hasta que te quedes tú, maldito asesino.»

«Pero... ¿No entiendes que te estás equivocando?» Antóni ni se enfadaba más. Estaba cansado.

«¡Me echaste encima una montaña! ¡Una montaña entera! Digo yo, ¿ustedes, mafiosos, siempre tienen que exagerar? ¿No les bastaba matarme con una pequeña bomba bajo la cama o de un disparo?»

«¿Otra vez?»

«Debería haberte disparado esa mañana cuando te vi llegar al pueblo pavonéandote. Enseguida me imaginé que eras uno de ellos. Me escondí en el callejón... Pero tú ya me habías visto, ¿verdad?»

Antóni se acordó vagamente de un hombre que el día de su llegada desaparecía por una callejuela. O sea que ya desde entonces Gaetano había sospechado de él.

«Estúpido» le dijo, incapaz de decirle otra cosa.

«Engañaste a todas estas buenas personas con tus chácharas, tus mentiras. Yo sí que te reconocí a primera vista.»

«¿Que yo digo mentiras? ¿Y tú, qué? En Antro no había ningún Gaetano...»

«Ah, no te hagas el tonto. ¡Sabes bien que Gaetano es mi verdadero nombre! Pero yo aquí estaba de incógnito. Me había presentado como Carmelo, diciendo que era calabrés en vez de siciliano. Tenía documentos falsos, si no, ¿cómo podía haberme escondido todos estos años? Ahora puedo decírtelo, ya que me descubrieron... ¿Pero cómo lo consiguieron?»

Antóni sacudió la cabeza y sonrió. ¿Cómo es que no lo había pensado antes?

Por el sendero que estaba detrás oyó unos pasos de alguien que se acercaba corriendo, y se dio la vuelta; era Bernardina que le daba alcance. Gaetano ya había desaparecido.

«Antóni, te buscábamos. Hay unas personas que preguntan por ti, quieren escucharte.»

«Está bien.»

Bernardina estaba un poco tensa, lo detuvo un segundo.

«Cuenta sólo las cosas que sabes que son ciertas, nada más. Algunos de ellos vinieron sólo para criticar; evita darles motivos. A propósito, Pietro hizo que viniera Burralli también. Deja que hable, así descubrimos algo más sobre el por qué Chircu está enfadado con él.»

Antóni la miró como si no la viera. Sacudió la cabeza y ella entendió su preocupación.

«No le he dicho toda la verdad a Antóni, lo admito. No me suicidé, no habría podido, yo amaba mi vida, con sus vicios y excesos.

»Ese primer día de lluvia Coghera no estaba conmigo bebiendo, él llegó solo al cuarto, pero no para hacerme compañía. Lo recibí en la cantina para estar tranquilos; él estaba borracho. Hacía años que amaba a una tal Lucía Cossu, hija del carnicero. La miraba desde la barra del bar, esperando que ella se enamorara de él, ¡pero ella ni se había dado cuenta!

»Yo era el testigo de ese cortejo a distancia con el vino en la mano, y de vez en cuando daba algunos consejos. “Sal, pasa bajo su ventana, ahora que está ella asomada. Pregúntale sobre sus violetas. ¡Y para de beber ya! A las mujeres les gusta que uno se interese por sus cosas, pero evita ser molesto. No, no puedes llamarla aquí para que entre, en este bar las mujeres no entran, excepto Marta, la hija de Gesuino Pala, pero ella es *unu masciu malu*¹⁰. Bares como estos alimentan la incompreensión entre hombre y mujer, y los dividen. ¡Para ya de cantar como un borracho, que tu voz es horrible y ella se asusta! Habla poco y con prudencia, que a Lucía le gustan los hombres silenciosos. Escucha. Límpiate y arréglate que hoy ella va a misa, y ve tú también. Siéntate a su lado y escucha atento al cura, luego sal junto a ella... No hace falta que comentes, pero te puedes acercar y debes hablarle... Mira, acabo de cruzarme en la calle con ella cargada de maletas, ve a echarle una mano. Muéstrate sensible, pero no lo llesves todo tú, comparte con ella el peso. Respétala y no te pegues demasiado a ella, dale su espacio”.

»¡Qué va! Todos fueron consejos echados en saco roto. Y además ese día vino a decirme que yo le había robado a la mujer, que una fuente fidedigna nos había visto besándonos. Entonces yo le contesté que era un imbécil. Él se enfadó mucho y empezó a insultarme. Sólo por saber, le pregunté quién le había dicho eso, pero él, ni pío. Empezó a darme empujones y yo a él, pero todavía era como una pelea entre niños. El primero en caerse fue él, luego se levantó de golpe y se me echó encima. Esta vez me caí yo, entonces pensé en algo que tirarle para hacerle daño.

»Él continuaba acusándome y yo a decirle aún imbécil, y a preguntarle con rabia: “Dime, ¿quién te lo dijo? ¿Quién?”. Intenté explicarle que no era verdad, que yo nunca habría podido hacerle eso. Pero él no me creyó. Entonces me enfurecí, y por despecho le dije que sí, tenía razón, que yo con Lucía salía desde hacía años reíendonos de él, pero que igualmente debía decirme quién era el espía. Me levanté, sacando una navaja, con intenciones de matarlo si me estaba engañando o de ir a buscar al culpable.

»“¡Tu hermano Burrali!”, me contestó, y yo me quedé callado. Porque esto no me lo habría imaginado nunca. Él también sacó su navaja, y yo clavé la mía en el barril. Rindiéndome.

»“¡Cerdo!”, me dijo, viéndome tan serio. Y a mí, esa palabra me dio asco de verdad. Yo llevaba años enamorado de Lucía y me había mantenido a distancia por respeto a él, y ahora él me decía cerdo. Creo haberlo mirado con odio. Ya no me importaba nada, sólo quería devolverle su ofensa, hacerle daño. “Es verdad”, le dije, “tienes razón. Soy un cerdo porque hago el amor con ella desde hace años y cuando lo hacemos nos reímos de ti”.

»Por estas palabras Coghera se enfadó mucho, y con lágrimas en los ojos, el moco que le colgaba por la nariz y la cara contraída en una mueca animal que nunca le había visto, se me echó encima. No tuve tiempo de detenerlo, de parar sus golpes. Una, dos, tres puñaladas me dio. Fue por un impulso descontrolado, instintivo, una reacción involuntaria de su brazo a un espasmo que le había hecho vibrar el cuerpo, un movimiento imprevisto de rabia que explotó como un sollozo. Con la primera estocada me doblé hacia adelante y casi lo abracé, con la segunda me caí de rodillas, y después de la tercera caí hacia atrás, contra el barril. Me presioné con una mano las heridas, la primera era grave. Él tenía la mirada en llamas, puede que la borrachera se le hubiera pasado justo en ese momento. La mano le temblaba y quería decir algo, pero no pudo. Yo también lo miré sin hablar.

»Afuera llovía.

»Habría querido darle un último consejo; sólo entonces me di cuenta de lo grande que había sido mi error. ¡No habría creído jamás de convertir a Coghera en un asesino! ¡Si sólo lo hubiera convencido de mi inocencia! No sabía si odiarme más a mí mismo o a mi hermano por lo que había sucedido. Coghera se escapó sin darse la vuelta y yo me quedé allí solo, con los hombros apoyados en las tablas de roble. Me sentía extraño, como nunca me había sentido. Estaba enfadado, conmigo mismo, con Coghera y con Burrali, hasta con Lucía.

»La cosa que más me fastidia es que haya sido Coghera quien me apuñaló. No, no es eso, lo que más me enfurece es que todo haya pasado por una mentira dicha por mi hermano. No sé por qué lo haya hecho, quizás fuera porque él también estaba enamorado de Lucía y nos vio hablar un día. No recuerdo tampoco de qué trataba la conversación. Mi hermano habrá pensado que yo estaba saliendo con ella. Sabía que también a Coghera le gustaba: quizás quería hacernos pelear. No sé y no me importa saberlo...

»Con fatiga y gran sufrimiento tomé un vaso que estaba encima de un escabel a mi lado, y lo llené, abriendo el grifo del barril contra el cual me apoyé. ¡Qué bonito color tenía ese día mi vino! Empecé a beber. Hasta su sabor lo sentía mejor. No sé, me parecía que el vino se me salía del pecho y que en el vaso sólo había sangre. Luego me dio por toser, se me vació la cabeza y me derrumbé en el suelo. No recuerdo haber advertido dolor, pero frío sí. Afuera seguía lloviendo, y con la oreja apretada en el pavimento, el ruido de la lluvia llegaba a mí como un canto triste, un treno présago de desventuras. O acaso el repiqueteo de la lluvia era el latido de mi corazón, mientras que desde el cielo llovía mi sangre.

»Ya que en mi casa vivía solo, nadie se dio cuenta de mi muerte, y cuando esa misma tarde ocurrió el desmoronamiento, el fango y las piedras, después de derrumbar el techo, arrollaron mi cuerpo. En la cantina había unos cuantos barriles cuyas tablas se clavaron en mis carnes. Madera de roble... Cuando me encontraron parecía crucificado. Muerte por catástrofe natural, pensó el forense apenas me vio, y así lo escribió.

»¿Por qué dije que me suicidé? Morí a causa de una mentira dicha por mi hermano: asesinado por Coghera, mi mejor amigo. Cómplice y asesino son las personas a quien más he querido en la vida y no puedo soportar que paguen por esto...

»Últimamente a Coghera lo veo extraño, no es el mismo. Se agita en la cama, no duerme, piensa en algo, lo sé, lo conozco bien. Está muy mal. Tiene una mirada de loco. Delira, tiembla de frío a pesar de este calor, duerme con sábanas de lana, la luz encendida, tiene miedo a las tinieblas. Y desde que sabe de la existencia de este hombre encontrado bajo los escombros que habla con los muertos, lo tiene aún más. Encerrado en su cuarto mira alrededor como si hubiera alguien.»

Bajando por el sendero Bernardina y Antóni oyeron un ruido a su derecha, bajo un alcornoque. Se volvieron. Un hombre con los ojos de un poseído los miraba, tenía la cara inflada y grandes ojeras, la piel oscura por el vino, y una nariz gorda. Era muy delgado y no muy alto, las piernas parecían sujetarle por milagro. Les miró emitiendo un jadeo de animal herido, luego se escapó. Antóni ya lo había visto el año anterior saliendo de esa casa poco antes de ser sepultado por los escombros, pero no sabía quién podría ser.

Bernardina tampoco lo reconoció. Pero ese era Coghera, que vino a ver al hombre que se había convertido en el mejor amigo de Chircu. Él se había demostrado indigno de serlo, justo el día anterior, Burrali le había confesado que Chircu no salía con Lucía. Era una mentira que le había contado solo porque sabía que ella le gustaba a él, y por meter cizaña. Esta confesión había turbado mucho a Coghera.

Después de ese encuentro con Antóni, Coghera regresó a Murradine donde ahora vivía con un tío suyo. A pesar de sus cuarenta años, habiendo perdido todo con el desmoronamiento, estaba obligado a hacerlo.

Su tío tenía una cantina con muchos barriles, hacia un vino muy fuerte, de sabor áspero y licoroso. Pero él no bebía tanto, así que lo vendía casi todo, se guardaba sólo el necesario para las comidas y para ofrecer a sus amigos. Del año anterior, le quedaba un barril entero, y Coghera lo sabía. Esa tarde se encerraría en la cantina, ya que su tío iba allí raramente – y para asegurarse de que fuera así – le rellenó la damajuana que tenía en la cocina y que le duraría por lo menos una semana. Él, por el contrario, se quedaría allí abajo. A Coghera le pasaba a menudo de desaparecer, así que nadie lo buscaría. Escondido en la cantina pasaría cuatro días bebiendo hasta explotar, estar mal y caerse al suelo, donde bebería también su pis y se moriría cagándose encima para despedirse de este jodido mundo.

Coghera pensaba que el monte había bajado a cubrir su fechoría, o quizás para atropellarlo y castigarlo. Pero él se había salvado, y ahora se sentía culpable también por eso. Con el suicidio habría expiado sus culpas y la montaña se habría apaciguado.

Bernardina y Antóni, después de haber visto desaparecer en el bosque a

aquella extraña figura, casi un paria de la sociedad, bajaron lentos por el sendero. Él procedía con andar seguro y como de ensueño mirando a su alrededor como si contemplara un paraíso terrestre. Nada parecía turbar su alma. Ella lo miraba. Su pelo se había puesto largo y tupido, bien negro. El cuerpo, aunque muy delgado, era el de un joven hombre de unos treinta años. La cara afilada y expresiva. Bernardina desde algunos días se sentía atraída por ese hombre tan lleno de historias y sensible; pero no estaba en posición de definir el tipo exacto de sentimiento que Antóni le suscitaba. El cansancio debido al caminar y al calor le hizo que la cabeza le diera vueltas.

En ese momento él se volvió como si hubiese oído un ruido a sus espaldas. Ella, distraída, lo alcanzó y se encontró casi en sus brazos, enfatizando un poco el gesto. Levantó la cabeza mirándolo fijamente. Luego entrecerró los ojos intentando descubrir por su expresión lo que él estaba haciendo. ¿Por qué se había parado? Esta incertidumbre le provocó un posterior desequilibrio. Dio un paso en falso y por poco se cayó. Él la agarró y ella, trastornada, sintió como se le aceleraba el pecho. Un espasmo le había cortado la respiración y los ojos de él le parecieron tan asustados e indefensos que fue algo natural levantar la cabeza y besarlo en los labios. Como para lenificar los miles de padecimientos que moraban en él, borrar la injusticia que ella misma le había infligido. Casi una disculpa.

Antóni se quedó inmóvil, luego se dio vuelta apartándola delicadamente con una mano y fijando sus ojos en los de Pietro.

Había subido por el sendero, preocupado por no verlos llegar. Lo había visto todo, pero su mirada no era de reproche ni de sorpresa: sólo era seria, nada más, como si hubiese captado en ese gesto un significado que tampoco su mujer era capaz de entender. La expresión que dirigió a Antóni no fue ni de rabia ni de perdón.

A pesar de eso Bernardina se sintió turbada y dolida por ambos. No se explicaba lo que acababa de pasar. Miraba a Pietro y sentía que había hecho algo que estaba mal, él no se merecía esto, era el hombre que ella siempre había amado, aunque estuviese perdido en las nieblas de su pasado. Ella se había quedado siempre a su vera, ayudándolo a encontrarse, persiguiendo cada día vacuas huellas de su vida transcurrida. Lo había sentido agitarse por la noche, lamentarse, vagabundear durante el día en busca de su yo más profundo, imposibilitado a enfrentarse a su propio presente mientras no estuviera en posición de descubrir cómo había llegado hasta allí.

Con una mirada indescifrable, pero tranquilo, Pietro sacudió la cabeza,

correspondiéndole con toda la comprensión que hasta entonces ella había tenido con él, como diciendo que no había pasado nada.

«Vamos, Antóni, te esperan», dijo con calma. No recibió respuesta, sólo una señal de asentimiento con la cabeza.

Antóni lo siguió con cara de cera; estaba dolido, no quería que Bernardina y Pietro sufrieran por causa suya. Se sentía culpable por haber propiciado en ella ese gesto. Últimamente habían estado demasiado tiempo solos, ella se había ocupado de su recuperación. Había permanecido tan cerca de él en los peores momentos, que por empatía había absorbido su humor, percibiendo toda la fragilidad humana y el amor por todas las cosas y las personas, que lo caracterizaban. Antóni no había parado nunca de hablar y ella lo había escuchado encantada, identificándose con sus historias de amores felices y buenos sentimientos. Ella se había encontrado catapultada en la vida de Antro perdiendo la cognición de sí misma, de su identidad real. Envidiosa de aquellas vidas maravillosas que ella nunca había vivido. No porque la suya fuera menos gratificante, menos bonita; sólo era diferente. Pero ahora este amor por los acontecimientos de Antro, por la vicisitud humana de este hombre desconocido, podían engullirse su futuro y el de Pietro. No era así como tenía que ocurrir, Antóni estaba allí por otras razones.

Siguieron sin conversar, cada uno inmerso en sus pensamientos.

Cuando llegaron al jardín vieron primero al ingeniero Benedetti que estaba en medio de un grupo de personas con aire valiente y porte altanero. Aquellos lo miraban de reojo, pero a él no le importaba.

Estaba también el padre de Paolo, con esa mirada de perdedor, que observaba a Antóni con ojos ansiosos y petulantes.

En el jardín Bernardina y Antóni vieron también a un hombre con idéntica mirada delirante a la del que acababan de encontrar. Es Burrali, hermano de Chircu. Esa misma tarde se mataría, atravesándose el corazón con una navaja.

Recorriendo los caminos del propio destino no importa poder distinguir lo real de lo imaginario: a veces se confunden de tal manera que intentar no tiene sentido. Lo que de verdad cuenta es que todo se repita y se cumpla. El tiempo es un vórtice hecho por pequeños círculos viciosos; terminados, lo que queda al hombre es ser tragado por el traicionero torbellino oscuro que constituye su centro. En su embudo, la vista se le nublará y estelas blancas darán vueltas a su alrededor en una espiral descendente, arrastrándolo hasta que ese remolino y la ceguera volverán incomprensible su entero existir. Éste se muestra como el único destino posible para un ser cuyo único objetivo en la

vida parece ser el absurdo perseverar en sus errores.

Unos días después Antóni quiso ir a ver Antro. Era el aniversario del desastre, el veinticinco de octubre, y decidió ir caminando. Pietro se ofreció a acompañarlo. Caminaron a la sombra de las plantas situadas en los bordes de la carretera, en esa clásica línea de arena color nata que normalmente se acumula entre el asfalto y el andén.

Eran casi las seis de la tarde, pero en la obra todavía se trabajaba. El ingeniero Benedetti quería que la urbanización se terminara cuanto antes.

Los recodos se sucedían uno tras el otro y la carretera seguía subiendo. Los pensamientos de los dos corrían más rápidos que sus piernas, así que cada uno de ellos ya había llegado al destino.

Pietro se imaginaba una Antro todavía intacta, como si no se hubiese producido desprendimiento alguno. Pero no podía saber con certeza si ésa era justo ella u otro pueblo; simplemente lo suponía. Las imágenes afloraban como turbias, divisadas tras de una cortina de humo, de niebla o de agua. Se componían de pequeños detalles que se desvanecían a la mínima duda, sin embargo ésa no podía ser más que Antro, y la agitación que le entró al contemplar esa continua sucesión de imágenes era la prueba de ello.

O si no, en lugar de Antro, Pietro veía una urbanización de moderna concepción, casas escuadradas en mármol blanco y vidrios oscuros, calles rectas y anchas, piscinas y setos de pinos perfilados.

Por último veía ese mismo paisaje lunar observado la noche en que él había salido corriendo por el sendero detrás de su casa hasta encontrarse en el claro excavado. Lo veía como si en esos meses los obreros no hubiesen hecho nada o incluso como si hubiesen tapado los huecos ya realizados y hubiesen abatido ese principio de construcción blanca y espectral que había avistado desde lejos; todo para recrear esa nada desvaída y esta vez total, recubierta de polvo, capaz de volver fatua hasta a la tierra e indistintos los perfiles.

Antóni veía Antro como era el día en que llegó, con todos los habitantes vivos y con la mirada apagada; o lleno de fantasmas que vagaban trastornados, arrastrando sus pasos entre aquellas casas, como si llevasen cadenas; o si no, imaginaba Antro con altos edificios, carreteras rectas y esos espectros que las infestaban alegres y ligeros. Cuando pensaba en esta última posibilidad el

corazón le latía fuerte y se llenaba de un ansia premonitora de infaustos acontecimientos, entonces aceleraba el paso, convencido de poder poner remedio a los caprichos del destino o anular incluso lo que ya imaginaba cumplido.

El paisaje alrededor, que por meses había mostrado los signos del aluvión – árboles tumbados y con las raíces descubiertas, rocas volcadas y trincheras –, se había recuperado. Ahora esos rastros estaban camuflados por un crecimiento lozano; se habían rellenado las largas grietas que el agua había excavado, peñascos y rocas habían vuelto a hundirse en la tierra.

Pietro y Antóni proseguían el camino; trepar por la subida se hizo algo tenso y empezaron a respirar con dificultad. Llegados a la última curva, las imágenes se les agolparon aún más en los pensamientos aumentando en ellos la agitación. Sobrepasaron como en trance la curva, mientras algunos camiones les adelantaron con gran estrépito, los grandes tubos de escape les mandaron chorros de aire caliente y nauseabundo.

Y finalmente apareció a la vista el objeto concreto de tanta fantasía. La imagen de niebla se convirtió en un pequeño burgo. Pietro lo miró confundido, todo estaba hecho de piedra: amarilla, roja, gris, marrón, mil tonalidades de color; las tejas de los bajos techos eran viejas, recubiertas de musgos, o simplemente envejecidas artificialmente, las puertas de madera maciza y taraceadas; las ventanas de vidrio espeso. Los muros eran todos de piedra a la vista. Él no reconocía ninguna de esas casas ni le era familiar el empedrado.

Habían hecho unas estrechas aceras, pero sólo hacia un lado de la carretera. Tapias y anchas escaleras de granito despuntaban por todas partes. Había un pilón de toba a la derecha, por un hueco en la pared el agua zambullía con un sonido de arpa. El chorro, describiendo un arco, acababa directamente en la grieta de una pequeña rejilla puesta en lo hondo del pilón. Por debajo salía un gorgoteo que parecía asimismo una composición musical.

Al subir vieron también una minúscula plaza con adoquines y una típica fuente de hierro como aquellas que se veían hacía un tiempo. En Antro había unas cuantas así y podía ser una de éstas, pero Pietro no se acordaba de ellas, ni ahora le venía en mente si esta cautivadora aparición se asemejaba de algún modo a una de las imágenes recreadas por su mente sólo unos minutos antes. En su cerebro corría el agua, lavando los recuerdos.

Antóni, en cambio, apenas pasaron la curva, recibió un gran impacto, se sintió como en un *déjà-vu* y por un rato creyó ver a las mismas personas que había visto aquel día, o ver a sus fantasmas. Le pareció haber vuelto atrás en

el tiempo, como en un salto. Esto lo turbó más de lo que pudiese confesar a sí mismo.

Avanzando, vio a un obrero con una carretilla llena de piedras, luego uno que transportaba cemento, un camión aparcado frente a una construcción no terminada, y supo que estaba en el presente. Aunque todo había vuelto a ser como antes, el tiempo no había retrocedido, había seguido avanzando. Sólo las cosas habían cumplido ese salto. Sin dudas Antro había resurgido. Cualquiera que la estuviese reconstruyendo, y ellos sabían quién era el artífice, lo estaba haciendo respetando el antiguo diseño del pueblo. Claro, todo era más grande: las calles más anchas, las casas más altas, macizas, espaciosas. Benedetti era un óptimo ingeniero y había trabajado durante años en aquel proyecto. Al principio como pasatiempo, sin saber que un día le volvería útil. Había empezado por una planimetría detallada del lugar y por un esbozo de las viviendas, preguntándose cómo se podría reconstruir Antro de manera semejante pero más eficiente. Tenía conservado en casa como un pesebre, un modelo de plástico del pueblo. Había sido meticuloso a la hora de hacerlo, y esta precisión se había vuelto útil al fin. Apenas después del desmoronamiento le había venido la idea de reconstruir Antro y había sacado a la luz sus antiguos proyectos y el modelo de plástico presentándolos a la región, al ayuntamiento de Occiduo, y pidiendo todos los permisos para dar vía libre a los trabajos. Mientras tanto había empezado a comprar; seguro que todos venderían... Después empezó la gran obra. Ahora Antro surgía más o menos en la misma área de antes, aunque más vasta.

Antóni miró a su entorno con el corazón que le latía frenético. Pietro lo seguía detrás, y su ánimo no era menos agitado que el suyo. Juntos doblaron la esquina de la casa de *ziu* Franciscu, el zapatero, luego la del lechero; la casa de Efiseddu Corraine, de Mariane, la de Pappagattu, la de Bernardo Collu, el más viejo del pueblo (padre del tío Fernando). Ninguna de esas personas se encontraban habitando esas paredes; sólo obreros y máquinas en laboriosa actividad animaban esos barrios.

Siguieron la carretera principal. Había plantas por doquier, en arriates delimitados por tapias de piedra. Higos, membrilleros, granados, limones, algunas vides protegidas por el calor de las casas, nísperos, manzanos y muchas más plantas, como antaño. Borearon una imponente pared de bloques de granito. En ese punto era alta, pero a continuación era engullida por la subida.

Recorrieron el camino rectilíneo y doblaron a la derecha, entrando a la

plaza; allí la muralla había devenido en un muro bajo que delimitaba ese lado de la plaza. Sobre su cumbre se apoyaban a modo de gorros unos bloques de granito más anchos, idénticos a los en que un tiempo atrás se detenían los ancianos; observándolos mejor, Antóni sospechó que eran los mismos de entonces, limpios del cemento y colocados encima otra vez de manera más estable y firme.

Pasaron el bar, todavía cerrado, pero con el letrero viejo pintado de nuevo. Dejaron atrás la plaza y el arco que estaba delante de la casa de Coghera, ambos mucho más imponentes. Llegaron frente a la vivienda de Rosina: ya no estaba el hoyo hecho para hacer tropezar a los hombres, pero el escalón delante de la entrada, la fachada austera y la puerta eran iguales. Faltaban sólo las sillas en las que las mujeres se sentaban a tomar el sol y a charlar.

El desenterrado ya tenía los ojos húmedos y casi no podía avanzar, porque el centelleo causado por la luz intensa del ocaso se difundía en aquel momento embistiendo cada cosa, y el lagrimear conmovido aumentaba su efecto. Sea como sea, reemprendió la marcha, con las piernas que se le habían debilitado, y un enredo inextricable de pensamientos.

Pasaron también por la casa de Maura.

Llegaron a la iglesia y se quedaron atónitos. En lugar de la vieja e ínfima construcción se erguía una, alta y revestida de blanco mármol, gigantesca, que parecía un dique. Se levantaba opuesta a la montaña con el alto campanario desafiándola, las paredes imponentes y escuadradas, la entrada, de cara al pueblo, con unos anchos escalones que bajaban hasta la carretera. El portón de madera maciza de nogal, taraceado y trabajado, representaba una escena del Nuevo Testamento. Emanaba de la entera construcción un aura de poder y estabilidad.

Delante de la iglesia, sentado en los escalones, estaba el ingeniero Benedetti, con la cabeza reclinada hacia el cielo y los codos apoyados cómodamente sobre el escalón de atrás. Los ojos estaban cerrados, pareció no darse cuenta de su llegada, pero apenas se pararon frente a él, los abrió y bajó la cabeza, mirándolos. No pareció para nada sorprendido por la presencia de Antóni.

«¿Qué te parece nuestra vieja Antro?» le preguntó tranquilo.

«Idéntica a como era, pero más grande y bella.»

«Estoy contento de que la hayan visto. Y tú, Pietro, ¿te estás encontrando?».

La pregunta era retórica y el otro no contestó. Entonces ésta era la Antro reconstruida, pensó. La había atravesado con tal ansiedad...

El ingeniero se puso de pie, Antóni había vuelto a caminar y los otros dos lo siguieron. Estaba visiblemente cansado, pero procedía como si tuviese una meta bien precisa.

Doblaron la esquina de la iglesia. Más arriba de ella había una especie de campo; tiempo atrás había sido más amplio, pero mucha tierra había sido arrastrada por el aluvión dejando al descubierto en algunos puntos la piedra. El ingeniero Benedetti había querido plantar allí unos abetos, plantas ya grandes que había hecho traer desde un vivero del continente. Trescientos árboles de tronco alto, plantados haciendo un hueco de oportunas dimensiones en la tierra, entre las rocas. Habrían crecido fuertes y sanos sujetando a la montaña, sirviendo, por si acaso, de escudo al pueblo, aunque ya no hubiese más necesidad. Toda la zona había sido asegurada, a tal punto, que era muy difícil que pudiese ocurrir un desastre parecido al del año anterior. Y además las casas habían sido reforzadas y posicionadas de manera que podían encañalar y desviar cualquier flujo de agua o barro.

Al observar ese antiguo campo Antóni tuvo como una “premonición”, pero de algo sucedido en el pasado.

«¿Qué había allí antes del desprendimiento?»

El ingeniero miró en la dirección indicada por él, infló las mejillas reteniendo el aire por algunos segundos, luego suspiró: «Un huerto, un campo cultivado por un viejo del pueblo, en aparcería.»

«¿Y cómo se llamaba ese viejo?» preguntó Antóni con un sentimiento de angustia que le crecía dentro.

«Se llamaba Bainzu y era el aparcerero de Antro. Lo fue toda la vida. Fue siempre un solitario, creo que no lo conocía casi nadie, además de esos terratenientes del pueblo para los cuales trabajaba, pero la mayoría murieron hace tiempo, algunos antes del desmoronamiento. El dueño de este campo no; *ziu* Pascalinu Lai sigue vivo. Él era, y quizás sigue siendo, un gran avaro: un hombre capaz de contar una por una las alubias para compartir con su aparcerero y contarlas mal a su favor.»

«¿Cuándo murió Bainzu?», preguntó Pietro, intuyendo los pensamientos de Antóni, que ahora miraba el campo como si fuera una bestia asquerosa. El sudor le caía por la frente y se le deslizaba por el cuello. Parecía asustado.

«Murió algunos días antes de que empezara la lluvia que dio vida al derrumbamiento. Le dio un infarto, mientras trabajaba en este mismo campo.»

Yo lo sé por qué ese día estaba aquí, frente a la iglesia, fui uno de los que lo socorrieron. Estaba también *ziu* Pascalinu. Le compré a él este terreno y le pagué mucho más de lo que valía...»

Mientras tanto el sol pasó detrás de la cima Fuscas. La sombra bajó desde la punta de la montaña como una avalancha y en breve los arrolló. La oscuridad no tardaría mucho en llegar.

Antóni dio una última ojeada a ese terreno, luego quiso irse. La tierra estaba recubierta de una extraña pelusa, un vello que lento se movía. Le había parecido ver en la calima que se espesaba a un hombre que excavaba como un loco; esta vez lo había reconocido: era Bainzu, aparcerero de Antro, que pasó por la tierra con una azada en mano sin dejar rastro en las personas, o en la historia del pueblo, sino sólo en los campos ya invadidos por la hierba.

«¿Hacia dónde huyes, Antóni, no me ves? Soy yo, Bainzu. ¿Estás enfadado conmigo porque te mentí? ¿Cómo podía decirte la verdad? Y aunque lo hubiera hecho, ¿quién te la habría confirmado? En Antro no me conocía casi nadie, era un marginado. Me levantaba pronto por la mañana, cuando los demás dormían, y regresaba por la tarde, cuando ya cenaban o el sol había bajado. En mi vida tuve sólo el consuelo del duro trabajo de los campos, mi única filosofía era la azada.

»¡Cuáles comidas y cenas con amigos! Siempre comí solo, en una mesa que ni siquiera preparaba. Me tomaba las cosas directamente de la sartén, consumiéndolas a toda prisa para luego volver a trabajar. Toda esa hierba seguía creciendo a mi alrededor y si me hubiera parado me habría envuelto, creciéndome encima, no habría podido arrancarla más. ¡Maldita grama! De todas, la más odiada.

»¿A quién le pasa por la mente cultivar hierba? Pero lo hacen... Yo preferí siempre la tierra removida, recién excavada, inflada y blanda. Para mí había devenido en una obsesión, sólo que me di cuenta de eso demasiado tarde. Tienen que perdonarme, mi enfermedad hizo daño al pueblo entero. Reblandecí la tierra alrededor de la cima Fuscas, en algunos campos arrastré hasta los árboles, casi como si hubiesen sido grama ellos también. De este modo debilité la montaña entera. Claro, lo hice por encargo de unos propietarios, yo no poseía nada de tierras, pero ésta no es una excusa válida.

»De hecho, ellos también se sienten cómplices de mi culpa, como *ziu* Pascalinu. Es muy viejo, recuerdo que ya lo era cuando yo era joven, pero me equivoco, entonces él estaba en el auge de sus fuerzas, y cuando me veía

excavar se reía. Ahora ya no se ríe más. Lo vi hace unos meses sentado en su cama: a través de la ventana de su habitación en Murradine miraba al descampado de arriba de la iglesia y lloraba. Hace treinta años allí existía un bosque que me hizo arrancar, eran plantas que, de haber estado, habrían detenido una montaña. Yo saqué hasta las raíces.

»Tardé unos años para terminar esa tarea. Iba a sacarles la tierra de las raíces justo después de llover; me divertía liberando la otra planta escondida por debajo y sin pensarlo la mataba, como me acusó una vez un niño que vino a decirme llorando que estaba matando las encinas. Me conmoví, pero no pude hacer nada, a Pascalinu le hacía falta la leña. Y además me había prometido dármela en aparcería; aquella era tierra buena, llena de humus. Yo no tenía tierras más ni dinero para comprarlas, sólo tenía mi azada. Los que me contrataban lo hacían por compasión: ¡estaban los tractores ahora! Sin embargo, la compasión de ellos no enternece sus bolsillos, que permanecían bien cerrados, y extraer el dinero de allí era difícil. La tarde del desmoronamiento, yo estaba allí de verdad, como te dije. Estaba como un fantasma, y si me hundía en el campo es porque me sentía culpable, si oía la lluvia en mi chubasquero era porque cada gota de lluvia era un error mío. Sé que había cometido muchos, tantos como para sumergir la entera Antro.

»Vi mis errores abatirse sobre el pueblo y no pude hacer nada para evitarlo. Tropecé en mi inconsistencia. Y ahora este pueblo vacío me mira con sus ojos cegados, vueltos así por la ausencia de las personas. El haberlo rehecho con las mismas piedras, con la misma disposición, es poco más que una broma. Faltamos nosotros, el espíritu, la identidad de este lugar, su historia. Nuestros cuerpos ya se están marchitando para expiar las culpas de las que nos hemos manchado, pero sin nosotros tampoco Antro puede vivir.

»Ahora, ¿quieres que cuente mi verdadera historia, desde el principio hasta el final, sin omisiones, con absoluta sinceridad?

»El primer golpe de azada partió la tierra en dos...»

Pietro devolvió a la realidad al pobre Antóni. Las palabras de Bainzu lo alteraron como hacen las ráfagas de maestral cuando sacuden el trigo, dejando sus tallos débiles y blandos, incapaces de oponer más alguna resistencia.

Antóni pensaba trastornado en aquella especie de diástasis inducida entre raíces y tierra, por la cual, una vez desaparecidas las primeras, la segunda, contaminada por la lluvia y la fuerza de la gravedad, había cedido, desplomándose y arrasando a la vieja Antro. Diástasis de múltiple naturaleza, porque ocurrió también entre los habitantes de Antro y sus respectivas raíces, aunque de manera más lenta; con la despoblación, la violación de la naturaleza, la pérdida de identidad y de memoria, sus recuerdos lavados, y esta doble anulación, física y mental, había generado una grieta en el tiempo, incapacitando su avanzar. Y ahora para reponer todo en su sitio Antóni debía devolver la memoria y la identidad a estas personas, y si era posible, aligerarlas de sus culpas.

Tembló, con la mirada todavía hacia el campo arbolado. Sobre aquellos nuevos árboles que Benedetti había hecho plantar, recaía una gran responsabilidad. Detrás de esas manchas fulgurantes, la cima Fuscas descollaba imperiosa.

«Ven, chico, no lo pienses más», murmuró Benedetti con voz gentil. Y se emocionó incluso Pietro por esa frase. El ingeniero estaba cubierto por la fama de insensible especulador, un arribista con ánimo de lucro, sin escrúpulos ni moral, pero demostró cuán inmerecidas eran estas consideraciones.

«¿Para qué sirve esta urbanización?»

Benedetti se encogió de hombros, como queriendo decir que no era importante. «Lo sabrás a su tiempo.»

Antóni se inquietó, como si de repente tuviera una gran prisa.

«Vengan, les debo mostrar una cosa», dijo, adelantándose. En un momento superó el descampado de al lado de la iglesia y bajó por las escaleras a saltos. Benedetti y Pietro, intercambiando una mirada dudosa, se apresuraron para no perderlo de vista.

Antóni enfiló nuevamente por la callejuela por la cual habían venido,

luego giró a la izquierda y bajó por una calle serpenteante. Cambió de dirección otras dos veces, como si supiese a la perfección por dónde andaba, y esto sorprendió sus acompañantes.

«¿A dónde lleva esta carretera?» preguntó Pietro al ingeniero, ya que Antóni ni se daba la vuelta.

«Al belvedere.»

Benedetti con una mano se acarició los bigotes blancos y amarillos, mientras con la otra se sostenía la barriga que en la bajada se balanceaba, descompuesta. Sus cabellos ralos y rubios estaban pegados a la cabeza y húmedos. Seguía todavía el paso, pero a pesar de la frescura sudaba a chorros. La oscuridad se hacía siempre más espesa. En la obra ya se habían ido todos, menos el guardián, y alrededor no había otros sonidos que el eco de sus pasos por el empedrado.

Emergieron al final de la avenida donde otra carretera, perpendicular, subía delimitando el lado externo del pueblo. Siguiendo recto se llegaba a una plaza semicircular adoquinada que se encaraba al valle. Unos floreros y una alta barandilla de pilares de mármol con un largo pasamanos, impedían precipitarse abajo.

Salieron de la callejuela y cruzando la carretera pasaron por el adoquinado llegando así al belvedere. Ante sus ojos se abrió un paisaje irreal cuya belleza les quitó el aliento, a pesar del intento descarado de la oscuridad de ocultar esa visión y disolver el perfil de las cosas. En el líquido cianótico del cielo, una nube arrastrada a través de las tinieblas por el viento, se desparramaba en pequeños grumos. Luego, en la distancia, parecía enrollarse, agrupándose en un bloque único.

Las estrellas empezaron a incendiarse, como si un portador de antorchas se prodigara encendiéndolas una a la vez, en un saltar casual insensible a las distancias.

El valle se abría frente a ellos. Ése era uno de los pocos puntos del pueblo reconstruido en que se podía distinguir Occiduo en escorzo. Se asomaba tímidamente desde la izquierda del promontorio que lo separaba de Antro, hacia el este, el mismo sobre el cual se empinaba la carretera asfaltada. Desde aquella posición elevada se veían unas luces encendidas y Occiduo parecía menos feo. A la derecha y a la izquierda se perfilaban otros montes, menos imponentes que el de la cima Fuscas, con sus empinadas paredes grises con rayas negras, pero muy presentes ellos también e igual de amenazadores.

A la izquierda, o sea al norte, estaba la altura sobre la que surgía

Murradine. Burlona y maliciosa, con la densidad de las tinieblas ella también se hacía meliflua, mas no renunciaba a mirarlos torva desde lejos. Cuando por fin, empezaron a encenderse una por una las luces de las viviendas y las farolas de las calles, recobró nitidez y cuerpo. Visto al brillo de aquellas luces lejanas, Murradine se asemejaba más a un burgo medieval iluminado por antorchas, que a un pueblo moderno.

El fuego, tinte de estrellas, inundó de un resplandor pálido las paredes medio desconchadas o graníticas de los edificios, devolviendo un color amarillo antiguo, adornado aquí y allá con rayas oscuras. Estaba vivo Murradine, y su vitalidad contrastaba con la tenebrosidad de esta nueva Antro, que aunque modernizada y reconstruida, continuaba siendo infeliz a causa del vacío que la llenaba.

Enfrente, más allá de Occiduo y en medio del valle, había un lago que en la oscuridad chispeaba de un intenso color ébano, como una piedra engarzada en una joya. En esa misma dirección estaba el mar, aunque lejos, mientras abajo del mirador se extendía un espeso bosque. Inmenso en la luz nocturna. Una única planta propagada por el infinito. Un enredo en el que se retorcían los pensamientos intentando encontrar una salida. Bajo las frondas corrían juntos los seres de la noche, por las ramas volaban pájaros nocturnos lanzando hacia arriba gritos hostiles.

Los tres se encontraban encima del antiguo barranco del pueblo, ahora promovido a mirador. Abajo, a unos quince metros, había una primera terraza y luego un ulterior salto de setenta metros al vacío.

Antóni apunta con un dedo descarnado hacia aquella primera terraza. Benedetti se asoma para ver mejor. Pietro se queda un poco apartado.

«Allí.»

«¿Allí, qué?»

«Hay cuatro esperando que los encuentren», contesta sibilino Antóni, con voz penosa, como si hablar le provocase fatiga o dolor.

Benedetti lleva una mano al pecho, encima de la camisa a cuadros. Está desconcertado. «Quieres decir, ¿los desaparecidos? Pero, ¿no debían ser cinco? ¿El otro dónde está?»

Antóni no contesta, no lo sabe, mira fijamente por debajo de sí como si viera algo que ellos no pueden ver. En aquella terraza hay unas enormes rocas amontonadas en una pila y fango solidificado duro como mármol, también tantas ramas y vigas de enebro entrelazadas. En la oscuridad siempre más fosca, aunque sobre sus cabezas ya se hayan encendido unas farolas, esas

piedras, esa madera y ese fango forman una antigua construcción, casi un *pinneto*.

Había sido Chircu quien se lo había mostrado.

Benedetti saca el móvil de su bolsillo, y sin desviar los ojos de la terraza, realiza la primera de una larga serie de llamadas. Antóni se da la vuelta y en silencio se va hacia Occiduo, Pietro lo sigue. Pronto, la voz alterada del ingeniero se hace lejana, mientras la necrofagia de la montaña, ya aplacada, se apresura a devolver los cuerpos con los que tanto tiempo se sació.

Aquella noche Antóni se acostó pronto. Se sentía agotado.

Él y Pietro no se habían quedado a escuchar las decisiones del ingeniero con respecto a los desaparecidos. Puede que el rescate habría empezado esa misma noche si Benedetti hubiera conseguido organizarlo todo. Antóni así lo deseaba. También esos cuatro, como él, estaban cansados de velar sobre el precipicio. Apretados uno contra el otro, arrastrados por el ímpetu del agua hacia la nada, desde hacía demasiado tiempo esperaban sepultados en ese retorcido mausoleo, donde a nadie se le había ocurrido mirar. La historia está llena de descuidos tan groseros...

Antóni se sentía consumido, demasiadas emociones juntas habían desgastado sus fuerzas. Ese cuerpo, que por tan largo tiempo había resistido bajo la piedra y el barro, ahora, al aire, se iba deteriorando y él debía recobrar las fuerzas, dormir. Todavía tenía mucho que hacer.

A la mañana siguiente se levantó un poco más descansado y desayunó junto a Pietro, que ese día estaba libre.

Pietro continuaba sin hacer comentarios sobre lo sucedido entre Antóni y Bernardina, comportándose de manera normal, como si lo hubiera olvidado todo, mientras ella a partir de ese momento había estado nerviosa y no sabía qué decir como disculpa. Pero, ¿había de verdad algo por qué disculparse?

A media mañana vino Raimondo para informar sobre las últimas novedades.

«Pietro, ¡encontraron a cuatro de los desaparecidos de Antro, bajo el Belvedere!»

El amigo mostró no estar para nada sorprendido. «Entonces tenía razón Antóni, eran cuatro solamente...»

Raimondo, confundido, se giró alternativamente para mirarlos a ambos, mientras digería dentro de su cabeza las implicaciones de esa frase.

«Entonces, ¿fue él quien los encontró?», preguntó al fin, mirando fijamente al desenterrado, pero como si él no estuviese. Ni se dio cuenta de la mala pinta que tenía.

«Sí» confirmó enigmático Pietro.

«¿O sea que el que falta...?» conjeturó Raimondo apuntando a Antóni con un dedo. Y queriendo hacer una prueba se le acercó llamándole. «¿Paolo?»

El otro había empezado a jadear, sujetándose a la mesa. Luego salió del cuarto y de la casa sin decir nada. Se fue hacia la parte trasera del jardín, donde se detuvo, agotado, y abrazó el gran olmo. Antóni vestía con pantalones color nuez y una camiseta del mismo color, por eso al agarrar la planta pareció buscar una mimesis. Jadeaba desesperado, intentando recobrar el control de sí mismo y respirar de manera regular. Al otro lado de la casa un coche aparcó cerca del portón. Pietro, que había ido detrás de Antóni para ver cómo estaba, retrocedió curioso.

Raimondo lo alcanzó a la mitad del camino, con una cara ansiosa. «Vino el padre de Paolo», le informó en voz alta para que le oyera el hombre apoyado al árbol, que jadeaba siempre más fuerte, presa de un terrible ataque de pánico.

Pietro gritó para llamar al visitante y se dirigió de nuevo hacia el olmo.

Un minuto después llegó el padre de Paolo con una expresión indescifrable, aunque visiblemente emocionado.

«Paolo...» empezó cogiendo a Antóni por los hombros y abrazándole, luego añadió: «Gracias a ti lo encontré, te lo agradezco, Antóni.»

Raimondo sacudió la cabeza, todavía más trastornado. ¿Cómo que “lo encontré?”

Antóni, con la voz rota, pudo apenas mascullar algo. «Perdona, sé que esperabas encontrarlo vivo. Lo sabía desde hace meses, pero no me decidía a decírtelo...»

Sabía algo más, Antóni, sabía que Paolo había vuelto a Antro después de años de ausencia para reconciliarse con su padre, y lo había hecho; sólo que el desmoronamiento se lo había llevado antes de que los dos pudieran recobrar el tiempo perdido. Se sentía culpable ese hombre; si el hijo no hubiese vuelto por él, todavía estaría vivo.

«No te preocupes, lo importante es que tú me hayas permitido encontrarlo. Gracias.»

Antóni hubiera querido decirle tantas cosas, pero no pudo, había demasiado dolor en toda esa historia, y los dos se separaron en silencio.

Raimondo, que todavía sin entender nada, preguntó: «¿Entonces quién falta?»

Pietro sacudió la cabeza y lo mismo hizo Antóni. El periodista decidió llamar a Benedetti para descubrir algo más. Se sinceró acerca de las condiciones del desenterrado, le acompañó a su cuarto, y luego salió con Raimondo.

Una vez solo, Antóni fue a la cocina a beber un vaso de agua. Luego entró en su propia habitación, sentándose sobre la cama. Por casualidad miró afuera de la ventana, y más allá de la tapia, al fondo del jardín, le pareció ver una sombra, justo en el sendero entre los matorrales de jaras. Salió corriendo de la casa, la rodeó, alcanzó la tapia, la saltó y salió rápido por la pista serpenteante en el bosque. Sintió un ruido, luego otra vez nada. Se paró mirando alrededor, y al final la vio: la silueta de un fantasma agachada detrás de una espesa mata de mirto. Se escondía convencido de no ser visto, y de hecho, si Antóni no se hubiese detenido justo en ese momento, habría pasado de largo. Lo alcanzó.

La figura sorprendida *in fraganti* se puso de pie y lo miró con odio. Antóni lo reconoció, y finalmente entendió todo. El hombre tenía una navaja en la mano.

«Todos creían que estabas muerto.»

«Tú también lo creías. Te he engañado por un buen tiempo.»

«¿Pero cómo pudiste hacerte pasar por ese otro?»

«Fue la casualidad la que vino en mi ayuda. ¿Sabes? Ese hombre del que te conté que llamó a mi puerta. El agua lo arrojó dentro de mi casa, pero yo salí a tiempo por la ventana y me subí al techo. Cuando lo encontraron estaba tan maltrecho, que lo identificaron con base en el hecho de que se encontraba en mi casa. Además, tenía mi edad, mi complexión... En la tumba le escribieron Carmelo Sciascia, mi nombre falso. En realidad era Gonario, mi vecino, que salió para ver cómo estaba la situación más arriba, y cuando oyó el desprendimiento me advirtió para que escapara.»

«Entonces, ¿por qué continuabas viniendo a verme, arriesgándote a que te vieran?»

«Venía sólo por la noche» replicó Gaetano con voz ronca, demudada por la rabia y al mismo tiempo por el miedo de haber sido descubierto, «venía cuando ninguno podía verme. Para atormentarte y hacerte pagar lo que habías hecho, a mí y a toda esa gente inocente.»

«¿Cómo sabías que yo estaba allí?»

«Porque cuando salí por la ventana el día del desastre, te vi. Recobrabas el aliento. En una calle en la que estabas una casa derrumbó y una pared entera con unas vigas se te cayó encima. No sé cómo te pudiste salvar, quizás tirándote al suelo justo a tiempo. Creía que habías muerto, pero unas noches después, vagando entre los escombros, me puse en el montículo bajo el cual estabas tú y escuché tus lamentos. Fue entonces que se me ocurrió esa idea. Te atormenté toda la noche, hasta que te desmayaste o te dormiste, no sé. Después arrastré todo lo que encontré para esconder mejor tu posición y de manera que nadie te oyera gritar. De todas formas, tú no tenías las fuerzas necesarias para hacer eso. Y, de hecho, ya a partir de la noche siguiente, no volví a oírte... En los primeros días la búsqueda se concentró en otras partes del pueblo, donde estabas tú no había tanta destrucción y sólo se había realizado una búsqueda sumaria. No había ruinas bajo las cuales mirar. Sólo estaban...», el hombre gesticuló irónico, «el montículo y aquella pared derrumbada ¡bajo la cual estabas tú!»

Antóni tuvo un ataque de tos y sacudió la cabeza.

«Tú estás chiflado... ¿Y todo esto para qué?»

«Para vengarme de ti, ¡mafioso!»

«¡Te dije que no soy un mafioso!»

Gaetano cambió de repente su expresión, poniéndose serio y preocupado. «Ahora gracias a ti descubrirán que yo sigo vivo, la mafia volverá a buscarme. Tú mismo intentarás matarme.»

«Te juro que me están entrando ganas de hacerlo», ironizó Antóni, pero en verdad sólo estaba cansado.

Gaetano mostró la navaja. «¡Antes te mato yo!»

«Pues, ¡hazlo!», estalló Antóni, acercándose nervioso hacia el arma, ofreciendo el pecho a imitación del gesto de Chircu delante de Coghera. «Pero si yo de verdad soy un mafioso, matarme no te salvará, porque ya fuiste descubierto. Si en cambio no lo soy, habrás asesinado a un inocente.»

Gaetano sostenía la navaja con mano temblorosa y la cara alterada por una expresión de absoluta repugnancia; esa arma le espantaba más a él que a Antóni. Gaetano chorreaba sudor, o quizás lloraba; no se entendía. Tomó valor y le replicó: «Te equivocas, si yo te mato nadie sabrá que el cadáver de Gonario en realidad fue sepultado el año pasado en la tumba de Carmelo Sciascia. Ni sabrán que Carmelo soy yo, entonces podré seguir viviendo con la nueva identidad asumida en estos meses».

¿Nueva identidad? Antóni se preguntó qué tipo de nueva vida estaba llevando Gaetano: a juzgar por los vestidos desgastados y el gorro macilento apretado en la cabeza, no muy buena. Era increíble que durante todo ese tiempo hubiese conseguido que nadie lo delatara.

Gaetano estaba haciendo de siervo pastor para un anciano de Murradine y vivía en una casucha lejos del pueblo. Se movía sólo a pie: ya era todo un conocedor de esos montes y se desplazaba como si estuviera en su casa. Se había convertido en un fugitivo sin serlo, todo por culpa de esa absurda manía de persecución.

«Entonces dale la forma justa a tu acto...», le tomó el pelo Antóni aguantándole el pulso con la mano derecha y girando sobre sí mismo para ofrecerle la espalda. Puso después una rodilla en el suelo. «¡Mátame!» le azuzó. Estaba delante de él y le jalaba el brazo, apuntándose la navaja al pecho.

De repente Gaetano retrajo el arma como si le hubiera llegado una descarga, dio dos pasos atrás, dobló las piernas y cayó él de rodillas. Empezó a batir el puño armado al suelo, gritando desesperado: «No puedo, no puedo matarte. Estúpido, estúpido que soy...», se quejó. Luego, levantándose de golpe, como cambiando de idea, giró la navaja y le ofreció el mango. De reflejo Antóni agarró la navaja y el otro, dejándola, acercó su pecho alargando los brazos. «¡Ya basta! ¡Mátame tú a mí: no quiero escapar más! ¡Ganaste, mátame! Así como estaba cansado entonces de servir a la mafia, lo estoy ahora de ser un fugitivo. ¡Quiero morir!»

Antóni sonrió, y cogiéndole por sorpresa, tiró el arma al suelo y lo abrazó. El otro se quedó así, con los brazos abiertos, sudando y llorando, sin saber cómo reaccionar; al final su mente se aclaró y él devolvió el abrazo, pidiendo perdón al hombre que había abandonado bajo tierra y atormentado esperando su muerte.

«Perdona, perdóname Antóni», imploró, y como un animal herido lo soltó y se escapó. Necesitaba desahogarse. Fue por los montes de esa isla que no era la suya, pero que tanto se le asemejaba, habitada por gente que no era su gente, pero que no era muy distinta. Corrió por horas hasta caerse al suelo, agotado. Había llegado al límite de una dolina, en cuyo interior crecía un bosque de tejones, y se quedó mirándolo hasta al atardecer, encontrando en ese panorama salvaje un alivio salvífico. Sintió una gran paz, silencio, una quieta tibieza; como aquellas plantas que en ese lugar tan apartado habían encontrado reparo ante siglos de incendios y devastaciones, así encontró amparo él de los

tormentos que desde hacia tiempo le afligían. Se quedó allí hasta el crepúsculo. Al fin, con la oscuridad, se dirigió lento hacia Murradine y volvió a su trabajo como siervo pastor.

Al día siguiente Antóni está mal y sigue en la cama. Algunas personas lo atienden e intentan ponerlo de buen humor. Ese día muchos acontecimientos, hasta ahora oscuros, saldrán a la luz. Gonario será trasladado a la tumba de su propia familia, en el sitio que le pertenecía. El sepulcro con la inscripción Carmelo Sciascia continuará en el mismo lugar: nunca se sabe... El comportamiento de Gaetano no tendrá repercusiones legales: él solamente se había escondido, dejando que en su lugar sepultaran a otra persona, porque temía por su vida.

Antóni evitó recordar a los demás que el “calabrés”, cuando él estaba bajo los escombros, iba a atormentarlo.

Ahora Gaetano se hace llamar Alfredo y continúa criando ganado por cuenta de otros, y temblando a cada mínimo ruido. Lo devora el sentimiento de culpa por haber dejado a ese hombre bajo las ruinas de Antro durante una semana: a riesgo de que se muriera. A veces sueña que él mismo está sepultado bajo esos detritos, o que lo está la entera Antro, con todos sus habitantes que le gritan para que los ayude a salir, y él, por más esfuerzos que haga, no consigue sacarlos.

Gaetano continuará cuidando bestias durante varios años. Mirando sospechoso a ellas también. Todo por culpa de esos ojos demasiado humanos y acuosos, tan grandes y llenos de piedad.

Espabilándose maldecirá al cielo por no poder liberarse de esa absurda manía de persecución. Sólo esa dolina, a la que fue por primera vez después de haberse escapado de Antóni, podrá darle la paz.

Antóni se aclaró un poco la voz. Quería sentarse. Todavía faltaban unas historias para cerrar el círculo y necesitaba contarlas. Se sentía grávido él también, como esas nubes que por la ventana veía apresurarse en ese pequeño trozo de cielo.

En el cuarto con él estaban Raimondo, *ziu* Franciscu, Bacchisio, Mariane, Lucia Cossu y muchos más, incluso gente de Murradine y de Occiduo. En ese momento se estaban preguntando quienes eran los dos hermanos de los cuentos de Antóni.

«¿Pero Bastiana quién era?», preguntó Raimondo.

«Debe ser la hija de Torica Masala y Ferruccio Muceli», contestó *ziu Franciscu* seguro de sí mismo.

«Pero ella era hija única...»

«Ah, te digo que, con esa edad, sólo podía ser ella.»

«¿Entonces Filippo quién era?» insistió Raimondo.

Ziu Franciscu se encogió de hombros y miró interrogativo a Antóni.

Intervino Pietro, que, poniendo orden en su mente a todas las historias que había escuchado, había intuido algo.

«¿La vieron alguna vez salir en bici? ¿Con quién iba? ¿Por qué su hermano no subía como ella a los árboles?». A cada pregunta miraba a una persona distinta haciendo crecer la espera. «¿Por qué ella dejaba que su hermano pequeño la siguiera caminando? ¿Por qué repentinamente a Bastiana le pareció que él se había vuelto más grande y sabio? ¿Y la historia de cuando ella se enredó en las zarzas y él empezó a lamerla? ¿Y cuando él se paraba a olisquear las margaritas en el suelo? ¿No será que ella tenía un perro?»

«¡Ostras!» exclamó súbitamente *ziu Franciscu* dando una palmada a Raimondo. «También la historia de la basura... ¡Era el perro quien la tiraba! Lo vi yo mil veces, la sostenía con los dientes, se la llevaba a la calle que pasaba por arriba del contenedor, que no tenía tapa, y la dejaba caer adentro». Se rió, extasiado y contento de haberse acordado de ese particular.

«Sí, sí, nosotros en el pueblo le llamábamos Pippo, pero su verdadero nombre podía ser Filippo», añadió Raimondo.

Mientras tanto Antóni miraba dos sombras firmes a los pies de la cama, una escondió el morro entre las patas, como negando lo que se había revelado. “¡No soy un perro! ¡No soy un perro!”, parecía querer decir. Y Antóni sonrió.

«Se querían mucho. Estaban siempre juntos, como hermanos.»

Ziu Franciscu, con voz triste, suspiró. «Cierto que... Después de perderse de vista no era fácil volver a encontrarse; el perro, con toda esa lluvia, no podía usar su olfato. Y ella, pobrecita...»

«El perro debe de haber ido hacia la casa convencido de que ella lo siguiese, ese camino lo habían recorrido docenas de veces, pero con toda esa confusión se dio cuenta demasiado tarde que ella no estaba detrás. Con la lluvia, hasta el sendero tan familiar se había vuelto ajeno para la pequeña. Además, habrá tenido miedo a causa de la oscuridad y de los truenos», reconstruyó Mariane, el hermano de Lucia.

«Cada uno de ellos habrá esperado que por lo menos el otro se salvara»,

añadió Bernardina.

Con esas palabras, las dos sombras al pie de la cama de Antóni parecieron abrazarse. Luego una lamió a la otra, que no se opuso. Habían hecho las paces, ahora ambos habían entendido.

Antóni contento, aunque cansado, empezó a contar otra historia. Pietro a su vera lo miraba, pensando todavía en esa niña perdida en la montaña bajo el repiqueteo de la lluvia, sola y asustada sin su “hermano” mayor para protegerla. Con la caída de las tinieblas, el terror debía haberla poseído haciéndole perder el contacto con el mundo, por eso había podido divisar el fantasma de Bainzu encima de la roca. O puede que fuera gracias a la gran sensibilidad de la cual los niños están dotados. Estando frescos de vida, sus mentes están más cercanas al más allá, como la de los viejos.

«Quedo yo. Ahora me toca contar toda mi vida hasta ese día, porque sólo sobre lo que me sucedió el día del chubasco he dicho la verdad, mientras sobre todo lo demás mentí. Lo admito, me avergonzaba. Yo, mujer pía, he hecho cosas por las cuales Dios ha decidido castigarme, mandándome toda esa lluvia, pero al mismo tiempo ha castigado a todos los demás pecadores. ¡Los habitantes de Antro hicieron cosas de todo tipo! Pero comencemos por el principio, que si no, nos confundimos.

»Yo nací sin una familia. Mis padres no sé de dónde eran, quizás tampoco eran sardos, quién sabe. Me abandonaron en el hospital de Occiduo. A mi madre la habían ingresado porque tenía dolores tan fuertes que no podía aguantar estar de pie. No tenía carnet de identidad ni pudo decir su nombre de lo fuerte que era el dolor. Tenía que haberla acompañado alguien en el hospital. Me parió de noche, y por la mañana ya había escapado. La vieron subir a un coche y jamás se supo nada de ella. Espero que haya acabado mal, ¡esa asquerosa! Y lo mismo espero de aquel que escapó con ella, y si era mi padre, ¡mucho mejor!, ya que tampoco él debía ser una bonita persona, por haber aceptado hacerme esto.

»Las enfermeras me llamaron Filomena; ellas me dejaban llorar horas, hasta que me ponía roja y casi me ahogaba. En el hospital me quedé por lo menos un mes, porque había nacido con una disfunción pulmonar. Luego fui dada en adopción. Hasta el año, me tuvo una pareja que tenía un niño de mi misma edad y nos amamantaron juntos, pero él era tan glotón que yo me quedé chiquitina y raquíca por su culpa; ya que no me dejaba ni una gota de leche. Cuando muchos años después lo volví a ver, incluso se ufanó de eso. Se lo

había contado su madre. Me dijo que “por otra parte” esa leche era suya y le tocaba por derecho. Hace unos años murió de un ataque al corazón; se había vuelto obeso, o sea, había seguido siendo el mismo glotón, y lo había pagado caro.

»Después del año me mandaron con otra familia, y luego fue un continuo cambio, uno tras otro, porque nadie me quería, tan grácil y chiquita que parecía enferma. A cada familia que me abandonó le deseé lo peor; y cosas buenas no les ocurrieron, ¡porque yo, desde pequeña, cuando les echaba el mal de ojo, no fallaba!

»Me hice mayor sin saber de quién era hija. Fui a trabajar a una fábrica textil de Occiduo; al principio todos me trataban mal, pero luego empezaron a temerme, pues sabía hacerme respetar. En el trabajo sudé sangre y se me consumieron los ojos: ¡no fue por demasiado amor! Y por suerte que mi don de “echar mal de ojo” no se perdió con la vista...

»Cuando al fin me jubilé, con la liquidación y el dinero ahorrado me compré una casa. En Antro, que salían más baratas. Y no he vuelto a moverme de allí. Tampoco el agua pudo llevarme lejos de ese pueblo.

»No es verdad que yo hablaba mal de todos, sólo decía las cosas que veía. Lo hacían también mis amigas, sólo que cuando lo hacían ellas, nadie protestaba. Y pensar que para ellas habría sido mejor callarse, visto que cuando nombraban una cosa, luego ésta se volvía contra ellas. Por lo menos eso noté yo. Podían ser después de años, pero al final pasaba. “La hija de la vecina quedó embarazada sin estar casada”, me decía Luigina. Al cabo de tres años, también su hija volvió con la barriga grande, ¡y sin saber tampoco quién era el padre! “Al hijo de Mariedda lo detuvieron”, me contó un día Domenica: pues también el suyo, unos días después, acabó en la cárcel, y sigue todavía allí. “El marido de aquella se fue con...”, ¿y sus maridos, entonces? ¡Eh, al hablar mal de los demás, se atraen las desventuras para sí mismos! Sólo a mí no me sucedía, porque yo nunca había tenido novio, ni marido, ni hijos, tampoco un perro... nadie me había querido nunca, está bien, pero así nadie me decepcionó.

»Pero alrededor... ¡Era todo un toma y deja, un hacer y deshacer que no terminaba! Y cuernos, embarazos no deseados, *bagassumine*^{III}, gente que no tenía ganas de trabajar, robos, trapicheo, maridos que pegaban a las mujeres... ¡De todo! Y sólo yo podía hablar de eso. Quedándome allí tranquila. Pues no tenía por quién preocuparme.

»A mis padres no los conocía nadie, y tampoco conocían mi verdadera

historia, porque cuando llegué a Antro ya era mayor y nunca conté nada. Yo podía hablar de cualquiera sin que nadie pudiera decir algo sobre mí. Pero al mismo tiempo estaba sola, y la gente empezó a odiarme.

»En cuanto a tratarme mal, me habían tratado mal siempre, en eso no había diferencia, sólo que al final ya no tenía amigas. Demasiado había dicho también de ellas y sus familias. ¡Pero yo lo hacía para tenerlas siempre informadas! Empezaron a decir que era una bruja y que atraía la mala suerte: ¡yo nunca había dicho a nadie lo de mi ojo!, que por las cataratas se había vuelto casi blanco, pero que todavía seguía haciendo su deber. Comenzaron a decir incluso que era una chismosa y que hablaba mal de todos, hasta de ellas que eran mis amigas. ¿Entonces por qué cuando yo contaba algo sobre una, las otras me contestaban añadiendo cosas ellas también?

»A todo el pueblo lo tenía en contra. Los niños me lanzaban bellotas cuando pasaba, los adultos me insultaban, los hombres incluso se tocaban. Ya no podía dormir, de tanto que me sentía ofendida, y al permanecer despierta pasaba las noches espionando detrás de las persianas: ¡y cuántas cosas descubrí! Luego por la mañana me iba a la iglesia, donde estaban las únicas personas todavía dispuestas a escucharme: o sea las santurronas del pueblo. No sé, era algo más fuerte que yo. El Cristo me miraba desde la cruz, pero yo no lo podía evitar, decía a mí misma y a él que no estaba haciendo nada malo y seguía chismeando. Pero al parecer me equivocaba, ¡y él me castigó! Nos castigó a todos, a la entera Antro, por su pecar, por todas las asquerosidades cometidas. La montaña que se nos derrumbó encima fue nuestro castigo, y puede que Dios los quisiera punir más a ellos que a mí... ¡Malditos sean!

»Estaba sola en casa y casi no me di cuenta de nada. Me asusté por los truenos y empecé a subir las escaleras que llevaban al desván, pero no tuve tiempo, pues ya la puerta había sido vencida por el agua y yo arrastrada... ¡Que yo sea maldita!»

Entonces eran de Filomena las piernas divisadas por Antóni en aquel recuadro de ventana, mientras él escapaba del agua. Ella, ni sospechó, que por esos mismos escalones la suerte llegaría para llevársela. Justo a tiempo y con malicia, ya que a Filomena le habría bastado subir otros dos peldaños para burlarse de ella.

Antes de ser arrollado por los escombros, Antóni los había visto a todos: Filomena, Bastiana, Maura, Gaetano y hasta a Coghera. También a Bainzu y a Chircu los había visto, pero a ellos en el sueño que tenido en casa de Pietro.

De todas formas eso dejaba entender que sus espíritus, mientras él subía hacia el campo, le habían pasado cerca.

Ahora entendía la ulterior conexión entre él y ellos. Él había sido el último en verlos, y él fue a quien ellos se habían aferrado para pegarse a este mundo, la única esperanza para resolver sus contiendas. Lo habían vigilado, haciéndole compañía y dándole fuerza, contándole que no era justo que muriera con ellos, de manera que después los pudiese liberar de sus pesares.

Distrayéndose de sus reflexiones Antóni desveló a los presentes, que lo miraban, que esa historia apenas contada se la había confesado Filomena esa misma noche. Bernardina había quedado muy decepcionada: las de Filomena habían sido sus historias preferidas, habían despertado en ella tantos recuerdos, tantas emociones, hasta algunas que no le pertenecían, pero que quizás formaban parte de su memoria atávica. Le lastimó descubrir que esa mujer había sido la más odiada del pueblo y con mérito. Le dejó un amargo sabor.

Se dio cuenta de que Pietro la estaba mirando fijamente, y no supo si bajar la mirada o sostener la de él. El marido se le acercó. Continuaba sin mostrarse enfadado por lo que había sucedido aquel día en el bosque entre ella y Antóni, y tampoco hacía alusión a eso.

«¿Estás triste porque descubriste que Filomena no era buena persona como creías?»

Ella dijo que sí con la cabeza, sin sorprenderse por su sensibilidad – siempre la había tenido – sin embargo, se conmovió por esas palabras de consuelo que le había dirigido.

«No deberías. Al fin y al cabo, si ella al principio contaba esas historias tan conmovedoras, es porque ésas eran las cosas que ella deseaba. Filomena quería ser buena, pero no lo consiguió, porque tampoco la vida lo fue con ella. Su perfidia cuando chismorreaba sobre los demás, o les deseaba cosas malas, era sólo la envidia a una vida que, por muy imperfecta que fuese, ella no había podido tener. Pero la sensibilidad la tenía.»

Bernardina se alegró. Pietro tenía razón; le sonrió y él la rodeó por los hombros con cariño, concentrándose luego en Antóni.

Si Filomena todavía no había podido alejarse de este mundo había sido por el sentimiento de culpa; ella en parte se consideraba culpable por haber causado el desmoronamiento con sus pecados y por haber desenmascarado los de los demás, que quizás Dios ciertas cosas tampoco las habría sabido si ella no se las hubiera contado.

Pietro ahora quería saber de sí mismo, quería recordar su pasado. A través del pasado de las personas de Antro no había podido, aunque algo dentro de sí se había removido. Estaba seguro que Antóni podía devolverle su memoria. Lo miró fijamente a los ojos y el otro entendió.

«En la historia que te conté el otro día sobre Bainzu, el niño que lloraba por el desarraigo de los árboles eras tú. Ese episodio tuvo lugar hace más de veinte años, y fue un evento que marcó tu vida. Tú siempre has estado en estrecha relación con tu pueblo, desde tu nacimiento. Ese día, después de huir de Bainzu, te perdiste en el bosque bajo Antro, pero no perdiste solo el camino. Fuiste, digamos, engullido por un proceso que yo tampoco entiendo. Ya desde entonces Antro andaba despoblándose a beneficio de Occiduo y se había creado una enorme depresión en el tiempo, un torbellino alrededor del cual remolinaban sus habitantes, los pensamientos, los recuerdos y el hado. Tú eras el más cercano a su borde interno, a su centro oscuro.

»¿Sabes?, el tiempo está formado por una espiral absoluta, suma de innumerables espirales más pequeñas e infinitos vórtices menores en cada uno de los cuales gira una persona.

»Ninguno conoce la grandeza de su vórtice personal, ni de los mayores en los que se encuentra, tampoco el punto exacto en el que se halla; así sucede que se encuentra engullido por una de esas bocas rodantes, sin darse cuenta. Las espirales de los remolinos son ciclos: de nuestra vida, de la historia, del tiempo.

»El día del desprendimiento, el remolino de Antro, que existía desde su fundación, dio un rápido giro, atrayendo de repente a todos hacia su centro. Sin embargo, ya desde hacía años los círculos se estrechaban y se andaba acercando el momento final. Había muchas señales de eso. Y al fin con el desprendimiento todos fueron tragados, menos tú. ¡Pero sólo porque tú ya habías desaparecido desde hacía tiempo en ese mismo torbellino!»

Pietro no conseguía entender todos esos discursos sobre los vórtices y el tiempo, pero mientras Antóni hablaba se concentró sólo en la historia del niño que no quería que fuesen derribados los árboles y en su voz, que empezó a llevarlo lejos.

Acabado el cuento, se quedó en silencio por algunos minutos mientras todos lo miraban, luego poco a poco sus pensamientos se despejaron siguiendo los hilos de esas palabras. Fueron a ese campo cultivado por Bainzu, donde antaño había poderosas encinas, plantas seculares, guardianas de reminiscencias. ¿Cuándo había empezado el viejo a abatirlas? Casi hacía

treinta años. Pietro era todavía chiquito, un niño que amaba a su pueblo, que fijaba en su memoria cada particular, cada historia, y que, sin embargo, advertía una extraña sensación. Algo le estaba pasando a su pueblo, algo malo, que estaba mutando cada cosa y que sólo podía conducir a un precipicio. Se había activado un proceso autodestructivo que nadie intentaba parar. Muchos huían de Antro como si escaparan de un perro hidrófobo, y esto aceleraba el proceso. Los pensamientos de los que quedaban se perdían por las calles, hacia el bosque, y ellos se iban olvidando incluso a sí mismos, fagocitados por un vacío que les impedía reflexionar, tener clara la percepción de las cosas.

Antro había entrado en el centro de una depresión y ahora andaba desvaneciéndose de manera lenta, pero progresiva. Aunque sólo fuera un niño, Pietro se había dado cuenta de todo esto. Observaba a la gente y al pueblo, y le parecía ver tantos fantasmas, figuras indistintas que deambulaban con toda la fatuidad propia de una niebla.

Todo era inestable a causa de este comportamiento desconsiderado, y por eso fue suficiente un temblor, una coincidencia, para revelar esta precariedad.

Esta vez es Pietro quien evoca los recuerdos. Nuevamente capaz de hacerlo después de mucho tiempo.

«El primer grito turbó mi sueño. El segundo le infundió sueños infaustos. El tercero me despertó. El cuarto me llevó hacia el camino de un nuevo sopor hecho de vacío, en el cual el instante sucesivo al precedente es un suspiro todavía no exhalado. La cabeza me zumbaba y me sentía extraño. El sol ya estaba alto en el cielo, pero mis ojos no se querían abrir, y si lo hacían, era de golpe. Me puse entonces a mirar el cuarto como si lo viera por primera vez. Sabía que faltaba algo, y esta ausencia no estaba allí ni en ninguna otra parte, aunque estuviese por doquier. Había oído chillidos, pero no sabía de dónde llegaban. En esa época yo era demasiado pequeño para irme solo, y además los días anteriores había llovido.

»Me levanté y mi madre me preparó el desayuno. Durante todo ese día continué oyendo los gritos, agarrándome la cabeza adolorida y mirando afuera de la ventana. Todo sin poder explicarles a mis padres lo que me atormentaba.

»Otras cinco o seis veces durante ese año volví a tener esa experiencia, sobre todo estando despierto. Esos lamentos reventaban imprevisibles en mi cabeza y a veces se prolongaban durante días. Yo era el único que los oía...

»El fenómeno se repitió por algunos años. Había percibido una constante en estos sucesos: en los días que los precedían llovía siempre, tanto, que había asociado la lluvia a los lamentos, y pensé que era el cielo que lloraba. La lluvia era más rápida en bajar, por eso las voces se oían sólo después. Sentí que con el comienzo de esos gritos Antro había acelerado el camino hacia su fin.

»Me convencí de que los demás no lo sentían por culpa de la insensibilidad y la fría hostilidad hacia todo lo que sucedía en el pueblo o en los alrededores. Ambas las veía en los rostros pálidos de mis conciudadanos, fastidiados y más semejantes a fantasmas que a hombres, las veía reflejadas en su conducta nerviosa, en el disgregarse de sus sentimientos de pertenencia, de la voluntad común. Del vivir respetando a la naturaleza, en una armonía que estaba hecha de concesiones recíprocas, compromisos ventajosos para ambos. No sé cómo yo podía entender todo esto. Pero seguramente yo escuchaba con

interés casi morboso a los viejos, y puede que lo aprendí de ellos, aunque ellos mismos no se dieran cuenta de nada. Estaban cansados, agotados por el tiempo, cegados con respecto al futuro e incluso hacia el presente, y mientras dejaban que se borrara el pasado, se enajenaban también de la vida.

»En sus recuerdos el pueblo había estado siempre unido, mientras que ahora estaba dividido y hundido en la indiferencia. Y esto provocaba unos efectos terribles. Mil señales se mostraban: las plantas se infectaban, lluvia y viento más a menudo provocaban graves daños, el ánimo de las personas se exacerbaba. Era suficiente el mínimo pretexto para que estallase una pelea o naciera una enemistad que involucraba más generaciones. *Faidas* cuyas causas de pronto se olvidaban, pero que se alimentaban de un odio atávico, quizás debido a un sufrimiento humano de origen antiguo que se solía desahogar con estos nuevos chivos expiatorios. El hombre siempre necesita encontrar algo o alguien sobre quien descargar sus frustraciones.

»En el pueblo eran cada vez más los descontentos por los campos infructíferos o poco rentables, por la vida infeliz, la ausencia de perspectivas; y estos intentaban, no siempre con éxito, huir hacia falsas mecas: a menudo simples sirenas. Por eso, se marchaban como fantasmas, y volvían como espectros. Y también cuando se quedaban en su falso país de cucaña, en sus adentros sabían que estaban muertos.

»La vida en Antro ya no seguía ritmada por la continua repetición de acontecimientos, gestos, acciones: cambiaba para peor. Bajo el constante disminuir de esta reiteración de la vida cotidiana Antro se marchitaba y moría.

»Los jóvenes que antes llenaban la plaza haciendo compañía a los viejos, hablando entre ellos o jugando al fútbol, ya no estaban. Se habían marchado. Nadie más iba al río para pescar o bañarse en verano. Y de hecho no fue por casualidad que éste se secó hasta desaparecer.

»El paseo se iba vaciando de su tráfico nocturno gracias al cual muchas parejas se habían formado, y era siempre más difícil encontrar a dos que salían tomados de la mano.

»El sufrimiento crecía, pero todos eran ignavos frente a él, casi como si ni les rozara siquiera. Era más fácil quejarse por la miseria de Antro que intentar mejorar su propia vida en el pueblo, y hasta los de Murradine, al ver la apatía de sus vecinos, permanecían lejos para no ser contagiados.

»Los viejos ya no enseñaban los antiguos oficios a los jóvenes; sus últimos aprendices ya se habían ido hacía mucho tiempo, y empezar otra vez desde el principio, con otro chico con la mochila lista a cuestas, era

desalentador.

»Solo *ziu* Franciscu continuaba con su trabajo y con sus cuentos, evocando una Antro que ya no existía. Siguiendo estas fantásticas huellas, soñaban algunas veces los viejos y los chicos. Pero estos últimos, ya que no la habían vivido, eran incapaces de recordarla y se convencían de que nada de todo eso había existido y esperaban poder huir cuanto antes de ese lugar sin pasado.

»Ese malestar yo lo veía reflejado en ojos alucinados que me horrorizaban, pero cuando preguntaba qué les pasaba, ellos sacudían la cabeza, y cuando preguntaba a mis padres qué le pasaba al pueblo, al viento, a la lluvia, a los árboles, ellos me tachaban de loco, riéndose por mi inocencia de niño. “¿Qué quieres que le pase al viento?”, se burlaban. Y entonces yo aprendí a no decir nada y a guardarme todo, pero algo en mí también iba desintegrándose.

»Seguí patrullando las calles de Antro, sintiéndola hacerse evanescente, desapercibida, pálida; no advertía más la tierra bajo mis pies, y relacionaba esta extraña sensación a esos gritos, aunque iba mucho más allá de ellos, y esto me espantaba, porque intuía que algo irreparable sucedería.

»La última vez que oí los gritos, salí corriendo afuera de la casa. Era un día gris y frío, las carreteras estaban vacías y silenciosas, y mis pasos en el adoquinado rebotaban: unos pasitos culpables de un niño que acababa de decir a su madre que estaba saliendo a jugar en la plaza con un amigo, quien, sin embargo, se encaminaba hacia un llamado agonizante, dirigido a una humanidad indiferente...»

Pietro habitaba en la parte baja del pueblo y, no pudiendo hacer otra cosa, subió. El frío le calaba hasta los huesos. Las fachadas de piedra de las casas relucían a causa de una pátina de hielo, crepitante al soplar del viento. Las ráfagas de tramontana se insinuaban por las callejuelas recorriéndolas con destreza y aullando de manera espantosa. Las pocas hojas de los árboles eran arrancadas sin indulgencia, rodaban por las calles y terminaban amontonándose en pequeños rincones cerrados y húmedos. Desde un techo, una teja no sujeta por la malta se soltó precipitándose al suelo y destrozándose con gran estrépito. Y ése para mí fue el primer golpe. Le hizo eco un rebote de persianas enloquecidas en unas casas abandonadas: el segundo golpe; era el viento haciéndose dueño de esas viviendas.

Pasando delante del niño como si no lo viera, un gato desgredado huyó

lejos, perseguido por un peligro inexistente. En algún lado un perro quiso ladrar por un mero capricho sugerido por el mal tiempo, y lo hizo con un ladrido que parecía venir desde lo hondo de un barranco. Fue el tercer golpe. Pietro alcanzó y sobrepasó la iglesia, dirigido hacia un sonido transportado por el viento, el único en todo el pueblo que mostraba ser generado con intención. Un sonido racional y vivo, repetido con desesperada insistencia.

Trepó sobre una escarpadura que daba sobre una terraza. Una vez arriba, los golpes advertidos por su oído retumbaron, y un campo devastado por una furia inhumana se presentó ante sus ojos: fosos enormes, raíces rebanadas, árboles abatidos, tierra yerma. Sólo una planta descollaba allí abajo.

Pietro se movió por este campo bombardeado, como si pasara entre tumbas. Donde yacían los cadáveres de las encinas su mirada tropezaba y sus ojos se humedecían reconociendo en los árboles las voces desgarradoras llevadas por el viento. Una vez llegado al final del campo vio un hombre frente a una encina. Sujetaba una azada con el mango muy robusto, modelado por el continuo uso, con la hoja larga y curva. Una muerte con su hoz. Pensar que no era mucho más alto que él.

Pietro se acercó con los ojos llorosos. Los lamentos de agonía de la última víctima hacían eco en su mente como los aullidos del viento oídos por las calles del pueblo. No había distinción entre esos dos sonidos: una misma angustia los invadía.

Se acercó al hombre que seguía excavando con la azada alrededor de las raíces: la tierra todavía blanda a causa de la lluvia de los días precedentes.

Un hacha puesto a un lado servía para cortar las raíces. ¡Ese hombre mataba a las encinas!, y lo hacía con una sonrisa torva, un ardor inhumano y un jadear espasmódico. Lo hacía sin ninguna maldad, y esto era lo más espantoso. Ignorando el mal que hacía, trabajaba con frenesí.

Al llegar cerca de él, Pietro gritó. En un llanto liberó toda el ansia por las peticiones de ayuda que en todos esos años había desatendido.

Justo en aquel momento se oyó un golpe, las pocas raíces restantes cedían. Lentamente el árbol se desplomó y lo hizo acompañado por un silbido creciente. El niño estaba en su trayectoria. Bainzu le empujó y por poco no fue aplastado él mismo. Pietro terminó en un foso, en el barro, y las ramas de la encina se abalanzaron azotándole la cara y ocultándole toda luz. Ése fue el cuarto golpe.

Bainzu, excavando frenético entre las ramas, lo sacó del hueco. Pero Pietro, apenas se incorporó, lo miró atemorizado y huyó.

El viejo se quedó solo. Por primera vez se detuvo a examinar el campo. El dueño era *ziu* Pascalinu. Hacía muchos años le había pedido que talara algunos árboles para tener un poco de leña para el invierno. Desde entonces, año tras año, y después de cada lluvia, cuando la tierra estaba blanda, él había diezmado el bosque. Unos cincuenta árboles en total. Bainzu no había pensado que eso pudiese ser un mal. Nunca había podido considerar unas plantas como criaturas vivientes, menos todavía como tanques de memoria, pequeños pulmones verdes o tenaces defensas naturales contra las calamidades; no estaba en posición de definir la dimensión de su culpa, sólo sabía que si ese trabajo no lo hubiese hecho él, lo habría hecho otro. Ya dos personas se habían presentado para hacerlo con la motosierra, porque era más rápido. Y además ahora *ziu* Pascalinu quería que él le cultivara ese terreno...

Pietro se había escapado lejos, hacia Occiduo, mientras su madre, preocupada por el tiempo que empeoraba, había ido a buscarlo en la plaza, sin encontrarlo.

Pietro deambuló por horas, tratando tal vez de volver sobre sus pasos, pero todos los caminos le parecían iguales, y al final terminaba por perderse en ellos. Cayó la noche, y él continuó vagando. Trató de darse valor: encontraría el pueblo, o Murradine, u Occiduo; en cambio, nada. La oscuridad se hizo densa, animada por los ruidos más diversos, mil chillidos y batir de alas, que le recordaban a los cuentos de *ziu* Franciscu sobre las brujas, hadas y demás seres fantásticos. En un cierto punto dio un paso en falso, resbaló y se cayó dentro de una estrecha grieta en el terreno. Llegó hasta el fondo, despellejándose las rodillas y cortándose un poco las manos, pero nada serio. Se percató de que había algo más en esa grieta. En la oscuridad vio un rostro ensangrentado, un cuerpo tumefacto que comenzaba a secarse; sólo hasta entonces le llegó a la nariz un olor nauseabundo y dulzón a carne en estado de descomposición. El fondo del pequeño abismo estaba lleno de una sustancia de consistencia fangosa. Era fango, en efecto. Intentó mil veces salir de esa angosta garganta, pero no lo consiguió. Más bien, a cada tentativa se caía una y otra vez sobre el cadáver. Se puso a gritar, pidiendo ayuda, pero nadie podía oírlo. Permaneció despierto toda la noche. El frío le caló bien adentro de los huesos. El muerto lo miraba fijamente con ojos vítreos: en sus órbitas se movían pequeñas sombras que seguramente debían ser blancas, dado que podían distinguirse así en esa oscuridad. A la mañana siguiente, el sol le mostró un cuerpo magullado y maltrecho, de rostro lívido y oscuro, ojos de un azul intenso, de los cuales salía en ocasiones un gusano, arrastrándose desde

debajo de los párpados. Parecía haber sido víctima de algún desastre natural, y tenía un aspecto terrible: los gusanos lo devoraban por completo y, extasiadas, las moscas le revoloteaban alrededor. La peste era insoportable y no había forma de taparse la nariz con la ropa. Pietro se puso a estudiar una forma de salir de aquel foso, pero parecía que no había alguna. Y él estaba sucio, lleno de tierra, de una mucosidad indefinida, y desesperado.

Se desquitó consigo mismo por haberse escapado de esa manera.

Cuando cayó de nuevo la noche, se desquitó hasta con el muerto, pateándolo y escupiéndole encima. Esa noche, agotado por el cansancio, se durmió a pesar del frío que le hacía temblar y castañetear los dientes. A cierta hora, comenzó a llover; al principio lo despertaron los ruidos que estaban más allá de la grieta donde se hallaba. Un repiqueteo del agua sobre las hojas, ecos del infinito, pues cuando no se ve nada o se tienen cerrados los ojos, el espacio deja de ser importante. Luego la lluvia creció en intensidad convirtiéndose en un fuerte revés para él. Muy pronto, riachuelos de agua comenzaron a verterse dentro del foso. Pietro se percató de que tenía una gran sed y se puso a beber del cielo con las manos; también tenía hambre, pero la lluvia no podía hacer nada por eso. Tuvo miedo de que la lluvia terminara por inundar el foso y ahogarlo – él no sabía nadar –, pero pronto el aguacero pasó. A la mañana siguiente fue aún más terrible estar en medio de esa agua estancada, llena de gusanos ahogados, con ese pálido cadáver que lo miraba y el frío que lo atenazaba. Se desmayó. Cayó de rodillas, con el torso apoyado contra la escarpada pared y el agua que le llegaba al mentón; cuando se despertó, a altas horas de la noche, temblaba como una hoja y sufría de retorcijones en el estómago. Vio al cadáver como si jamás lo hubiese visto, casi no recordaba los dos días precedentes, ni cómo había ido a parar a ese agujero. Pensó que habían asesinado a ese hombre y encima le vino la duda de si no lo habría matado él.

Luego culpó al bosque, a los animales (que a veces oía), y a Antro, que imaginaba burlándose de él desde lo alto. Se puso a blasfemar contra el propio pueblo, maldiciéndolo, y dijo odiarlo con todas sus fuerzas, a esa pequeña ciudad acurrucada casi encima de la montaña, habitada por gente capaz de asesinar y de lanzar cadáveres a los fosos. Un pueblo semejante merecía desaparecer y, en efecto, en su mente el recuerdo de Antro ya empezaba a estremecerse. Pietro gritó enfadándose consigo mismo, con el foso a donde había ido a parar, con ese individuo muerto al que quizá él había tirado adentro. Vino de nuevo el día. A la una, Pietro oyó pasos. Comenzó a

gritar levemente. Advirtió una persona: se había salvado. El hombre lo ayudó a salir de la grieta; era un chico algunos años mayor que él, alto y delgado, de cabello largo, nariz aguileña y una gran mochila a cuestas. Se llamaba Antóni, y parecía haber llegado sólo unos días antes para visitar los bosques. Apenas vio ese horror que yacía en el foso, se quedó muy impresionado. Lo miró como si fueran sus propios restos mortales, y luego sugirió a Pietro que no le dijese nada a nadie; a menudo, descubrir un cadáver, significa convertirse en sospechoso o, peor aún, ser acallado. Pietro, a pesar de su corta edad, comprendió: *ziu* Franciscu siempre contaba historias similares, en las cuales el que encontraba un cadáver, o era acusado de haber matado al occiso, o él mismo caía en la trampa del verdadero asesino, temeroso de que alguien hablara de más, aunque no supiera nada al respecto. Prometió silenciar el acontecimiento. Además, ya ni siquiera lo recordaba: sentía una opresión en la base del cráneo que le impedía pensar. Antóni lo había hallado por casualidad. Lo llevó a Antro, encargando de su cuidado al primero que vio pasar. Pietro tenía fiebre. Después él desapareció. Acostado en la cama y enfermo, ante las preguntas de sus padres, Pietro no supo responder dónde había estado esos días ni qué le había ocurrido. Ya no recordaba nada, se durmió, y al despertar ya no se recordaba ni de Antóni ni del hombre en el foso.

El cuento había terminado, Pietro finalmente había recordado todo, entendido todo, o casi. Desde el día en que había visto a Bainzu desarraigar los árboles, él no había podido más guardar sus recuerdos. El proceso de olvido ya en acto en Antro a causa de su vaciarse de recuerdos, del hundirse en el tiempo, de la pérdida de identidad y de memoria de sus habitantes, unido al ulterior *shock* por el asesinato de las encinas y por la putrefacción de la muerte, habían accionado en él un proceso irreversible. Pero, puesto que una memoria no se borra sin daños y un vacío no se crea sin ser rellenado, este proceso no podía estar exento de consecuencias.

Lo que le había pasado a Pietro sólo fue un anticipo de lo que muchos años después ocurriría, con el aluvión y el desmoronamiento, a sus conciudadanos. Pero esta vez el agua no destruiría únicamente los recuerdos, borrándolos gota a gota: se llevaría físicamente incluso las cosas y las personas, arrastrándolas ambas en el torbellino oscuro al centro de los ciclos del tiempo.

Ahora Pietro había entendido su conexión profunda con Antro, con

Antóni, y por qué lo había llevado a su casa en lugar de llevarlo al hospital el día de su encuentro; gracias a sus historias había podido hallar su pasado, entender sus errores, los de Antro y los de todo el mundo. Ahora, con todo este evocar de recuerdos y con la reconstrucción obrada por Benedetti, Antro renacería.

Junto a esta conclusión, Pietro abrazó a Bernardina, tomando de ella una gran fuerza.

Raimondo preguntó sobre Marco, el niño que decía acordarse cuando, todavía dentro del vientre, escuchaba a su madre cantar, y que decía que no había nacido. La historia de Pietro no era la última; faltaba esta:

«Autismo. Dicen que estoy afectado por este grave trastorno, una grave enfermedad. Yo sólo creo que me desplazé de mi cuerpo, que me partí en dos.

»Escapé sin siquiera darme la vuelta, mientras mi cuerpo lloraba distante, creciendo a pesar de mi. Por suerte, yo no me alejé mucho: un hilo casi invisible nos mantuvo atados y de vez en cuando pude pararme a observar mis despojos. Me hacía bien hacerlo, pues entre más los miraba, más me convencía de que era mejor no volver, porque me sentía feliz donde estaba, con una felicidad que en cualquier otro lugar era imposible, aunque una parte de mi se sentía sepultada.»

Antóni observó el efecto de aquella revelación. *Ziu Franciscu* se puso de pronto una mano en la frente, y Raimondo dio un salto hacia la cama.

«¿Marco, el hijo de Luisella?» chilló al enfermo. Antóni tenía un poco de fiebre y los ojos rojos e hinchados.

«Sí.»

«Pero él todavía está vivo, nosotros creíamos que tú hablabas sólo con los muertos... Aparte de nosotros, y de... Aquel siciliano...». A medida que hablaba, Raimondo se confundía.

Se acercó Pietro; él tenía todavía una duda.

«Pero, ¿tú lo supiste desde el principio?»

«No» murmuró Antóni, «acabo de saberlo. Pero no fue él quien me engañó, fui yo en malinterpretar sus palabras.»

«Pero, ¿cómo puedes hablar con él, con un niño autista?» insistió Pietro.

Antóni se encogió de hombros. No sabía nada de esas cosas.

Ya era hora de comer, y algunos se fueron. Se quedaron Raimondo, Lucia y Mariane. El enfermo todavía quería decirles algo. Encontrándose un poco mejor, decidió levantarse. Aunque Pietro y Bernardina no quisieran, tomó asiento en la mesa. Estaba ansioso de decir algo. Se acarició el pelo, que se había hecho largo en ese año, y se dirigió hacia Mariane y Lucia, hermanos de

Luisella, madre del niño autista.

«Tienen que ayudarme», empezó convencido, «tienen que convencer a su hermana de hacer algo que le podrá parecer extraño, pero que, si funciona...»

No quiso añadir nada más. Los detalles sólo los referiría a Pietro. Ellos se quedaron dudando, pero no contestaron. Antóni había demostrado ser sincero y ser una persona excepcional. Debía tener buenos motivos para pedirles ayuda sin explicar nada.

Esa misma noche Antóni, Pietro, Mariane y Lucia fueron a casa de Luisella; Marco ya dormía. Ella discutió casi una hora con ellos sobre los planes de Antóni, pero al final, aunque no tuvieran mucho sentido, aceptó llevarlos a cabo; nada más para quitárselos de encima y por esa desesperación que siempre causa que las personas hagan las cosas más disparatadas.

Luisella tenía los ojos cansados y estaba afligida, atormentada desde hacía años. Aceptó porque se fiaba de Pietro; además, estaba condicionada por todas las historias sobre Antóni que había escuchado.

Pietro Mura, todo serio, desapareció rápido hacia otra habitación. Los otros murmuraron con aire conspirativo y Luisella se puso una mano entre los cabellos claros y rebeldes, casi como si se hubiese arrepentido. Se los frotó. Pasaron algunos minutos, luego Pietro se asomó silencioso a la puerta. Se movía en su casa como si fuese la suya. La mujer ya no entendía más nada. Pietro dio señas para que se acercaran; estaba listo. Ella entró en la habitación de Marco, lo tomó en brazos sin despertarlo y se dirigió hacia el cuarto de baño, donde ya estaban los demás esperándolos. La mujer tuvo miedo de lo que podría pasar. Viendo la bañera llena de agua tibia, se detuvo, pero alguien la empujó.

Marco, duermes y a tus oídos llega mi cantar, tan esperado y cálido. Creías que no volverías a oírlo, sin embargo, ahora escuchas de nuevo esta armoniosa distensión de notas: vibran el silencio y el aire, mientras te resuenan alrededor.

Tienes los ojos cerrados, y sigues durmiendo.

No sé lo que me pasaba por la cabeza al traerte aquí. Llevaba años criándote entre las lágrimas, consciente de que el día en que te parí, quizá porque estaba atemorizada de entregarte al mundo, cedí tu cuerpo, pero retuve tu espíritu. Seguía teniéndote dentro, y fingía no saberlo. No tuve el coraje de dejarte nacer, y mirándote me sentía incapaz, culpable. Veía bien lo que te había hecho, y era probablemente peor de lo que habrías podido

sufrir por parte del mundo. ¡Cómo me sentí mezquina e infeliz!

¿Por qué te parí sólo en apariencia?

Quizás no estaba bastante madura, mientras que ahora que han transcurrido tantos años lo vuelvo a intentar, acomodándote durmiente en el agua y cantándote una canción; la escuchas encerrado en tu espacio hecho de líquido y destellos de color. Ves explotar como antaño el amarillo, el rojo, el azul. Esta melodía hace vibrar el agua y el aire al unísono, y es dulce para ti, infinito y precioso este canto, porque te acuna y te restablece. De esta manera conseguiré liberarte de tus temores y de tu condición, de la mía y de la de ellos.

Se asemeja mi voz al llanto, la felicidad que me llena. Escúchala bien, déjate guiar. Ahora estás soñando, pero si te despiertas entenderás que aquella voz no es un sueño, tú la puedes alcanzar. ¿No oyes cómo te llama invocando tu nombre? Puedes contestarle si quieres, pero antes despiértate: debes venir al mundo y desafiarlo. Entorna tus ojos y mírame. En la claridad lunar que se transluce, sobre la superficie del agua, verás mi cara y te parecerá ojear la vida.

«No tengo elección, me sumerjo en el agua. Es tibia. Para poder vivir, necesito repetir el milagro del nacer. Si un tiempo tuve temor, no lo sentiré esta vez. Sumergo mis huesos sucios y abyectos. Nuevamente siento la placenta de mi madre, y aunque en realidad no sea ésta la que me rodea, se ha creado un vínculo entre ella y yo. Nos comunicamos, casi como antaño, y ella de nuevo me entiende. Ve mi sonrisa y canta; no lo hacía desde el día de mi nacimiento. La escucho y me emociono. Su canto resuena, hace vibrar el agua que me rodea, lo siento en la piel además que en el oído. Cada miedo, cada tormento, es mitigado por el canto y las remembranzas.

»Vine a buscar en el agua la aceptación y la libertad, las recorro de nuevo sobre las notas de ésta melodía que baila dentro de mí, y me despierto. Para tomar valor utilizo todos mis recuerdos pasados, aquellos por venir, las memorias de mi padre, las de mi madre; las remembranzas atávicas, en eso que ha sido un largo camino en el dolor que va hacia la eternidad. Esto me podría ahuyentar, pero me hago fuerte a causa de la fuerza que han tenido ellas, la generaciones que me han precedido, y más fuerza daré a los que vendrán después. Ya despierto, acepto el mundo; me siento, en la medida que vivo, liberado de mi peso, y no es sólo una sensación tomada en préstamo del fluido la que me hace tan ligero; están también todas esas voces inaudibles dentro de

mi cabeza, que hacen mi historia.

»Dirijo una sonrisa a ellos y otra a mi madre, y siento haber nacido justo en este preciso momento, entre estas aguas transparentes, y me alegro de pertenecer a la raza humana: cargada de indecibles tormentos y fuerte de un inmutable pasado.»

Finalmente el niño entorna los ojos. La habitación está semioscura, y hay una mujer que lo toma entre los brazos, extrayéndolo de la bañera. ¡Allí era donde todo vibraba! Se enciende una luz tenue. Por sus ojos que todavía no están acostumbrados. La mirada del pequeño se cruza con la de la mujer y parece renovarse un milagro.

Marco empieza a llorar, mientras la madre lo envuelve en un albornoz. El niño la mira a la cara y por primera vez su llanto parece consciente, dolido. En todos esos años se había sentido perdido, incapaz de entender cuál era su sitio en el mundo. Había vagabundeadado en el éter y había tenido miedo. Se había sentido solo, hasta que no conoció a Antóni, que lo había consolado haciéndole compañía, y ahora le había incluso guiado hacia su madre. Gracias a él la voz había vuelto a cantar, y ahora lo acunaba, le decía tantas cosas. Marco todavía no podía hablar, era sólo cuestión de tiempo, ahora que el tiempo tenía sentido.

Ese día es un continuo intercalar de historias, los narradores se sobreponen el uno al otro, pero cuando habla Antóni, se hace el silencio alrededor.

«Les conté de mi llegada a Antro y también cómo acabé bajo la pared de granito donde Pietro me encontró... La casa a la que llegué había pertenecido a Bainzu, fallecido algunos días antes. Como no había herederos para reivindicarla, nadie vino a echarme de ella.

»La lluvia llegó el día después, como si sólo me hubiese esperado a mí. Durante tres días estuve resguardado en el casal, respirando la soledad que todavía se alojaba en esa única habitación, y que tan atestada estaba por el precedente inquilino; mientras que para mí tenía un efecto salvífico: yo que me había escapado de la ciudad, donde las personas tampoco existen. Me había dado cuenta de eso de repente, cruzando un día una carretera abarrotada y mirándome alrededor.

»Cuántas realidades aparentes y vidas invisibles me rodeaban, volviéndome todo tan espantoso. ¡Cuántas miradas vacuas e insensibilidades manifiestas!

»Había vuelto sobre mis pasos. Mi vida ya no me representaba: mis estudios, el trabajo, la rutina cotidiana... ¿Cuánto tiempo hacía que yo era adicto a todo eso? Ante ese pensamiento, habría querido gritar, para escupir fuera ese sentido de opresión que me hacía vacilar.

»Con piernas temblorosas me dirigí hacia la parada del autobús y subí al primero que pasó, dejándome guiar por una especie de premonición. No sé, quizás estaba siguiendo un camino prefijado e inevitable. Llegué a Occiduo y bajé, ya que me convenció de que estaba tan vacío que sólo faltaba yo. Mas girando la cabeza hacia lo alto lo vi, el pueblo enrocado sobre la montaña; sólo vi un fragmento de él y me sentí atraído de manera irresistible. Moví mis pasos hacia aquella dirección, sin perderle de vista.

»Iba en busca de la vida y me encontré con ese moribundo, pues así se me mostró en cada encuentro que tuve por sus calles y en el tenebroso retumbar de piedra por sus adoquinados. Este agonizar estaba manifiesto en el lamento fúnebre de sus casas y en el desánimo que reinaba por dondequiera. Antro

sucumbía en la soledad prepotente de su posición bajo la hosca cima, que desde lo alto me escrutaba también con mirada severa; pero Antro, aunque moribundo y en espera de emitir su último estertor, me había llamado.

»Yo aquí, aunque ya había estado, era un desconocido y casi desconocidos eran para mí estos sitios, pero sentía que debía aligerar a estos hombres, vivos y no, de las culpas, que son escombros que sepultan no menos que el polvo, la tierra o la piedra. El sentimiento de culpa es una prisión sin misericordia.

»Aunque siendo un extraño cargué con cada agravio, y un día se dirá de mí que yo era uno de Antro, no un extranjero, y que viví para sostener el peso de las culpas de aquellos que no estaban en posición de llevarlo. Yo soy consciente de que sentirse responsable no significa ser culpable, mientras que estar considerado como tal vale como serlo; son martillazos que te doblan sobre un mismo yunque.»

Todos en Antro saben lo que quiere decir sentirse acusado. ¿Y ustedes?

Seguro que saben lo que es un remordimiento, por una acción cometida o fallida que procuró sufrimiento a alguien. ¡Y pueden ser tantas las acciones de este tipo, que se puede cometer una infinidad sin siquiera darse cuenta! Hacemos y recibimos el mal con demasiada facilidad, pero la pena nos está conminada a la hora de nacer, de modo que tenemos toda la vida para expiarla.

Lo saben bien estos muertos que vienen a hablarme cada día, me enumeran sus errores y los de los demás: aunque ya es demasiado tarde para ponerles remedio. Éste es su mayor lamento: la irreversibilidad del pasado, la certidumbre de no poder jamás poner remedio a sus propios errores.

El hombre paga las culpas de sus ancestros, de su naturaleza.

Antro, durante los siglos de su existencia, se había convertido en un verdadero depósito de padecimientos, pero su historia en esto no difería de la de millones de otros pueblos, también de épocas pasadas. Los sitios del hombre han estado siempre grávidos de maldad perpetrada y recibida.

El hombre es un rechazado. Hay que hacerse cargo de los escombros que pesan sobre el mundo, contribuir a desalojarlos, el mundo bajo de ellos resuella y se retuerce en lágrimas y singultos sofocados que no pueden quedar desoídos.

La herencia de este hombre que llora me lleva a beberme la sal de sus lágrimas, volviendo “yo” a recorrer por sus mejillas ese camino, hasta dentro de sus ojos, en su cabeza, donde moran los recuerdos – el único acceso

directo al pasado – y aquí sustituirlo.

Los singultos reprimidos, los suspiros truncados, las risas y los llantos de toda esta gente que había vivido en la vieja Antro, no podían simplemente esfumarse. Habría sido una injusticia ulterior, entonces me hice portavoz de sus memorias. Contándolas me opuse al olvido, al sedimento del polvo, a la muerte. Con mi cuerpo desafié las leyes de lo posible y traje conmigo una esperanza. Lo hice ayudado por los muertos de Antro, sobreviviendo, y luego haciendo revivir sus historias, sin rendirme tampoco ante el agua y las excavadoras.

Pasa una semana, Antóni está acostado en su cama, está mal. Desde hace unos días tiene fiebre, adelgaza a ojos vistas: ya no puede ni comer ni beber, su cuerpo de nuevo se seca y se llena de llagas. Hay un enjambre de personas entorno a su cabecera. Todos están preocupados. Aunque alguien, para desdramatizar, dice que un hombre que sobrevivió siete días bajo unos escombros no puede morir por un resfriado.

Está también el ingeniero Benedetti, que ya hizo la revelación: esa nueva urbanización será para la gente de Antro, de Murradine, de Occiduo y para toda persona que quiera ir allí. Será un lugar de la memoria, donde cada uno podrá contar unas historias, o su historia, de la forma que más le agrade; en cada casa hay un libro en el cual escribir, oponiéndose así al intento del olvido de convertir el pasado en nada.

Antóni, torciendo la cabeza, mira a Bernardina; con un amago de sonrisa le deja entender que él también la ama, como ama a Pietro, Raimondo y todos los demás. Una punzada lancinante le trastorna los sentidos, y él debe hacer un esfuerzo enorme para no dejar entrever el dolor. No pudiendo evitarlo, tose, y desde el pecho llega un eco poco tranquilizador. El icor le sale por la garganta y se da cuenta de que todo pensamiento humano se aleja.

Se siente ligero, los demás no, pero él está alegre y sin peso, flota en una dimensión en que tampoco el tiempo tiene importancia. Los observa uno a uno y sonrío una última vez. Mira también a los fantasmas de Antro, están todos. Maura, con la mirada soñadora, que piensa en Bacchisio; Bainzu, que lo mira a los ojos, leve y en paz consigo mismo. La nueva Antro no fue construida según los dictados del azar y de las posibilidades, sino en función de una finalidad conservativa y respetuosa, y tal consideración le anima. Está Chircu, que sonrío a su gran amigo y observa a Lucia de refilón, casi con temor. Están Bastiana y Filippo, que juegan a los pies de la cama, como la otra vez, y no

ven la hora de llevar a Antóni a dar vueltas por el bosque. En fin, está Filomena, pequeña y entumecida, permanece callada y triste; los demás de vez en cuando la sacuden alegres, como diciéndole: “Tranquila, no es nada. Te perdonamos”.

Sólo falta Marco; él está con su madre en Occiduo.

El enfermo emite un suspiro, típico de quien ha llorado, luego, entrecerrando los ojos, su cuerpo tiene un pequeño espasmo, se contrae, luego se detiene.

Pesaban como rocas los sentimientos de culpa, los prejuicios, las injusticias. Sólo ahora que se ha liberado de ellos puede decirse verdaderamente “desenterrado”. Ya nada pesa sobre la conciencia de los de Antro y, por empatía, sobre la suya.

Ahora en el sueño puede levantarse e irse con sus fantasmas, dejar allí la envoltura de su cuerpo, el único peso que todavía le queda y que no tiene ningún sentido llevarse. Su alma, al resolver las contiendas que enfrentaron tantos aparatos pensantes, había devenido muy leve. Tampoco se ha dado cuenta de que ha muerto, y el torbellino se cierra detrás de él.

Raimondo se asoma, y siente que el hombre encontrado bajo los escombros no respira. Empieza a llorar, sin querer. Todos están tristes. «¿Por qué?» pregunta, como dirigiéndose a alguien en particular. Nadie le contesta.

Sólo Pietro, mirando a su alrededor, sonrío.

En forma de lágrimas reverbera la memoria del pueblo que Antóni, antes de irse, devolvió a sus “antiguos” poseedores. Pero ahora que de Antro todo se sabe, que nadie piense que su historia está totalmente aclarada, porque la ciencia no agota nunca el conocimiento, menos aún desenmascara lo indefinido, y el saber llena espacios pero crea otros huecos, en un proceso sin fin.

Epílogo

Esa noche llovió. Una lluvia lenta y delicada después de meses de sequía, exactamente como el año anterior. Pero esta vez, cada gota fue absorbida por la tierra, que no se dejó tomar por sorpresa: no quería someterse jamás a la Nada.

En las carreteras y en las callejuelas adoquinadas de la nueva Antro, el agua iba con su tintineo, camino a la albarda central, siguiendo precisas pendientes y colándose por las grietas de mármol puestas a intervalos regulares; ya había hecho las paces con esas piedras, con esas casas, ya no intentaba brotar del pavimento o penetrar por los techos, menos aún quería entrar derribando puertas o ventanas. La naturaleza y el hombre se habían decantado por un mutuo respeto.

El agua se filtraba por la tierra sedienta y era un etéreo fluir de recuerdos, era sudor del cielo que tomaba consistencia de miel, endulzando el terreno y alegrando las almas de las personas; las raíces de las plantas la sorbían golosas, el polvo se lavaba, cada cosa se limpiaba y quedaba como nueva. Las nubes, cual enorme aspersor, rezumaban su bendición desde el cielo.

Los hombres, en sus casas de Murradine y Occiduo, sólo al principio temblaron, luego vieron que ésa era una lluvia buena y se tranquilizaron.

La mañana después, desde Murradine, se vieron las nubes grises sobre Antro abrirse en más puntos. Manojos de luz dorada se filtraron precipitándose sobre las casas; algunos techos se iluminaron reflejando fulgores plateados, mientras desde las calles un resplandor ambarino se proyectó hacia el otro pueblo. Los rayos del sol, siete en total, habían bajado en haces, abriéndose en forma de un abanico que alumbraba una buena porción de Antro. Detrás, la cima Fuscas se perfilaba oscura y ambigua, todavía ensombrecida.

La oscuridad del día que apenas iniciaba contrastaba con la luminosa transparencia de esos rayos áureos, mientras por otro lado concordaba con el hosco humor de la cima a sus espaldas. Pero ese espectáculo, aunque sublime, todavía no dejaba entender hacia qué dirección se habría vuelto el tiempo, sino que creó un estado de incertidumbre que demoró el paso de un zorro que

se aprestaba a regresar a su madriguera, cristalizando la entera escena en aquel instante de duda.

Al fin se rompió el equilibrio entre luz y sombra, oro y plata, agua y tierra; los manojos empezaron a ensancharse y el resplandor matutino estalló. El zorro se escapó. La piedra reverberó, convirtiéndose en oro: fue como un renacimiento, la revancha de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte; un prodigio. Sin embargo, si semejante milagro de la naturaleza fue posible, el mérito debe ser de Dios, y si él no existe, entonces debe serlo de un subalterno suyo.

Murradine, pueblo gemelo y rival, observándola desde lo alto, siente un poco de envidia por cómo Antro se ha vuelto bonita: húmeda de rocío matutino y resplandeciente por los fulgores solares.

Apreciaciones

Tengo que dar las gracias por esta versión en español de mi novela a Rafael Hernández Aguilar (por la primera parte) y a Marina Riva López (por la segunda). Han hecho un gran trabajo traduciendo amplias partes y corrigiendo mi español. Muchas gracias también a mi prima Silvia Soler Moreno (periodista catalana) y a Matu Bernal (periodista colombiana) que habían corregido una versión reducida de la novela y que luego abandoné. Por la parte sobre Marco, que recuperé, tengo que darle las gracias a Teresa Alemán, periodista chilena. Además tengo que dar las gracias a mi familia y a mis amigos que me han estado cerca.

- [11](#) Casas de hadas
- [27](#) Antiguas torres de piedra típicas de Cerdeña
- [33](#) Frases en rima [típicas de Cerdeña] con las cuales se augura una desgracia a una persona, ocurriéndole después a ésta como por arte de magia.
- [44](#) “¡Que te vayas y no vuelvas!”
- [55](#) “¡Oh, ‘querida’ Mariuccia, por lo menos deja que cruce la puerta!”
- [66](#) Diversos tipos de brujas pertenecientes al folclore de Cerdeña.
- [77](#) Sobrenombre que se da en Cerdeña al autobús urbano, ya que, en el pasado, dicho autobús se encargaba de transportar el correo (en italiano, *la posta*).
- [88](#) Pequeñas hadas o brujas del folclore sardo que habitan en las *Domus*, cavernas rocosas funerarias del Neolítico presentes en muchas partes de la isla.
- [99](#) Cabañas rurales de madera y piedra.
- [1010](#) “Todo un hombre” en sardo.
- [1111](#) Prostitución, comportamiento licencioso de las mujeres.



Xzofrenick

*El que lee mucho y anda mucho,
ve mucho y sabe mucho.*

Miguel de Cervantes

